



UNIVERSIDAD MICHOACANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

POSGRADO EN PSICOLOGÍA

**APROXIMACIÓN PSICOANALÍTICA DESDE UN CASO DE AUTOLESIÓN EN
LA ADOLESCENCIA.**

NOTAS SOBRE LOS LAZOS NARCISISTAS.

TESIS PRESENTADA POR
AMÉRICA DÍAZ SANDOVAL

COMO REQUISITO PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRÍA EN ESTUDIOS PSICOANALÍTICOS

DIRECTORA DE TESIS

JEANNET QUIROZ BAUTISTA

CO-DIRECTORA

XOCHIQUETZALY YERUTI DE AVILA RAMÍREZ

REVISORA

MARGARITA PATIÑO CORREA

MORELIA, MICH. NOVIEMBRE 2021



ÍNDICE

4

INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO 1. LOS AVATARES EN LA ADOLESCENCIA	21
1.1 Adolescencia: duelo, estado de inmadurez o crisis	23
1.1.1 Duelo.....	23
1.1.2 Estado de inmadurez	26
1.1.3 Crisis	29
1.2 Adolescencia: uno de los tiempos del sujeto.....	35
1.2.1 La pubertad y lo puberal	36
1.2.2. Reactivación del conflicto edípico y tipo de elección de objeto en la mujer y en el varón	41
1.2.2.1 Efectos del drama infantil de los celos en la adolescencia	53
1.2.3 Superyó e ideal del yo	56
1.2.4 La reorganización de las identificaciones en la adolescencia	62
1.2.5 Representaciones actuales de la función paterna en la adolescencia	68
1.2.6 Narcisismo adolescente.....	75
CAPÍTULO 2. MARCAS EN EL CUERPO.....	84
2.1 El cuerpo <i>de</i> los adolescentes en <i>el</i> psicoanálisis	84
2.2. Cuerpo <i>de</i> y <i>en</i> adolescencia	87
2.3. Autolesiones en la adolescencia.....	95
2.3.1 Autolesiones: jeroglíficos o dialecto del decir adolescente	97
2.3.2 Recortes (de cortes) a flor de piel	103
CAPÍTULO 3. EL MÉTODO PSICOANALÍTICO EN LA ESPECIFICIDAD DE UN CASO DE AUTOLESIÓN.....	106
3.1 El trabajo con la palabra en el psicoanálisis	106
3.2 El análisis de caso en la investigación psicoanalítica	114
3.3 Condiciones de producción discursiva.....	118
CAPÍTULO 4. ANÁLISIS DEL CASO BEN.....	120
4.1 Acerca de Ben.....	120
Sobre la relación con sus pares.....	121
Sobre sus heridas	122

Sobre los cambios en su cuerpo	123
Acerca de la relación con su madre	124
Sobre la relación con su padre	125
4.2 Análisis	126
Sufrimiento	127
Lazo social	128
Olvido	135
5. CONSIDERACIONES FINALES	142
REFERENCIAS.....	148

Agradecimientos

A mi madre, por su total voluntad para acompañarme en cualquier batalla, a cualquier hora.

A mi padre, por enseñarme que cuando uno vive es para ser solidario y acompañar.

A mis hermanos, Indi, Vlady y Dany, que aun en la distancia han sido cómplices y compañeros, no solo de este proyecto sino de mi andar por la vida.

A mi analista Flor Gamboa Solís, agradezco su fuerza y pasión, sin las cuales no hubiera podido concluir este trabajo.

A mi compañero de vida Juan Pablo, quien ha sido motivo de alegría en este arduo y difícil proceso que ha sido reinventar una vida juntos distinta a la anterior.

A mi suegro, Pablo Ramírez Gallardo, por su valiosa escucha y consejos, por interesarse en mi proyecto y aportar sus conocimientos; sin su confianza en mí, este trayecto hubiese sido más complicado.

A mi asesora de tesis, Jeannet Quiroz Bautista, por no soltarme al brindarme su confianza y dedicación, y a quien admiro su profesionalismo y pasión por el psicoanálisis.

A mi Codirectora, Xochiquetzali Yeruti de Avila, ejemplo de pasión y entrega.

A mi lectora, Margarita Patiño, por su valiosa escucha y generosos aportes.

A los docentes de mi querida Universidad, a quienes admiro y aprecio, motivo de inspiración y empuje para seguir por el camino del psicoanálisis y todo lo que eso implica.

RESUMEN

La presente tesis es un estudio del fenómeno de las autolesiones, a partir de la metodología de análisis de caso, una de las maneras más adecuadas para dar cuenta del psiquismo y la subjetividad desde el enfoque psicoanalítico. Este estudio se teje a partir de lo que se desplegó en el espacio clínico, tomando en consideración los cambios que la cultura desenvuelve, cambios como el nuevo ejercicio de las parentalidades, la prevalencia de la comunicación a través de redes sociales virtuales, la modificación en los lazos sociales que colocan en primer lugar el individualismo, el hedonismo, la cosificación, el narcisismo, el consumo de objetos, así como el sometimiento a un conjunto de imágenes de disposición mercantil que les son impuestas a las y los adolescentes como un *modelo ideal* a seguir.

Este estudio permite aportar elementos *teóricos-prácticos* que de alguna manera nos acercan a los posibles núcleos inconscientes que llevan a una adolescente a dirigir la agresión hacia sí misma (autolesiones), así como a la relación subjetiva que esta adolescente tiene con su cuerpo, y a su vez, la representación del dolor que se autoinflige. Sin embargo, es sabido que un caso clínico tiene una riqueza inabarcable, es decir, al encontrarnos con el decir de quien escuchamos, no queda más que sustraer algo, e intentar una aproximación a una pequeña parte de todo el universo que nos ofrece, puesto que el horizonte que se abre ante nosotros es infinito y genera interrogantes que nos revelan la imposibilidad del todo.

Palabras clave: *adolescencia, pubertad, autolesión, narcisismo, caso.*

ABSTRACT

This thesis is a study of the phenomenon of self-harm, based on the methodology of case analysis. One of the most suitable ways to account for the psyche and subjectivity from the psychoanalytic approach.

This study is woven through what was deployed in the clinical space, taking into consideration the changes that culture develops. Changes such as the new exercise of parenting, the prevalence of communication through virtual social networks, the modification in the social ties that put individualism, hedonism, objectification, narcissism, the consumption of objects in the first place, as well as the submission to a set of images of commercial disposition that are imposed on adolescents as an *ideal model* to follow.

This study allows us to contribute *theoretical-practical* elements that somehow bring us closer to the possible unconscious nuclei that lead an adolescent to direct the aggression towards him/herself (self-harm), as well as to the subjective relationship that this adolescent has with him/her body, and in turn, the representation of self-inflicted pain. However, it is known that a clinical case has an immeasurable richness, that is, when we meet the saying of whoever we are listening to, we only have to subtract something, and try an approach to a small part of the entire universe that it offers us, since the horizon that opens before us is infinite and generates questions that reveal the impossibility of everything.

Keywords: *adolescence, puberty, self-harm, narcissism, case.*

INTRODUCCIÓN

Nuestra época se encuentra caracterizada por un conjunto de particularidades, siendo algunas de ellas la prevalencia de la comunicación a través de redes sociales virtuales, la modificación en los lazos sociales que colocan en primer lugar el individualismo, el hedonismo, la cosificación, el consumismo, la homogeneización, todo ello desdoblando efectos en los ideales colectivos, las nuevas parentalidades, las relaciones con el cuerpo y con los otros. El abordaje psicoanalítico sobre la adolescencia ha mantenido ciertas constantes que han permanecido a lo largo del tiempo, a pesar de que cada época establece determinadas particularidades a las formas de ser adolescente. Ese tipo de particularidades inciden en las nuevas y diferentes problemáticas que enfrentan las y los adolescentes, entre ellas el aumento de lo que nos resulta un enigma de estudio, cuyos inicios aparecen muy temprano y se manifiestan con una extrema intensidad y gravedad: las autolesiones develando desamparo y angustia. En ese sentido, la tradición Freudiana, delimita que la práctica clínica debe leer la cultura e intervenir a partir de sus fundamentos teóricos, siempre en función de los cambios que la cultura despliega.

Cada vez más en el espacio clínico se observan con mayor frecuencia casos de lesiones autoinfligidas, principalmente en las y los adolescentes, las cuales son realizadas de diversas formas, pellizcándose, quemándose, rascándose o realizándose tajos con objetos filosos sobre la superficie de la piel, siendo el cuerpo el espacio en el que se manifiesta el sufrimiento y, a su vez, aquello que se muestra como un lugar de exhibición e inscripción.

De acuerdo con Soria y Orozco (2012), el cuerpo ha sido siempre marcado por la historia. Las historias de los seres humanos, de los pueblos, los conflictos, las guerras y las muertes se imprimen en los cuerpos. La Organización Mundial de la Salud asegura en un informe de 2015, que las muertes por autolesiones y los suicidios son la tercera causa de muerte entre los y las jóvenes. Solo en México

puede haber entre 3 y 5 millones de muchachos y muchachas que se autolesionan, según evaluó hace unos años la especialista Dora Santos Bernard para BBC Mundo. En este tipo de prácticas el cuerpo es usado como un lienzo sobre el cual se escribe, se dibujan trazos, se marca y se remarca *algo*. El cuerpo, por lo tanto, narra, y descifrar ese texto que es narrado *en* y por el cuerpo no es tarea fácil. En algunos casos las marcas parecen gritos mudos, un modo de decir a través de lo dado a ver, de la imagen, aquello para lo que no se tienen palabras; sin embargo, en cada marca hay diferencias. Para una joven de 17 años, hacerse una perforación en la lengua es algo que provocará dolor, pero a su vez posiblemente atañe a algo del erotismo, mientras que una chica de 15 años a veces se corta hasta que se tranquiliza, señalando que varias amigas lo hacen, siendo algo que se realiza en solitario y al respecto de cuyas marcas tendrían un destinatario.

Marcas que ya no hablan de erotismo sino de tranquilidad, de mensajes; en cambio, en otros casos, las marcas son un dolor-angustia que no puede expresarse de otra manera.

El cuerpo es una historia, pero una historia que no tiene relación con la memoria biológica, tampoco con la recuperación del pasado, sino con la ligada a la rememoración; en otras palabras, con la memoria operativa de la insistencia de la repetición significativa. Para el psicoanálisis, la memoria no es el pasado que retorna, sino un significante que insiste en la repetición. Lacan llama a esa memoria, “rememoración”; es decir, la memoria que se establece en el campo de lo simbólico. La memoria está constituida por series de significantes y no por reminiscencias y es de esta memoria de la que están hechos los cuerpos. Cuerpos lastimados, marcados, heridos que parecen no decirnos nada, pero a su vez nos remiten a todo; a una historia que no es personal, sino que está configurada desde lo social, desde el mundo de la cultura, porque es así como nos sumergimos al mundo del lenguaje.

En los intentos de desciframiento de estos cuerpos no prevalece un orden, o una cronología que precise un punto de partida. Lo que prevalece en la mayoría de los casos es una demanda, una exigencia de ser visto y posteriormente escuchado. Estas marcas, al contrario de lo que señala Heinrich (2016), no hablan de un asunto de resignación -en relación con lo que la autora plantea sobre lo que sucede cuando un padecimiento se naturaliza-: “cuando un sujeto se resigna, lo primero que pierde es el coraje, pierde la lucidez y cae en el desánimo, en la tristeza” (p. 121); por el contrario, lo que se observa es una puesta en acción que tendrá determinaciones y formas diferentes.

De acuerdo con Nin (2004), algo que puede explicar el empuje a la acción en las y los adolescentes, son las insuficiencias en la simbolización que promueven un cortocircuito pulsional que deriva hacia el *acto y al soma* (p. 154), de manera que se vuelve necesario que el analista sea capaz de acompañar esto que se manifiesta de múltiples formas. En algunos casos, hay que acompañar en el dolor, *con-dolerse* (p. 121), pues el otro cumple una función fundamental en el atravesamiento de los duelos. En relación con la clínica con adolescentes, mucho se habla sobre si existe o no una especificidad del análisis del adolescente. En esta investigación no se pretende profundizar en tal cuestión, pero sí es importante decir que existen especificidades en este vínculo, ya que al encontrarse en pleno proceso identificatorio y de construcción de sus mecanismos defensivos, ofrece al trabajo analítico una tarea especialmente difícil ya que las posibilidades simbólicas todavía están en desarrollo en las/los adolescentes. Con esto llegamos al punto de apertura de la presente investigación, la cual propone un acercamiento a los posibles núcleos inconscientes que llevan a una adolescente a dirigir la agresión hacia sí misma (autolesiones) “vuelta hacia la persona propia” (Freud, 1915/2011, p. 205), a partir de lo que se propone una aproximación sobre qué procesos subjetivos se encuentran implicados en las acciones de autolesión en los/las adolescentes.

Es preciso mencionar que, aunque los términos adolescencia y autolesión no son propiamente psicoanalíticos sino psicológicos, su uso no representa una limitante para abordarlos desde una postura diferente; por el contrario, resulta enriquecedor en virtud de que el acercamiento que se obtenga a partir de la indagación de este fenómeno a través del *análisis de caso*, -puesto que la intención es trabajar a nivel teórico y clínico- permitirá esclarecer las interrogantes surgidas a partir del trabajo clínico con adolescentes, las cuales atañen a la relación subjetiva que tienen con sus cuerpos, y al mismo tiempo, la representación del dolor auto infligido en ellas/os. Para realizar lo anterior, como ya se señaló, en esta investigación se utilizará la metodología de análisis de caso, que consideramos como una de las maneras más adecuadas para dar cuenta del psiquismo y la subjetividad, puesto que la singularidad del caso supone estudiar procesos subjetivos a partir de cuestionamientos elaborados desde la clínica que a su vez permitirán aportar elementos *teóricos-prácticos* que nos acerquen a los mecanismos que desde el inconsciente se juegan.

El objetivo no es generalizar –puesto que cada paciente es singular–, sino reunir e ilustrar al lector sobre casos similares, proporcionándole nuevos o diferentes elementos de análisis en el dispositivo clínico con adolescentes. En ese sentido, a partir del análisis de las producciones discursivas en transferencia del caso clínico de una adolescente que llega a consulta derivada de la institución donde estudia, por mostrar signos de autolesión en sus brazos, manos, piernas y rostro –manifestando que se rasca reiteradamente hasta generar las heridas, las cuales también son realizadas con navajas que extrae de sus sacapuntas, quedando como trazos indelebles–, se buscará aportar una aproximación a los posibles núcleos inconscientes de dichas autolesiones.

La presente tesis se desarrolla en cinco capítulos: tres de marco teórico, el cuarto de análisis de caso y, finalmente, en el quinto, las consideraciones finales. En el primer capítulo se explicitan los distintos modos en que ha sido concebida la adolescencia desde el surgimiento del concepto como

tal, hasta llegar a convertirse –siguiendo a Aries (1992)–, en la edad ideal para el siglo XX, pues parecería que los sujetos llegan a ella y desean permanecer el mayor tiempo posible. De igual manera se abordarán las diversas formas en que la adolescencia ha sido analizada desde algunas teorías psicoanalíticas, tratando de agruparlas de acuerdo con el factor que le atribuyen mayor peso; es decir, adolescencia como *duelo*, *crisis*, o como *estado de inmadurez*, esto con el objetivo de hacer una revisión acerca de cómo ha sido concebida y poder recuperar aquello que permita el abordaje que se llevará a cabo en este trabajo de investigación.

Posterior a este recorrido se trabaja en los conceptos de pubertad y de lo puberal adolescente, partiendo de delimitar a qué tipo de razones y consecuencias obedece que el termino pubertad aparezca en la mayoría de las definiciones sobre la adolescencia, pues se ha colocado a la adolescencia del lado de los procesos que se ponen en juego a nivel psíquico y social, y que se llevan a cabo a partir de los cambios corporales (pubertad). Sin embargo, algo importante a considerar es que asumir de manera radical la distinción entre *pubertad=fenómeno biológico* y *adolescencia=procesos psíquicos y sociales*, es una distinción arbitraria que limita el acercamiento y el entendimiento de los procesos puberales, mismos que son definidos como la realización del destino edípico por medio de la sexualización de su trabajo psíquico; es decir, lo puberal como el espacio de las transformaciones psíquicas de la pubertad. Un tiempo de profunda fragilidad psíquica que puede conducir al hundimiento psicótico del yo (Gutton,1993), a consecuencia del rechazo de los profundos cambios que les sobrevienen a las/los adolescentes y que incluyen la sexualidad genital. De ahí la importancia de su abordaje.

Al hablar propiamente de la pubertad nos basaremos en las elaboraciones de Freud en 1905, en donde señala que “con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que han de llevar la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva” (p. 189). Esto significa que la pulsión se

impone al yo, hasta el estadio que conocemos como organización genital; es decir, con la maduración de los órganos genitales tanto externos como internos se pone en juego la posibilidad de la reproducción y a su vez se vuelve posible la capacidad de experimentar un nuevo tipo de placer sexual, que Freud denominó placer final o placer de relación sexual. Otro aspecto que se retoma es que es en este periodo se establece la separación categórica entre el carácter masculino y el femenino, ya que, en la niñez, la activación autoerótica de las zonas erógenas es la misma en ambos sexos. De ahí que el siguiente segmento lleve por título “Reactivación del conflicto edípico y tipo de elección de objeto en la mujer y en varón”. En él se aborda la manera en que al ser reeditado dicho conflicto durante la adolescencia, con todo y la efervescencia de lo pulsional que exige una segunda oleada represiva de la sexualidad, se ponen en juego sentimientos ambivalentes en la mujer y en el varón, pues no olvidemos que el conflicto edípico es atravesado (y sepultado) de manera muy distinta en ambos sexos; por lo tanto, se profundizará en las formas en que cada uno revisita este momento de condiciones igualmente estructurantes para el sujeto, puesto que al reeditarse, representa la posibilidad de que operen efectos de movilización o reinscripción. Por último, a partir de conceptos como fase pre-edípica, complejo de castración, envidia de pene y elección de objeto narcisista se hará un recorrido breve sobre la conceptualización de feminidad desde Freud.

Asimismo, en el apartado titulado “Efectos del drama infantil de los celos en la adolescencia”, se explicita la forma en que el fenómeno de los celos, a partir de la introducción de un tercero en la familia (nacimiento de un hermano), viene a incidir en la orientación de la constitución subjetiva y, sobre todo, a la manera en que este *drama de los celos* -como lo nombró Lacan (1938)-, resulta estructurante de los sentimientos sociales. Al contrario de lo que se pensaría, siguiendo las puntualizaciones de Lacan en sus textos “La familia” (1938) y “El estadio del espejo” (1949), el sujeto al ver a su hermano siendo amamantado no se encuentra en una situación de competencia vital

con él, pues la situación parece exigir una cierta identificación con el estado del hermano, en donde se sale de una condición especular, en tanto doble de sí mismo, pues el niño se diferenciará de ese pequeño otro, que ya no será su semejante, sino su prójimo; en este sentido es como se señalan a los celos como estructurantes de los sentimientos sociales. Respecto al “Superyó e ideal del yo”, que se abordan en el apartado siguiente, se analizan las consecuencias que acarrea el pasaje del niño amado (yo ideal, su majestad) a su destronamiento, el cual ocurre al descubrir que ahí está el padre, y que la madre no lo ama incondicionalmente y que tiene que procurarse logros que no tiene, generándose un pasaje del *yo ideal al ideal del yo*, dos instancias que sin duda cobran especial relevancia en esta época.

El ideal del yo articula narcisismo y objetividad, principio de placer y de realidad; es decir, el primero, como ya se precisó, implica proyecto, rodeo, temporalidad. El niño proyecta su ideal del yo en modelos sucesivos, donde tanto frustraciones como gratificaciones dosificadas lo impulsan a desprenderse de determinadas satisfacciones para así lograr otras. Hornstein (2013), señala que cada momento histórico le proporciona gratificaciones al sujeto, vemos que se vuelve posible conservar la esperanza de recuperar la plenitud narcisista, aunque tal promesa se relacione con la ruptura del estado narcisístico primitivo, que lo constriñe a reconocer al otro que investirá con su propia omnipotencia pérdida. En cuanto al superyó, un concepto en el que nos centraremos, además de decir que es una instancia que de continuo observa, critica y compara al yo y de tal modo se contrapone a la otra parte de éste, también diremos que tanto el niño, el adolescente y el adulto necesitan trabar una relación distinta (menos tanática) con lo superyoico, así como con las personas de su entorno. En este sentido, las/los adolescentes, sumergidas/os en una división -en parte por la alteración a nivel de lo que fungió como aporte narcisístico, y en parte por las imposibilidades de alcanzar ese ideal así como de crear lazos narcisistas-, los vemos incurrir en acciones de riesgo, o en modos de coerción

corporal, en donde a veces, como una especie de defensa ante lo percibido como una imposición (ideal del yo), llevan a cabo acciones en las que el deseo aparece retenido y detenido por el goce de preservarse como ese niño omnipotente y maravilloso que un día fue (yo ideal); es decir, mantener la imagen de niño amado, la imagen de alguien amado, que haga lo que haga, se porte como se porte, recibirá amor.

Para el cierre de este apartado, se introduce algo acerca de lo que nombramos una “trampa del narcisismo”, en el sentido de que las y los adolescentes se encuentran reaccionando –sin mediación salvo la del cuerpo– a las demandas de lo social que instituyen parámetros de belleza o de imagen establecidos; que como se verá, en muchas ocasiones vienen a instituirse en la acción en el terreno de lo corporal, siendo prácticamente imposible alcanzar dichos parámetros. Asimismo, hablaremos de las repercusiones en los lazos narcisistas de las y los adolescentes, ante el hecho de que del lado de las figuras paternas también se operará una especie de narcisismo, pues la frase “tener un hijo”, que es común escucharla entre ellos, no es lo mismo que expresar el deseo de ser padres.

Posterior a la descripción de estas instancias, en el apartado que lleva por título “La reorganización de las identificaciones en la adolescencia”, se planteará la existencia de una oscilación de las identificaciones primeras que precipitan el abandono de las bases identificatorias infantiles de las y los adolescentes, en virtud de que la realidad de los cambios vividos, dejan al descubierto aquello en lo que estos se están tornando, quedando en carne viva el plano narcisista, con su fragilidad manifiesta.

Junto a lo anterior, abordaremos un factor que viene a complicar los puntos de referencia de las elecciones del objeto de amor: la necesidad del adolescente de determinar sus elecciones sexuales que van de la mano con el descubrimiento de la sexualidad genital, descubrimiento que representa uno de los cambios más complejos de la adolescencia. Por ello, a partir del abordaje que realiza la

psicoanalista Piera Aulagnier, en su texto “Construir(se) un pasado”, se identifica a un sujeto activo en el ejercicio de la rememoración de su historia para situarse en un lugar distinto desde donde responder subjetivamente a estos cambios, pues lo que hay, como ya se mencionó, es el recorrido de un camino a través de nuevas identificaciones.

Por otro lado, tomando las conceptualizaciones elaboradas por Freud y Lacan respecto a la representación de la función paterna en la adolescencia, en el apartado titulado: “Representaciones actuales de la función paterna en la adolescencia” se precisará el modo en que Lacan, retornando a Freud, avanzó para pensar, desde la clínica psicoanalítica, ese lugar de la función paterna, función que desde sus primeros años interrogó, haciéndolo a la par de un panorama que ya dejaba ver el declive de esta función. Lo esencial de este apartado son las formas actuales de ejercer la paternidad y la representación que ésta tiene en la adolescencia a partir de que tenemos una caída, una modificación de esta valiosa y trascendente función, pues en algunos casos viene a obstruir la aparición de la conflictividad, que se relaciona con lo que llamamos la “función virtuosa del límite”, imprescindible en la formación y constitución subjetiva en las/los adolescentes.

En el desarrollo del último apartado de este primer capítulo, son retomadas las conceptualizaciones Freudianas sobre narcisismo, así como las aportaciones al tema del psicoanalista francés Didier Lurau, para ahondar en la manera en que el sujeto constituye y consolida sus bases narcisistas a partir del nombrado narcisismo parental y a su evolución, poniendo de relieve la importancia de que el sujeto ocupe un lugar en el universo de amor de otro; es decir, que el sujeto se sepa hijo de alguien, haciendo énfasis en que el desarrollo del yo se da a partir de un distanciamiento de ese narcisismo primario, de esa perfección narcisista que de niño se le atribuyó por parte de sus padres o cuidadores. Tal distanciamiento, dirá Freud, generará una intensa aspiración a recobrarlo a

partir del despliegue del “ideal del yo”, impuesto desde afuera (por los docentes, padres, y la sociedad en su conjunto), alcanzando su satisfacción a partir de su cumplimiento.

En este otro segmento, una vez más retomaremos a Lacan quien situado en ese punto confuso de la ubicación del narcisismo primario y su relación con la constitución del yo, observa que la formación de este se da a través de lo que él nombra *estadio del espejo* “matriz simbólica de la constitución del yo” (Lacan, 1949, p. 167). Desde su óptica, el narcisismo originario se constituye en el momento de la captación por el niño de su imagen en el espejo, imagen a su vez basada en la del otro (la madre, que será constitutiva del yo). Al mirar su imagen, el niño la aprecia con júbilo, pues recibe una unidad que todavía no es, que no posee; es decir, el yo formado sobre la apariencia que el espejo retrata, permite al niño el reconocimiento de su imagen a través de la cual anticipa su unidad, haciendo que se constituya el *yo ideal*, pues esta experiencia del espejo resulta edificante para su narcisismo. Sin embargo, siguiendo a P. Julien (1990), la visión de la imagen del otro no será suficiente para constituir la imagen del cuerpo propio. La eficacia provendrá de la mirada en el campo del Otro, ya que este le dará al infans, a través de su mirada confirmatoria, el asentimiento por fuera del espejo. En este sentido, no es sin la mirada del Otro que el cuerpo y el estadio del espejo se conforman.

Para Lacan, el bebé nunca es autoerótico, el amor a sí mismo le llega por el rodeo del deseo y de la mirada del Otro, por la investidura narcisista de la propia imagen. De ahí que el estadio del espejo cobre un valor clínico importante pues revisa la incidencia del Otro en esta instancia. A partir de las consideraciones revolucionarias hechas por Freud, que significaron una ruptura con el discurso médico al aseverar que al cuerpo no se le puede conocer únicamente desde un orden natural, en el capítulo dos nos referiremos a la forma en que se constituye el cuerpo, utilizando también las elaboraciones teóricas de Dolto (1984), en referencia a la Imagen Inconsciente del Cuerpo, así como

las de Gisela Pankow (1982) quien a partir de su trabajo con pacientes psicóticos, sugirió que la estructuración de la imagen del cuerpo es un elemento esencial en el desarrollo psíquico. Posteriormente, con la idea de ubicar con mayor precisión lo que ocurre en la época adolescente durante las metamorfosis del cuerpo, que se viven y generan intensos y extraños movimientos pulsionales, así como los cambios a nivel social y de identidad, se abordarán las principales respuestas subjetivas frente a esos cambios, en donde la necesidad del adolescente de ser visto, cobra un especial protagonismo en virtud de la búsqueda de referentes reguladores del equilibrio narcisista que se ponen en juego.

El capítulo dos, continúa retomando el asunto del cuerpo, pero esta vez profundizando en las “Autolesiones en la adolescencia”, fenómeno que representa un enigma de estudio; por ello, en esta parte se formularán preguntas sobre los posibles núcleos inconscientes que las originan. De manera adicional, en el segmento que lleva por título “Autolesiones: jeroglíficos o dialecto del decir adolescente”, se abarcarán las distintas conceptualizaciones teóricas sobre las autolesiones, estableciendo acercamientos interpretativos en torno al motivo por el que las y los adolescentes llegan a dirigir la agresión hacia sí mismos, como “vuelta hacia la persona propia” (Freud, 1915). A partir de los aportes que el cine y la literatura han hecho en lo referente a las autolesiones, en el último subapartado de este capítulo, nombrado “Recortes (de cortes) a flor de piel”, situaremos estas acciones, tal como su título lo indica, como una forma de llamado al Otro. El primer aporte se desarrollará a partir del largometraje *La pianista* de Michael Haneke (2001), en la cual Ericka, su protagonista, mantiene una particular relación con su madre en la que se avizora la inoperancia del nombre del padre. El segundo se extrajo del libro autobiográfico “Abzurda”, de la escritora Cielo Latini (2006), quien describe a la acción de cortarse diversas partes de su cuerpo como la manera en que le fue posible suplir un dolor emocional insoportable por un dolor corporal que le permitía huir

del sufrimiento y, a su vez, sentirse viva. Ambas historias nos llevan a pensar que los cortes en el cuerpo pueden estar respondiendo a estructuras diferentes, cobrando determinadas y diversas funciones en la singularidad del caso.

Por su parte, el capítulo tres se centra en el abordaje sobre “El método psicoanalítico en la especificidad de un caso de autolesión”. De esa manera, partiendo de un pequeño recorrido por los textos pre-psicoanalíticos de los años (1890,1892, 1894,1895, 1896,) en los cuales a partir de su trabajo con las histéricas, Freud descubre la importancia de dar apertura a la palabra para dar cuenta de lo inconsciente, lo cual le permitió llegar a la implementación del método de la asociación libre y su correlato, la atención parejamente flotante, veremos cómo las formaciones discursivas del sujeto respecto a sus síntomas cobra una especial relevancia. Posterior a este recorrido, y ya establecido que lo que Freud descubre es un método para investigar los procesos de la psique, se plantea que la clínica propiamente psicoanalítica tiene por objeto de estudio al *inconsciente*, de modo que el proceso de indagación del que en este trabajo daremos cuenta será el resultado de una experiencia clínica de encuentro con lo desconocido. Partiendo de una descripción muy clara de lo que esto significa, indicaremos que estamos ante un método que resulta ser “una combinación, entre un método de tratamiento de las enfermedades nerviosas, un método de indagación de su causación y una teoría producida por esta investigación” (Cancina, 2008, p,10). Por lo tanto, se pondrá en evidencia que el psicoanálisis simultáneamente es teoría y método no solo en lo concerniente al campo de la cura, sino también al de la de investigación.

En este mismo capítulo hablaremos sobre lo referente al tema de la investigación que se materializa en el análisis de caso en la investigación psicoanalítica, empezando por mencionar que toda la práctica así como la transmisión clínica de Freud, se basó en el estudio de casos, lo cual da cuenta de la importancia que le dio el autor a la transmisión del psicoanálisis desde la experiencia;

por supuesto, sin dejar de mencionar las dificultades que esto acarrea y la serie de aspectos a considerar cuando se toma la vía de análisis de un caso.

Se toma asimismo como referente el texto freudiano “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (1912), en el que se señala la importancia de no trabajar un caso cuando su tratamiento no ha concluido, pues un caso no debe ser trabajado ni planteado para comprobar una teoría. Además, se pone énfasis en señalar que un caso siempre es o deberá ser fallido pues no podemos cerrarnos a un significado único o último; por el contrario, el valor del encuentro clínico se atribuye a la dificultad de poder concluir la indagación en torno a la subjetividad del paciente. Hechas estas puntualizaciones, situaremos las condiciones de producción discursiva del caso en el que se trabajó, retomando la lectura que hace Lacan del texto “Construcciones en el análisis” de Freud (1937), para sostener, precisamente, que de lo que se trata en un análisis es de la reconstrucción de la historia del sujeto, en donde es preciso que el analista haga surgir lo olvidado a partir de sus vestigios, adivinarlo, o más propiamente construirlo, pues la construcción tiene como objetivo el empuje a los trazos de verdad histórica del sujeto a partir de otras series de movimientos en la raigambre de las formaciones del inconsciente. De esta manera, se explicita cómo se propició el discurso en la adolescente del caso estudiado, haciendo mención sobre la manera en que ésta será nombrada a lo largo del análisis, salvaguardando así su privacidad. Así mismo, como parte del posicionamiento ético en la dirección del tratamiento y de la construcción del caso, se aborda brevemente la forma en que se consideró y estableció que el contenido de las sesiones fuera usado con fines investigativos, a partir de la firma de un Consentimiento Informado que el padre de la adolescente aceptó rubricar.

Por último, como ya se precisó, se desarrolla el análisis de caso, partiendo de la presentación del mismo y continuando con el análisis, donde se propondrán tres posibles aproximaciones de lectura

a los procesos subjetivos implicados en las acciones de autolesión en la adolescente: sufrimiento, lazo social y olvido.

En el capítulo cinco, último apartado de esta tesis, se desarrollarán las consideraciones finales, en donde se propone una serie de conjeturas al respecto del posicionamiento subjetivo de Ben, quien está profundamente atravesada por una relación arcaica con la madre, en la que predominan elementos concernientes a vivencias de desamparo y abandono posiblemente trazadas durante el fundante momento especular de formación del yo [*je*], a una ausencia de mirada que ha imposibilitado movilizaciones o desdoblamientos del deseo y a su vez, provocado derrames de goce.

CAPÍTULO 1. LOS AVATARES EN LA ADOLESCENCIA

*¿Quién eres TÚ?, preguntó la Oruga.
No era ésta precisamente la manera más
alentadora de iniciar una conversación.
Alicia replicó algo intimidada: Pues verá
usted, señor..., yo..., yo no estoy muy
segura de quién soy, ahora, en este
momento, pero al menos sí sé quién era
cuando me levanté esta mañana, lo que
pasa es que me parece que he sufrido
varios cambios desde entonces.*

Lewis Carroll

Para Aries (1992), cada época ha privilegiado una edad: “la <<juventud>> es la edad privilegiada del siglo XVII; la infancia del siglo XIX y la adolescencia del siglo XX” (p.54). Estos cambios, para el autor, son el reflejo de las estructuras demográficas; es decir, la presencia o ausencia de una de las etapas, sería la expresión de la sociedad ante la duración de la vida. El autor describe también cómo por mucho tiempo existió una ambigüedad entre los términos infancia, juventud y adolescencia. Este último, sin embargo, ya era intuitivo en diferentes obras de la literatura del siglo XVIII. No es sino hasta después de la primera guerra mundial como producto de los conflictos bélicos, que por un lado se acorta la niñez y por otro se posterga la vejez, “se pasa de una época sin adolescencia a otra en que la adolescencia es la edad favorita. Al grado de que se desea entrar en ella pronto y permanecer el mayor tiempo posible” (p. 54). Tan es así que la adolescencia hoy en día en las sociedades posmodernas sigue ocupando un lugar central (Didier, 2005, p.30).

El interés por la adolescencia en la psicología comienza a principios del siglo XX con los estudios de F. Stanley Hall, pionero en el estudio de la adolescencia, el cual introduce el término para referirse a un periodo de desarrollo entre la niñez y la adultez. Lozano (2014) plantea cómo esta diferenciación marca el inicio del estudio de la adolescencia como una etapa del desarrollo con sus propias características. Este autor observa una oposición en la manera de pensar la adolescencia, en

la que por un lado estaría la posición de Stanley Hall, que la establece como un periodo biológico evolutivo universal necesario que se encuentra caracterizado por una crisis y una rebeldía; y, por otro, la postura de Margaret Mead que indica que este periodo ni es universal, ni es necesario. Es decir, para esta autora, de acuerdo con Lozano, existe una realidad biológica que es la pubertad, sin embargo, las características psicológicas y emocionales planteadas como universales estarían más bien supeditadas “a la variabilidad cultural” (p. 25). Tal afirmación, la autora Margaret Mead (1939) la extrajo al analizar el desarrollo de las jóvenes samoanas al inicio del siglo XX, en donde observó que no existe una fatalidad de la llamada crisis de la adolescencia, pues estas jóvenes viven dicho periodo sin sobresaltos ni estrés particular. En este caso de acuerdo con su planteamiento, la adolescencia solo genera situaciones conflictivas en condiciones sociales específicas.

Por otro lado, Françoise Dolto (1990) utilizando la bisagra del cambio en la segunda guerra mundial explica cómo, hasta antes de 1939, la adolescencia era contada por los escritores como una crisis subjetiva: “uno se rebela contra los padres y las obligaciones de la sociedad, en tanto que, a su vez, sueña con llegar a ser rápidamente un adulto para hacer como ellos” (p. 40). Siendo los adultos parte importante y necesarios para ayudar al/a la adolescente a entrar en las responsabilidades, pues para la autora la adolescencia se prolonga según las proyecciones que los/las adolescentes reciben de los adultos y según lo que la sociedad les impone como límites de exploración. Más tarde, siendo precisos, hasta después de 1950, la adolescencia ya no se considerará como una crisis, sino como un estado. Es decir, en cierto modo “es institucionalizada como una experiencia filosófica, un paso obligado a la conciencia” (Dolto, 1990, citado por Obiols, G., Segni, 2002, p. 40.).

Por lo tanto, será la era posindustrial la que permitirá desarrollar así cómo extender la adolescencia, sino a todos, sí a gran parte de los/las jóvenes. Pues los cambios experimentados en esta etapa son vividos e interpretados de acuerdo con la historia de cada sujeto, sus experiencias

internas como externas. Un ejemplo de esto se observa con los/las jóvenes pertenecientes a sectores de bajos ingresos (obreros y campesinos) que quedan fuera de este proceso, pues para ellos/as la entrada a la adolescencia es rápida y brusca, ya sea por la necesidad de trabajar tempranamente o bien por un embarazo casi simultáneo con el inicio de la vida sexual. Por otro lado, en los sectores urbanos la adolescencia se constituye como un producto nuevo, no se le concibe más como un rito de pasaje o iniciación, sino como toda una etapa de la vida con conflictos propios.

1.1 Adolescencia: duelo, estado de inmadurez o crisis

En este apartado se abordarán las diversas formas en que la adolescencia ha sido analizada desde algunas teorías psicoanalíticas, tratando de agruparlas de acuerdo con el factor que le atribuyen mayor peso; es decir, adolescencia como *duelo, estado de inmadurez o crisis*, esto con el objetivo de hacer una revisión acerca de cómo ha sido concebida la adolescencia y poder recuperar aquello que permita el abordaje que se llevará a cabo en el presente trabajo de investigación.

1.1.1 Duelo

Dentro de las conceptualizaciones de la adolescencia se encuentra aquella en la que prevalece la visión del adolescente como sujeto en duelo. Aberastury y Knobel (1989) le denominan: los trabajos de duelo del/ de la adolescente. Para ellos la adolescencia se caracteriza principalmente por:

[...] momentos de quiebre, de cambios y pérdidas, haciendo referencia al tránsito de una serie de duelos que son vividos y experimentados como una exigencia de renuncia: el duelo por la identidad, el duelo por los padres y el duelo por el cuerpo infantil (p. 19).

El “duelo por el cuerpo infantil”, se refiere a la posición de pasividad del/de la adolescente respecto a las modificaciones biológicas lo cual les crea un sentimiento de impotencia. El “duelo por la identidad”, se refiere a la manera en que el adolescente vive una confusión de roles puesto que no puede continuar dependiendo de los otros, quienes se hacían cargo de ciertas funciones de las que

ahora él debe tomar su responsabilidad, pero a la vez, tampoco puede asumir una posición de independencia adulta, por lo que el adolescente sufre un “fracaso de personificación”, delegando gran parte de sus atributos al grupo, y en los padres, la gran mayoría de las obligaciones y responsabilidades (Aberastury, 1989). Por último, “el duelo por los padres de la infancia”, se refiere al abandono paulatino y difícil de la relación infantil de dependencia, ante la aparición de procesos como la negación de los mismos cambios que se van aplicando sobre las figuras y las imágenes de los padres.

Si observamos, los autores nos presentan a un adolescente ‘doliente’, ‘sufriente’ por los duelos que sin más opción debe atravesar para poder integrar sus nuevas experiencias en el momento de aceptar las inevitables renunciaciones. Sin embargo, vale la pena cuestionar la manera en que se van significando dichas renunciaciones y si a su vez estas son capaces de movilizar un duelo como tal, y, sobre todo, si verdaderamente se encuentran viviendo estos “duelos” de forma pasiva.

Estamos de acuerdo en señalar que, si bien el fin de la infancia requiere de una caída, de una especie de *muerte simbólica* de todo lo que representó este periodo, a su vez se hace necesaria una conservación superadora o transformación de lo infantil (Grassi, 2010). De manera que no se abandone como tal, sino que la propia adolescencia *interprete* a la infancia, a partir de dar sentido a las experiencias vividas en esta última y que incluso ilumine con una luz nueva la experiencia de lo sexual. Si asumimos esto, estaríamos hablando de una cuestión hasta cierto punto paradójica, ya que no podemos plantear un duelo donde no hay una pérdida como tal, sino conservación, interpretación, y transformación.

Como señala Grassi (2010), psicoanalista contemporáneo, “algo se pierde a partir de los cambios en la adolescencia, pero los referentes simbólicos de la identidad son resignificados (nombre, apellido, filiación, pertenencia a un sexo, a un grupo de origen a una generación)” (p. 32). En este

sentido, no se puede plantear la idea de una exigencia de renuncia en la adolescencia sino más bien del tiempo de tejer nuevas interpretaciones y resignificaciones de la infancia, es decir, un dar sentido a las experiencias de la infancia en un a-posteriori (*après-coup*).

Otra característica importante que destacan Aberastury y Knobel (1989) sobre la adolescencia es que la conciben como un “estado patológico normal”, donde, hablando en términos de *normalidad*, lo anormal sería escapar a ese estado” (p. 19). En este sentido

[...] la falta de escándalos opera como un indicador clínico elocuente de la psicopatología de la adolescencia; porque esa ausencia devela precisamente, la presencia del accionar de severas contrainvestiduras y desmentidas que inhiben y hasta paralizan el inexorable acto de la confrontación generacional y fraterna (Kancyper, 2013, p. 48).

Esta propuesta de la “normal anormalidad” en la adolescencia la encontramos también en Grassi (2010), pero bajo el termino *des-orden*, el cual es una propuesta que alienta a no psicopatologizar el momento adolescente. El autor utiliza el término *des-orden*, porque su intención es darle varias significaciones y usos. En primer lugar, *des-orden* no sería una mera oposición a orden ni tampoco dicho des-orden aparece por descuido, inapetencia, negativismo o rebeldía adolescente, “des-orden es una meta a alcanzar mediante un esfuerzo de trabajo psíquico y su realización comporta un rédito positivo en la producción de subjetividad” (Grassi, 2010,p. 29), ya que la subjetividad demanda el encuentro con nuevos ordenamientos, en lo que respecta a la relación con los padres de la infancia o con la simbolización de los cambios en su cuerpo, así como la forma de relacionarse con ellos.

De acuerdo a lo anterior, puntualizar que durante el momento adolescente opera el *des-orden* nos parece una propuesta o postura que positiviza el pasaje por este periodo, que muchos han llegado a catalogar como sumamente problemático e inestable, ya que, ese *des-orden* del que tanto hablan con tintes de dramatismo, esos cambios tan notorios en sus conductas, un día rebeldes e inseguros y al otro día amables y apacibles, es el medio positivo para la producción de su subjetividad. En este

sentido, la psicoanalista Alba Flesler, propone situar al adolescente más que como alguien de cierta edad, como un sujeto que tiene tiempos, para el desarrollo de éstos articula los tiempos del Edipo Freudiano aquellos tiempos lógicos que Lacan (1971) conceptualizó. En este caso, siguiendo a la autora, en la adolescencia hay un predominio del registro real (R), tiempo al que llama *segundo despertar sexual e inicio del drama puberal*, por lo que podemos nombrar a la adolescencia como un tiempo de reediciones de lo puberal.

1.1.2 Estado de inmadurez

Winnicott (1923), resalta la importancia de una crianza materna lo bastante buena para que el recién nacido pueda tramitar las angustias que manan en ese periodo. Incluso, confía en una óptica de prevención de los trastornos mentales en las consecuencias de un buen *maternaje*. En lo referente al crecimiento del niño, desarrolla la idea de muerte y asesinato en el proceso adolescente, puesto que destaca que “crecer significa ocupar el lugar del padre. Y lo significa de veras. Ya que, en la fantasía inconsciente, el crecimiento es intrínsecamente un acto agresivo.” (Winnicott, 1971, p. 186). En otras palabras, para el autor es importante que el niño pase por diferentes etapas de la relación con el objeto. En primer lugar, el sujeto está ligado al objeto; luego destruye el objeto; a continuación, solamente puede existir como objeto que a su vez sobreviva a la destrucción por parte del sujeto. Algo de gran relevancia es que, con esta experiencia de destrucción viene la elaboración de la realidad, a partir de que el sujeto sitúa el objeto destruido fuera de sí mismo. Acto seguido, se vuelve posible utilizar el objeto creado, es decir, *acceder a la imaginación*. Se está haciendo referencia a dar muerte simbólica el padre para lograr acceder a la maduración y a la categoría de adulto en esta etapa crucial para el sujeto. Sin embargo, para que sea posible la maduración, ésta no debe ser forzada por parte del adulto, ni de nadie más, “en el caso del adolescente no hay nada qué lograr especialmente, sólo crecer. “El crecimiento es prioritario, todo se subordina a él” (Klein, 2014). Pero, además, algo importante y

necesario para que este crecimiento se dé, es el surgimiento de la agresividad o acto agresivo, que como tal se encontraría al servicio del crecimiento del adolescente, con relación a que hace posible la “confrontación”; otro término usado por Winnicott, el cual define “como la contención que no posee las características de la represalia ni de venganza, pero que tenga su propia fuerza” (Winnicott, 1971, p. 193). Esta confrontación pone el acento en el papel que debe jugar el adulto ante la aparición de las fantasías de asesinato en el adolescente, el cual se enfocaría en ir generando las condiciones para que la fantasía agresiva permanezca como tal, no incentivando la madurez prematura del adolescente (Klein, 2014). Otra lectura que se le ha dado a esta *confrontación* adolescente es que se relaciona al propio deseo de maduración y de reafirmación de sí mismo, así como de triunfo personal.

Las aportaciones de Winnicott en el ámbito de la adolescencia ponen el acento en la posición de los padres, de quienes se espera que no abduquen de su cargo de autoridad, “deben creer en su propia madurez como no creyeron hasta ahora ni creerán después” (Winnicott, 1971, p. 192), para que mientras se encuentra en marcha el crecimiento, los padres se hagan cargo de las responsabilidades, por el bien de los adolescentes; ya que, gracias a su inmadurez, el joven mantiene un pensamiento creador e ideas para crear una nueva vida, así como para encontrarse y determinar su destino. Pues sin creación, dice Winnicott no hay más que supervivencia.

De haber una renuncia por parte de los padres a ocupar este lugar de acompañante maduro, el adolescente se verá forzado a asumir responsabilidades que aún no le corresponden lo que lo llevará a convertirse en adulto en forma prematura a través de un proceso falso, en donde se alteró un elemento sagrado que apenas dura unos cuantos años y que es justamente ese estado de inmadurez al que Winnicott le da tanta importancia. Pero, así como plantea que se debe evitar la pronta maduración, también señala que es una “propiedad que cada individuo debe perder cuando llega a la madurez” (Winnicott, 1971, p. 189). Es decir, ese estado de inmadurez no debe convertirse en un estado

permanente, debe tener un fin, y se espera que ese fin ceda el paso a un estado de madurez alcanzado gracias a ese gran sentido creador e innovador que se dejó fluir libremente. Pero no se trata de caer en la idea de que el adolescente va a crecer y entonces va a madurar, retomando la cita de Klein que se abordó líneas arriba, la cual señala que en el caso del adolescente no hay nada que lograr especialmente, sólo crecer. Específicamente, de lo que se trata es de las inscripciones que el paso del tiempo deja en el aparato psíquico. Con ello se hace referencia a la inscripción de lo pasado, lo vivido como perdido, el paso del tiempo como límite, es decir, lo ya vivido, pasado, en simultaneidad con la inscripción del presente como fugacidad, como algo que tiene fin, que no dura siempre y, a la vez el surgimiento de la necesidad de (construir) un *por-venir*. La inscripción psíquica como inscripción subjetiva del tiempo, “subjetivación de la temporalidad” (p. 16) de ahí que en este periodo comiencen a escucharse frases que aluden a no tolerar más la pérdida del tiempo. Por lo que en este punto encontramos a la subjetividad inscribiendo tiempo e hilando entre pasado, genealogía y proyecto identificadorio.

Un elemento que de alguna manera marca el pasaje al mundo adulto en las y los adolescentes, es la entrada al mundo laboral, sin embargo, hoy en día, las condiciones para el acceso al trabajo se han complicado, debido a que la estructura laboral se ha vuelto sumamente precaria, además, como lo señala Tizio (2015) “la época modifica las condiciones de trabajo y el valor de las mercancías, ya que nada está hecho para durar, y todo está hecho para mantener el consumo de manera incesante” (p. 74), en este sentido, la idea de adolescencia parece prolongarse cada vez más, merced al sistema capitalista imperante, de modo que lo que se está produciendo es que la adquisición de responsabilidades se postergue. En este sentido vemos extenderse el periodo de las comodidades, lo cual acarrea “una prolongación de la infancia, con la libertad de los adultos, un estado “casi ideal” (Obiols, Di Segni, p. 6). Ante esta realidad, imposible de pasar por alto, se están generando

problemáticas a nivel subjetivo en los adolescentes, que las inscripciones del paso del tiempo parecieran detener. Inscripciones de las cuales se hablará más adelante.

1.1.3 Crisis

En lo referente a la expresión “crisis de la adolescencia” encontramos que es polisémica, como lo son cada una de sus palabras. Pues, por un lado, se habla de una época de crisis individual, de conflicto y de tensión, “como si esta edad remitiera de manera natural y sin remedio a una identidad negativa y problemática” (Fize, 2001, p. 9). Se habla también de un momento *decisivo* en el cual el sujeto debe elegir su orientación tanto sexual como todo lo concerniente a ocupar un lugar en el mundo, es decir, preferencias de trabajo, carrera, música, amigos/as, etc. En este caso la palabra “crisis” tendría la postura que concibe la medicina clásica, una crisis designa, ya sea para bien o para mal, el momento decisivo de una enfermedad; es decir, en medio de una crisis morimos o seguimos viviendo, no es posible hablar de un término medio, ni tampoco es posible hablar de una crisis eterna o permanente.

Por otro lado, desde el punto de vista psicológico y médico, la formación del adolescente implica un proceso de actos de rebeldía, de contradicciones y cambios de humor que generan una crisis en sus relaciones con los demás y consigo mismos. A pesar de lo anterior, hay quienes aseguran que “la crisis de la adolescencia no existe; o más bien, es sólo el resultado de un *conflicto entre la facultad de pensar*, definición etimológica de la palabra crisis, y *la incapacidad de decidir*, realidad sociológica de la adolescencia” (Fize, 2001, p. 9). Por su parte, la palabra “crisis” para el psicoanalista Lutereau (2019) resulta elocuente para dar cuenta de la adolescencia, precisamente porque en toda crisis hay algo decisivo, tal como se mencionó líneas arriba, en medio de una crisis morimos o seguimos viviendo, en base a esto, la adolescencia es una instancia de crisis, puesto que “en su transcurso se decide la vida, se elige la vida” (p.21). Asimismo, etimológicamente la palabra “*Krisis* remite a la idea de juicio” (Mannoni, O. Deluz, B.Gibello y Hebrard, 1984,p. 17.) Es decir, el

momento en que algo podrá juzgarse, a partir de este señalamiento Lutereau (2019) hace una puntualización interesante que nos da pauta para esclarecer un poco las acciones de los adultos en relación a los adolescentes, esta remite a que siempre se les está juzgando, lo cual da cuenta de que no confiamos del todo en sus propios juicios.

Otro sentido para la palabra crisis de acuerdo con Mannoni indica un estado agudo, como cuando aludimos a una crisis de nervios. Es este sentido, hablaríamos de una crisis propia de la adolescencia porque esta es también el momento de la vida donde se desencadenan muchas patologías que, hasta entonces, habían permanecido en un estado latente. Es preciso para los adultos, no pasar de un sentido a otro de la palabra crisis, esto es que “la preparación para una decisión que será novedosa, no se transforme en un proceso patológico” (Lutereau, 2019, p. 23).

Al analizar estas conceptualizaciones, se observa que la época de la adolescencia, tomada como un periodo de crisis—principalmente por los primeros psicoanalistas—, no implica que se le vea o se constituya simplemente como un estado de rebeldía, o, como Dolto (1992) lo llamó, “estado de inopia” (debilidad en la adolescencia). Por el contrario, implica un momento decisivo que dota al adolescente de nuevas energías para afrontar la “separación” de la primera infancia, que como tal para nosotros representa la interpretación de lo infantil que lo dota de un sentido nuevo a partir de ir atravesando por todas las transformaciones constantes que sin duda le imponen al psiquismo un trabajo, puesto que en relación con el cuerpo y sus transformaciones hablamos de cuerpo erógeno, del yo y su imagen.

Por otro lado, la separación con respecto a los padres puede ser vivida como una fuerte ruptura, un quebranto, en la difícil tarea del “renunciamiento a la seguridad de la infancia y a su entorno protector” (Cordié, 1998, p.273). Este alejamiento de la dependencia infantil y de los cambios vividos conlleva la aceptación del envejecimiento, así como la aceptación de las propias debilidades.

En ese sentido, “rechazar el mundo adulto y rendirse ante la tentación de regresión hasta la fascinación del último retorno al seno maternal y el sueño mortal (Cordié, 1998, p. 274), no debe ser una opción para él o la adolescente. Como señala Robertie (1984), si se quiere ver nacer a un sujeto, dentro de su propia búsqueda de autonomía y nuevas identificaciones, lo que debe aparecer es un rechazo hacia los ideales parentales, ya que, como lo señala el citado autor, “para su familia el adolescente tiene sobre todo un lugar de objeto” (p.61). De manera que la mayor parte del asunto se reduce a observar si el adolescente podrá llegar a ser sujeto. Sujeto tomado desde la postura freudiana de sujeto de la conciencia, como fundamento de sus propios pensamientos y funciones. Robertie (1984) plantea, que tal rechazo parental acarrea, además de una crisis de la adolescencia, una crisis parental. Es decir, estamos ante el hecho de que, si hay una crisis de la adolescencia, también hay una crisis parental siendo ambas correlativas, lo cual significa que el adolescente no puede salir de su crisis sino a costa del difícil camino que deben recorrer los padres “donde lo importante, es el paso progresivo de una relación *padres-hijos* a una relación *adulto-adulto*, aun cuando la nueva relación esté marcada por un aspecto específico de filiación” (Robertie, 1984, p.61). Esta crisis parental se caracteriza por un trabajo de duelo, especialmente en el plano *narcisista*, así como en el plano del *ideal del yo*, puesto que las figuras paternas, caen como modelos o principales referentes de sus hijos, y mucho de lo que se juega para poder asumir dicha caída se relaciona con saberse (inconscientemente) sujeto para la muerte, por lo tanto, su propia castración, ya que “solo aceptando implícitamente la propia muerte, una madre o un padre pueden tener un hijo falicizado y no como objeto de su goce” (Stavchansky, 2012, p.118). En otras palabras, el hijo o la hija no pueden ser pensados, asumidos, imaginados, vistos o contruidos por las figuras paternas, como objetos de su propia continuación. Deberá existir y prevalecer un saber sobre su mortalidad: hiato narcisista.

De ahí que gran parte de la conflictiva en la adolescencia puede verse promovida por la manera en que los padres asuman su propia crisis; en relación con ello, podemos advertir, de nuevo, la importancia de las figuras paternas para el acceso al mundo adulto. Puesto que como se puede observar, se hace necesario un reposicionamiento por parte del adolescente en donde la responsabilidad sobre su deseo y sus decisiones ya no recaen del lado del Otro representado por los padres o los cuidadores, sino en el propio sujeto, quien deberá vérselas con la incertidumbre, pero al mismo tiempo, con todas las posibilidades que estos movimientos acarrearán.

En estas consideraciones hemos observado que la adolescencia ha sido estimada como un momento del desarrollo, entre la pubertad y la asunción de plenas responsabilidades, así como en una forma de crisis que opone a las generaciones y que acarrea modificaciones profundas al nivel de la identidad, así mismo; se le toma como un momento de quiebres, cambios y pérdidas que aluden a duelos por una exigencia de renuncia, los ya mencionados por Aberastury; duelo por el cuerpo infantil, por la identidad y por los padres, mismos que pueden llegar a socavar su ilusión de omnipotencia. A partir de esto, los autores contemporáneos, plantean que de lo que se trataría, es de una conservación superadora o transformación de lo infantil, que a su vez se teje con lo que se plantea respecto a que, en la adolescencia, el crecimiento es prioritario, todo se subordina a él (no forzar la maduración) pues el estado de inmadurez forma parte importante para el mantenimiento del pensamiento creador, vital para la creación de una nueva vida. A su vez, en este primer acercamiento a la adolescencia se puntualiza en gran medida la importancia de las figuras paternas durante esta época.

Por otra parte, hay que destacar que el padre del psicoanálisis, Sigmund Freud, le dedicó un tiempo importante y un análisis a la pubertad en su obra, situándola en la perspectiva del desarrollo de la sexualidad infantil, como un segundo comienzo, después de la interrupción que implica la

llamada etapa de latencia, la cual culmina con la llegada de la pubertad y el acceso a la genitalidad, iniciándose así la segunda oleada de la sexualidad humana. De hecho “La metamorfosis en la pubertad” es el escrito más completo dedicado por Freud (1905) al tema. A partir de las lecturas de los textos freudianos sobre la pubertad, muchos aportes se han ido desplegando, y a su vez, se han suscitado diversas polémicas al momento de verla como mera reedición de los avatares de la sexualidad infantil, por un lado; y por otro, como el mero surgimiento de un momento discontinuo que implica la aparición de nuevos problemas, como las rupturas tanto a nivel de las identificaciones como de las relaciones del sujeto con el sexo. Sin embargo, dichas polémicas han representado la posibilidad de nuevos acercamientos y lecturas que han abonado en gran medida a su estudio, entre ellas se encuentra al psicoanalista Jacques Lacan, quien en el marco de las relaciones de la estructura con el desarrollo y a partir de la relectura que hace de la obra de Freud, parte de tales relaciones, y aborda a la adolescencia en diferentes momentos de su recorrido, en los que se privilegian problemáticas específicas concernientes a los tiempos de la constitución del sujeto y las relaciones e intersecciones de los registros simbólico e imaginario.

Lacan es muy crítico con respecto a posturas que tomen en cuenta lo evolutivo, es decir, no niega que exista una psicogénesis y un orden psicológico, pero lo que va a decir, es que eso no tiene nada que ver con la cuestión del *Sujeto del Inconsciente* del que se ocupa el psicoanálisis tal como él lo entiende. “El tema del Sujeto del Inconsciente como génesis obedece al momento en que la red de discursos que nos preceden por generaciones nos *pesca*. Esto, en Lacan, se estudia como enganche o pesca de nuestros cuerpos por la red de discursos del Otro” (Bekerman, 1986). Lo cual significa que las relaciones con los demás constituyen al sujeto en sus formas de estar y sobre aquello que se dice de él, las expectativas y temores de quienes lo antecedieron, incluso antes de su nacimiento o de su concepción, son constitutivos del Otro, campo del lenguaje que nos captura como vivientes, captura

de la que emerge este sujeto del inconsciente, y como vemos, dicha pesca o captura es imposible de ser fechada, y en este sentido, no puede circunscribirse a cuestiones evolutivas.

A partir de la reformulación del Edipo Freudiano, en su articulación con la castración, aborda las transformaciones necesarias que permiten al sujeto inscribirse en la estructura, y asumir una posición en la relación con lo sexual. Análisis fundamental de la obra freudiana, pues viene a formar parte de una noción distinta del reposicionamiento que el adolescente tiene que hacer en el marco de la reedición del complejo de Edipo, así como, a partir de la enseñanza de Lacan, del estadio del Espejo, durante el tiempo de la adolescencia, pues como se ha venido mencionando, las transformaciones vividas en el adolescente a nivel corporal, psíquico, social y familiar, lo empujan a tomar un posicionamiento distinto en relación a ese Otro, en cuanto a su identidad y respecto de la castración.

Es de importancia considerar también, los cambios que en el curso de la enseñanza de Lacan se producen en cuanto a su consideración de la estructura del Otro, así como de la función y estatuto del *Nombre del Padre*, en sus repercusiones sobre el tratamiento del momento de la adolescencia en la que el sujeto debe enfrentar la prueba del ejercicio de su sexualidad. En este sentido, vemos que el psicoanálisis se ha ocupado de la adolescencia, sin embargo; es sabido que en el psicoanálisis no todo está dicho, muchas preguntas surgen cuando se habla de hacer coincidir significantes, en este caso, pensar en las causas a nivel inconsciente que llevan a las y los adolescentes a realizar lesiones infligidas hacia sí mismas/os, destino y defensa de lo pulsional denominado “vuelta hacia la persona propia” (Freud, 1914); nos conducen a otros significantes, que continúan estructurándose en forma de preguntas, sobre todo aquellas que se relacionan con los usos dados al cuerpo durante esta época, donde mayormente se observan casos de adolescentes que lo marcan o lesionan de manera intencional y reiterada a través de la realización de cortes, quemaduras, rasguños, rascaduras. Fenómenos que

nos llevan a pensar en la prevalencia –en el contexto social en el que nos encontramos– de una necesidad de dar cuenta de lo corporal, así como de su apropiación, lo cual responde en gran medida a los conceptos de narcisismo, fantasma, síntoma, yo, masoquismo, representación, ligazón, pulsión, imagen, entre otros. En este sentido, es evidente que, al trabajar con la adolescencia, nos encontramos ante la apertura de un espacio para nuevas interrogantes, falta que da pauta para nuevas articulaciones en el entramado clínico-teórico.

No dejando de lado los dos grandes rasgos que caracterizan a la clínica psicoanalítica: la singularidad de cada caso y la necesidad de puntos de vista generales, aunque no definitivos. Es así que, nuestro trabajo de investigación abordado desde un caso clínico particular pretende analizar la posición subjetiva de una adolescente que a la par de los cambios en su imagen ocurridos a partir de las modificaciones en su cuerpo debido a la entrada a la pubertad, así como los cambios experimentados a nivel social y familiar, comenzó a lastimarse distintas zonas de su cuerpo, algunas veces rascándose de manera reiterada, y en otras con objetos filosos.

Otro concepto importante a desarrollar y que abona en gran medida al campo de la investigación sobre la adolescencia es el de *lo puberal*, el cual se desarrollará en el siguiente apartado, tal termino se distingue del concepto de pubertad, también trabajado en este apartado, dando pie a un acercamiento distinto a este fenómeno de gran complejidad, pues al ser la adolescencia un término relativamente reciente, encontramos investigaciones nuevas en psicoanalistas contemporáneos que permitirán una lectura actual en torno a este periodo.

1.2 Adolescencia: uno de los tiempos del sujeto

La mayoría de las/los autores/as revisadas/os líneas arriba coinciden en que la adolescencia es un periodo crítico que siempre supone riesgos y peligros, sea que se le admita como una crisis a acompañar, como un periodo de pérdidas, de abandono de hábitos o conductas infantiles, como una

época de reedición de los avatares de la sexualidad infantil, o como un tiempo de rupturas tanto a nivel de las identificaciones y de las relaciones del sujeto con el sexo. Todo ello supone que se le considere un tiempo subjetivo complejo, puesto que el hecho de ir creciendo, de convertirse en adulto, implica la posibilidad de desidealizar, de confrontar las imágenes infantiles con lo real, así como de realizar un rearmado interno de las figuras paternas, que implica tolerar el hecho de experimentar sentirse huérfanos durante un periodo y de haber sido hijos de un ser humano.

1.2.1 La pubertad y lo puberal

El termino *pubertad* aparece en la mayoría de las definiciones sobre la adolescencia, al grado de decir que la adolescencia no se entiende si a su vez no se habla del concepto de pubertad. De hecho, existe una coincidencia en situar el comienzo de la adolescencia en correspondencia con los cambios biológicos de la pubertad que, si bien se ven afectados por variaciones individuales, son relativamente universales.

Pubertad etimológicamente deriva de la palabra latina *pubertas* y se refiere a la primera etapa de la adolescencia, en la cual se producen las modificaciones propias del paso de la infancia a la edad adulta (RAE). Esta amplia definición no precisa cuáles serían aquellas modificaciones *propias* de la pubertad, pero ha existido la tendencia a verlas como fenómenos exclusivamente de orden biológico, apartados de la influencia cultural y social. Pues se ha colocado a la adolescencia del lado de los procesos que se ponen en juego a nivel psíquico y social que se llevan a cabo a partir de los cambios a nivel corporal, sin embargo; algo importante a considerar es que asumir de manera radical la distinción entre *pubertad=fenómeno biológico* y *adolescencia= procesos psíquicos y sociales*, es una distinción arbitraria que limita el acercamiento y el entendimiento de los procesos puberales. Puesto que caer en la postura de definir qué pertenece a lo biológico y qué a lo psicológico, implicaría remitirnos al antiguo debate que intenta contraponer mente y cuerpo como dos polaridades del

individuo. De ahí que nos parezca difícil pensar al sujeto en tal nivel. Como bien lo señala Tubert (2000) cuerpo y mente, biología y psique, se articulan mutuamente haciendo borrosa y poco operativa dicha distinción para la comprensión de los fenómenos humanos.

Lo puberal, término creado por psicoanalistas contemporáneos, significa para el adolescente la realización del destino edípico por medio de la sexualización de su trabajo psíquico (Aulagnier, 1996. p. 2). Es decir, “la pubertad es al cuerpo lo que lo puberal es a la psique” (Aulagnier, 1996. p. 2). En otras palabras, lo puberal es visto como las transformaciones psíquicas de la pubertad. Partiremos con el concepto de pubertad, en gran parte de su obra Freud considera que la sexualidad humana tiene una acometida en dos tiempos; el primer tiempo da inicio desde el nacimiento del sujeto y se prolonga hasta antes del periodo de latencia; y el segundo empieza a partir de la pubertad. Esta estructura temporal del sujeto que se pone en marcha de manera retroactiva viene a fundar las bases del funcionamiento de los procesos psíquicos. Los cuales son trabajados por Freud en 1905, y que hablan de una reorganización psíquica que implica una idea de movimiento y transformación radical, no solo a nivel biológico y psíquico sino también social. Pues a partir de que Freud concibe a la pulsión como aquella que se produce en la niñez y que, a su vez, con ella se sitúa e instala un límite entre lo psíquico y lo somático encontramos una articulación entre el sujeto y la sexualidad.

Antes del segundo tiempo que comienza a partir de la pubertad, el sujeto actuaba partiendo de pulsiones aisladas y de zonas erógenas que, independientemente unas de otras, buscaban como único fin la ganancia de placer, disminuyendo la tensión ligada al displacer (autoerotismo). Es decir, los estados denominados pregenitales indican una posibilidad de placer sin ninguna pretensión de reproducción (Gamboa, Orozco, 2012). Son estadios donde las zonas erógenas, como boca, ano, clítoris, pene, se encuentran demarcando bordes para el montaje placentero-displacentero de la pulsión sexual, sin embargo “Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que han

de llevar la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva” (Freud., 1905/2011, p. 189). Esto significa que la pulsión se impone al yo, hasta el estadio que conocemos como organización genital donde “se pone ahora al servicio de la reproducción; se vuelve, por así decir, altruista” (Freud, 1905/2011, p. 189). Con la introducción del concepto de *altruismo*, la lectura que se da es que de *ser pulsional la sexualidad*, se vuelve *funcional* (Gamboa, Orozco, 2012). Puesto que, la sexualidad oscilada del placer-displacer se supedita al yo regido por los intereses de la conservación de la especie, pero, sobre todo, subordinado a la procuración del bien del otro. Hecho donde se juega un narcisismo en el sujeto, pues la procreación sostiene la ilusión de una infinitud narcisista en su objetivo altruista impuesto a la sexualidad. Hacerse cargo de la alternativa de engendrar un hijo, la cual ahora es real (pues ya no es solo fantaseada como en la niñez), viene a constituir un nuevo trabajo psíquico que demanda un gran esfuerzo.

Con la maduración de los órganos genitales, tanto externos como internos, que a su vez pueden ofrecer o proporcionar productos sexuales, o, “en el sexo femenino, acogerlos para la formación de un nuevo ser” (Freud, 1905/2011) el placer preliminar cumple ahora la función de lo que otrora era el autoerotismo infantil, lo que hay ahora es una primacía de lo genital, en relación con la conformación de un complejo aparato que esperará para su utilización, con el objetivo de asegurar el cumplimiento de este nuevo fin sexual que en este caso sería la reproducción. Por otro lado, a partir de la primacía de lo genital, el impulso sexual es sentido altamente en ese cuerpo infantil invadido y gobernado por la sexualidad genital donde no solo aparece la posibilidad de la reproducción sexual sino también –y esto es de gran relevancia– “la posibilidad de experimentar un nuevo tipo de placer sexual desconocido hasta ahora, el que Freud denominó placer final o placer de relación sexual” (Freud, 1905/2011). Es decir, la adolescencia marcada por un protagonismo de lo sexual, en donde la pulsión sexual *autoerótica* de la infancia *debe hallar su objeto*, hace que las practicas eróticas se

vuelven diversas, pues se ligarán a distintos objetos exteriores para obtener placer sin buscar necesariamente la reproducción, pues de hecho, la elección de objeto no siempre será heterosexual como Freud lo señala en sus escritos, por lo tanto, estamos hablando de un tipo de placer completamente nuevo, un placer que incauta una por una las pulsiones parciales que son requeridas en el campo de la sexualidad, mientras que las zonas erógenas se subordinan al primado de la zona genital.

Por último, el autor establece también que no es sino hasta la pubertad donde “se establece la separación tajante entre el carácter masculino y el femenino” (Freud, 1905/2011, p. 200), ya que, en la niñez, la activación autoerótica de las zonas erógenas es la misma en ambos sexos. Lo que nos lleva a volver a subrayar que la sexualidad infantil es *auto-erótica* y de esencia puramente *narcisista*. Y, por lo tanto, lo que viene a marcar la entrada a la genitalidad, es la producción de una novedad del encuentro con el otro, extraño a sí mismo, otro del que se espera transformación y complementariedad. En donde interviene también una transformación de la psique al descubrir un nuevo aspecto de la alteridad, vía la diferencia de los sexos, viéndola no como aquella que el niño pudo conocer al salir del Edipo infantil. Es decir, “es para los adolescentes y las adolescentes, el tiempo del descubrimiento del otro sexo, el sexo femenino, descubrimiento que es facilitado por la transformación del par *activo/pasivo* en *masculino/femenino*; es el fin del reinado de lo fálico y el auto-erotismo” (Marty, 2003, p. 8). A partir de lo dicho hasta ahora, de la serie de cambios mencionados, nos introducimos al concepto de *lo puberal*. Lo cual representa las modificaciones psíquicas que permiten al adolescente dar sentido a las transformaciones corporales muchas veces vividas como despersonalizantes. Pues lo que logró una primera estabilización de los ritmos pulsionales y de la identificación que constituyeron al yo se logró en el momento que el niño resolvió la conflictiva edípica dando paso así al periodo de latencia. Sin embargo; al haber una reedición del

complejo edípico en la pubertad se habla de una “*re-emergencia* de los fantasmas incestuosos y parricidas” (Marty, 2003, citado por Aulagnier, pp. 15). Por lo que dos movimientos se vuelven fundamentales, y ambos dependerán de la resolución del complejo de Edipo: estos son el desasimiento de la autoridad de los padres, con el consecuente logro de la independencia y el vuelco desde el *objeto sexual infantil* endogámico hacia uno *exogámico*. Hallazgo que a todas luces tiene las características de un *re-encuentro* con los objetos de amor edípicos. Pues no olvidemos que para Freud todo encuentro es un reencuentro, dígase una reedición de lo acontecido, el *eterno retorno de lo igual* (Freud, 1920).

Por otro lado, las transformaciones puberales, por los cambios en la *auto-identificación* y las sensibles modificaciones en la *auto-imagen* que introducen, violentan la psique del niño en vías de devenir adolescente. Por lo tanto, podemos aludir a este tiempo como caracterizado por una fragilidad psíquica, que a consecuencia del rechazo de los cambios que les sobrevienen a los adolescentes puede conducir al hundimiento psicótico del yo (Gutton, 1993). Pues debido a esta *fragilidad* se pueden encontrar una serie de manifestaciones psicopatológicas que tienen su primera expresión en este periodo: “*la locura puberal*” (Gutton, 1993), el *breakdown* cuyo significado es “desmoronamiento” precipitado pulsional que insiste bajo la forma de rechazo con respecto a la entrada en la pubertad (Laufer, 1983); patologías del actuar y de la dependencia (Jeammet, 1990), unidad estructural de la anorexia y la bulimia (Brusset, 1998), o visión melancólica de la histeria femenina (Chabert, 1997). Así como la llamada *psicosis pubertaria* que sería el signo de la imposibilidad en la que se encuentra el adolescente de hacer frente a las transformaciones corporales vivenciadas, a las efracciones persecutorias, dicha psicosis se manifiesta durante la entrada a la pubertad. Puesto que se pone en juego —a partir de la ruptura con la infancia— un reacomodo que se espera permita al adolescente apropiarse de un cuerpo devenido púber. Gutton (1993) afirma que la pubertad implica “un potencial

de exteriorización del cuerpo [...] Ello introduce en los orígenes de la pubertad una duda en cuanto al nexo entre yo y el cuerpo” (p.2). Es decir, las transformaciones corporales *establecen un quiebre con el yo* y su *continuidad*, de tal forma que le son ajenas al sujeto. De igual manera la idea de apropiación de eso que ahora los habita y que perciben como algo extraño, inclusive como ajeno, suscita “una actividad fantasmática nueva, destacable, en dirección de las mociones incestuosas y parricidas, ligadas con la resexualización de las imágenes parentales” (Marty, 2012, p. 12). Tomemos en cuenta que la creación de fantasmas como parte de la actividad psíquica es algo inherente al sujeto y que tal actividad es posible con independencia del principio de realidad. Freud mismo en el tercer ensayo de 1905 habla de la importancia de la fantasía en el momento de la pubertad. Puesto que la vida sexual de los adolescentes se despliega en la fantasía, es decir, es llevada a cabo al principio tan solo imaginativamente (Freud, 1905/2011).

1.2.2. Reactivación del conflicto edípico y tipo de elección de objeto en la mujer y en el varón

Se precisa necesario examinar la llamada *reactivación del conflicto edípico* propio de la pubertad de acuerdo a lo planteado por Freud, puesto que durante la adolescencia, específicamente, posterior al periodo de latencia, retorna de una forma distinta y con una nueva fuerza, ya que a causa de la maduración reproductiva que se relaciona con una efervescencia de lo pulsional que los invade, ocasiona que tal reedición sea experimentada de manera violenta, por ejemplo, una de las cosas que se ponen en juego es que con la reedición del complejo de Edipo, surgen sentimientos ambivalentes en las y los adolescentes, a quienes por un lado, se les impone el deber de renunciar a sus objetos edípicos (para poder concretar un nuevo tipo de elección sexual) y por el otro la idea de conservarlos, siendo esto así, la represión que se pone en juego debe ser mayor. De ahí que Freud señale que, con la entrada a la pubertad, viene una segunda oleada represiva de la sexualidad.

La idea de conservar a sus objetos edípicos toma valor, en el sentido de que podría representar un intento para *transformar* algo de este momento –de entrada, imposible de modificar– en donde se observa que la mujer, sobre todo, debe hacer dos forzosos renunciamentos, el primero de ellos a su objeto de amor primordial (de la madre debe hacer un viraje al padre por la prohibición del incesto) lo cual acarrea una disminución del sentimiento de sí en ella, debido al tipo de elección de objeto que efectúa así como a su masculinidad (del clítoris debe ceder en todo o en parte a la vagina). Dos renunciamentos adicionales que no tienen correlato alguno en el desarrollo del varón (Freud, 1932/2011).

De ahí la pertinencia de abordar también los tipos de elección de objeto en la mujer y en el varón puesto que se considera que en ese momento pueden fundarse heridas narcisistas a nivel inconsciente que, transcurridos los años, al ser reeditadas, deberán ser tramitadas por los adolescentes, poniendo en juego sus mecanismos defensivos. Además, creemos que el complejo de Edipo, la envidia del pene, y la angustia o la amenaza de castración, elementos determinantes en la instauración del *Superyó* (agencia representante del vínculo parental) pueden ser factores que obturan la configuración de un narcisismo femenino, pues es en esta época donde se juega un verdadero cambio en la subjetividad adolescente. Sobre todo, si recordamos, que, en el caso de las mujeres, las principales características para transitar de la disposición bisexual a la feminidad –a partir de que se establece la separación entre el posicionamiento femenino y masculino– a las que deben aspirar son: la identificación con la madre y sus aptitudes maternas; el anhelo de compensación amorosa de las carencias infantiles; la necesidad de confirmar la integridad corporal interior, así como el logro del desarrollo psicosexual. Características en las que se observa una tendencia a la pasividad en la mujer de la que intenta moverse, puesto que, a todos los sujetos, la percepción e ideación de pérdida de un objeto libidinal (castración) ocasiona un daño narcisista a nivel del yo. En este sentido, se abre todo

un panorama para la elaboración de anudamientos teóricos respecto al tema que nos convoca: las lesiones autoinfligidas en los adolescentes, siendo las adolescentes quienes frecuentemente manifiestan tales acciones. Comencemos por hablar del complejo de Edipo, un fenómeno que no podemos pasar por alto cuando del tiempo adolescente se trata, pues tal como lo hemos señalado, éste se reedita a partir de la entrada a la adolescencia. Freud lo considera como un fenómeno central del periodo sexual de la primera infancia, es definido como “la representación inconsciente a través de la cual se expresa el deseo sexual o amoroso del niño por el progenitor del sexo opuesto, y su hostilidad al progenitor del mismo sexo” (Roudinesco, Plon, 2008, p. 247). Aparece entre los tres y los cinco años, y después cae sepultado a raíz de su fracaso, como resultado de su imposibilidad interna. Otra concepción dirá que tiene que caer porque ha llegado el tiempo de su disolución (Freud 1924/2011). Su resolución se dará después de la pubertad concretándose en un nuevo tipo de elección sexual.

Es notorio que cuando Freud elaboró la teoría Edípica, nunca fue posible encontrar un paralelismo exacto entre Edipo masculino y su homólogo femenino. Al inicio de su escrito sobre *lo femenino* Freud hace una precisión entre la sexualidad femenina y la masculina “la sexualidad de la niña tiene un carácter enteramente masculino” (p. 200). En este mismo texto considera algunas diferencias psíquicas entre masculino y femenino como producto del desarrollo psicosexual. Señalando que no será sino hasta la pubertad cuando se establezca una separación entre el carácter de lo femenino y lo masculino, aunque en la niñez ya existen elementos diferenciadores entre lo masculino y lo femenino, un ejemplo es el desarrollo de las inhibiciones en la sexualidad, que hacen su aparición en la niña pequeña desde antes y con mucho menos resistencias que en el varón, es decir, las pulsiones adoptan una forma pasiva en ellas. Otro pasaje muy similar que hace el autor refiriéndose a la disposición pulsional de la mujer, es que “la niña pequeña es por regla general menos

agresiva y porfiada, se basta menos a sí misma, parece más necesidad de que se le demuestre ternura, y por eso es más dependiente y dócil” (Freud, 1932/2011, p.109), en este sentido, se puede ir vislumbrando, cuál será la posición que le atribuye Freud a la mujer durante su desarrollo.

A partir del planteamiento de Freud de una libido única, de esencia masculina, cuyo carácter es activo ya se encuentre en la mujer o en el hombre, se vuelve complejo el asunto de la elección de objeto en la niña. Freud plantea que la actividad sexual de ésta se centra primordialmente en la zona del clítoris y que, en la pubertad, en el caso del niño produce un avance en la libido, mientras que en la niña produce una nueva ola de represión que recae sobre la sexualidad clitoriana. En adición plantea que precisamente el cambio de zona erógena de excitabilidad, es decir, del clítoris a la vagina, junto con el avance represivo de la pubertad son condiciones que se encuentran ligadas a la *feminidad*. Lo relevante de estos planteamientos freudianos de los que hemos hecho referencia hasta aquí, es la importancia que le atribuye Freud a la represión que aparece en la pubertad para que el carácter masculino se permute en feminidad, es decir, el desplazamiento, el cambio de la excitabilidad del clítoris a la vagina. Pues de esta nueva oleada represiva que elimina, por así decir, la virilidad infantil, residen para el autor las principales condiciones de la proclividad de la mujer a la neurosis, en particular a la histeria (Freud, 1905/2011).

Pero vayamos por partes, el *complejo de castración* que se inserta en el complejo de Edipo es el elemento que empuja al varoncito y a la niña a salir del mismo. Pero en ambos se juega de manera distinta, en el varón, la organización genital fálica se va al fundamento a raíz de la amenaza de castración, la cual cobra especial relevancia cuando, “alguna vez, este orgulloso de su posesión del pene, llega a ver la región genital de una niña, y no puede menos que convencerse de la falta de un pene en un ser tan semejante a él” (Freud, 1924/2011, p. 183). Con ello se vuelve representable la pérdida del propio pene, y la amenaza de castración obtiene su efecto con posterioridad. Eran dos las

posibilidades de satisfacción que el niño experimentaría en el complejo de Edipo, una activa y una pasiva, la primera era poder situarse de manera masculina en el lugar del padre y, como él, mantener comercio con la madre, a raíz de lo cual muestra hostilidad hacia el padre, pues lo ve como un obstáculo, y la segunda era sustituir a la madre y hacerse amar por el padre, con lo cual la madre quedaría sobrando. Ahora bien, la aceptación de la castración, la intelección de que la mujer es castrada, pone fin a las posibilidades de satisfacción derivadas del complejo de Edipo. Puesto que, si tales satisfacciones en el terreno del complejo de Edipo cuestan el pene, por fuerza dice Freud estalla un conflicto entre el interés narcisista hacia esta parte del cuerpo y hacia la investidura libidinosa de los objetos parentales. Conflicto del que normalmente triunfa el primero. De manera que lo que se espera es que el varoncito haga la elección de un nuevo tipo de objeto sexual, es decir, que a partir del desprendimiento de la madre (desaparición del complejo de Edipo) se identifique con el padre que a su vez permite otra elección de objeto, así como nuevas identificaciones, para elegir un objeto del mismo sexo que su madre. Tal elección de objeto partiendo del texto de Freud de *Introducción del narcisismo* (1914/2011) sería de tipo *anacrítico o por apuntalamiento* en el varón, es decir, desde la imagen de una madre nutricia, habiendo una sobreestimación sexual del objeto proveniente, según Freud, del narcisismo originario el cual se transfiere al objeto sexual dando pie al enamoramiento en el varón de la mano de un empobrecimiento libidinal del yo en beneficio del objeto.

Por su parte, en la mujer se hace referencia a una envidia del pene a partir del descubrimiento de la castración. Siguiendo a Orozco (2003) “se trata de una experiencia pautada por la relación *visible-invisible* en el ámbito corporal” (p. 195). En esa escena que describe Freud donde la hermana ve el pene bien visible y de notable tamaño del hermano o de un compañerito de juegos, y al punto lo discierne como el correspondiente, superior, de su propio órgano, pequeño y escondido, –ahí, dice el autor, “cae víctima de la envidia del pene” (Freud, 1925/2011, p. 270). En la relación entre *visible-*

invisible se juega un despliegue dialéctico, al cual Orozco hace alusión para poner el acento en que, al encontrarnos en una relación de contraste, de contraparte, de parte contra parte, entre algo vistoso y visible y algo pequeño y oculto, indiscutiblemente viene a desfavorecer a la mujer. “Su órgano no está a la vista, *lo visible es superior a lo invisible*. La visibilidad ostensible, llamativa, hace que la niña caiga en la envidia del pene” (Orozco, 2003, p.195). Poniendo énfasis en la mirada celosa, envidiosa de esa niña, tomamos la escena que describe San Agustín, en sus confesiones, para hablar de un ojo codicioso que estaría en juego en la envidia del pene, el autor, nos revela esta codicia primigenia de los ojos clavados “en su hermano de leche” que se regocija en el manantial de la leche de su madre, una mirada clavada celosamente en medio de ese punto de encuentro de la plenitud boca-pecho. Mirada que codicia tal plenitud, pues nada llega a consolar tanto el desamparo humano como ese primer don materno (p.195). En este sentido “si el ojo es codicioso en tanto mira a una boca que goza de aquello de lo cual está privado, el ojo de la niña mira también un pene como lugar de goce” (Orozco, 2003, pp. 196-197) para señalar de manera más específica a qué se refiere con *lugar de goce* volvemos a hacer alusión a la cuestión del tamaño, que es indicada para enfatizar lo *visible* de un lugar de disfrute “la niña codicia ese pene como sitio visible de goce” (p.197). Pues ésta hasta antes del descubrimiento anatómico entre los sexos sabía procurarse placer por excitación de su clítoris, relacionando este placer con sus deseos sexuales (Freud,1932/2011). De nuevo puede notarse la idea de un cambio significativo a nivel psíquico en la mujer, que habla de cierta posición de desventaja, mujer que le falta, que carece, que es mutilada, castrada, incompleta, de modo que sus malestares subjetivos se encontraran relacionados con esta posición de desventaja.

Antes de pasar a hablar sobre la manera en que la niña sale del complejo de Edipo y lleva a cabo una elección de objeto, es necesario retomar otra puntualización que hace Orozco respecto al asunto de la envidia, pues señala citando a Forrester (2001) que:

La escena primordial de la envidia del pene es muy similar a la escena de la envidia en general:

la niña, como hermana, ve al otro niño dotado de un objeto que según ella cree le otorga una satisfacción completa, y cae presa de la envidia (p.196).

Con ello el autor hace referencia a que esta envidia parece ser un asunto de contienda de la niña con sus iguales. Pues es sabido que la envidia no apunta al padre, es decir, no pone al padre en la contienda. En este sentido se instalaría el orden fraterno como el lugar donde se pone en juego la cuestión de la justicia, pues lo que se somete a discusión con este hermano es el reclamo, la querella por el bien materno, o el conjunto de dones que la madre no puede otorgar de exactamente igual forma a cada uno de los hijos, hecho que dará siempre un motivo de discordia, de codicia y envidia. “la niña podrá pensar que ella tiene el mismo derecho, que su hermano, a recibir un pene. Pero no ocurrió así.” (Orozco, 2001, p.197). De manera que, en definitiva, la envidia del pene es una disputa que tensa la relación *hermana-hermano* en torno al bien materno. Pero también vemos que viene a tensar la relación con la madre.

Ahora bien, la mujer llega a la situación Edípica, que Freud llamó positiva, luego de superar una prehistoria gobernada por el complejo de Edipo negativo, de manera que no podemos hablar sobre cómo llega la mujer a la resolución de dicho complejo sin antes abordar a qué se refiere con esta prehistoria, preedípica y pregenital, misma que es evidente que el varón no vive, o por lo menos no de la misma manera que la niña. Además, Freud puso de relieve que no es posible comprender a la mujer si de alguna manera no se pondera esta fase tan importante.

En el texto “Sobre la sexualidad femenina” (1931) hace hincapié en la intensa y prolongada duración de la ligazón preedípica de la niña con la madre, es decir, de la libido narcisista con el objeto, nombrando Edipo negativo a esta fase de *ligazón-madre exclusiva* en donde existe una dificultad para cambiar de objeto a fin de dirigirse al padre. Le llama exclusiva, justamente porque se da una relación de exclusividad, hay una exclusión total de la figura paterna que genera un triángulo edípico, el padre

funciona aquí como un molesto rival. Green (1992) plantea que las fantasías que se desarrollan en esta fase, en torno a la masturbación clitoriana y al juego con muñecas, tienen como objeto exclusivo a la madre, y se encuentran cargadas de contenido erótico y amoroso (p.39) que se gesta en las caricias que la madre propició a la niña o durante la higiene. En este sentido, el juego con las muñecas no es en un primer momento una expresión de la feminidad, como lo apunta Freud en su texto “lo femenino” (1931) sino que traduce y representa una identificación con la madre para sustituir pasividad por actividad.

Es decir, existen dos puntualizaciones de gran relevancia durante este tiempo, la primera es que Freud le atribuye un carácter de fantasía al objeto madre –fantasías que aluden a una atmósfera de satisfacción libidinal, todavía no afectada por la castración—. Y la segunda plantea una total exclusión del objeto padre. Ante tal ausencia, Freud sólo coloca al padre como una instancia prohibitiva, cuya intervención separaría a la niña de la madre, orientando su búsqueda del pene-falo hacia la figura paterna que lo detenta.

La entrada al Edipo está determinada por el descubrimiento de la inferioridad del clítoris en relación al pene y la ausencia de ese órgano; en ese momento, dice Freud, la niña cae bajo el dominio de la *envidia fálica (Penisneid)*, es decir, entra en el complejo de castración, que trae como consecuencia el rebajamiento de esta ligazón libidinal exclusiva con la madre, y la represión de las manifestaciones activas de su sexualidad (se suspende la masturbación clitoriana, y se da la represión de la masculinidad), generando la aparición de tendencias pasivas más débiles, a partir de las cuales la niña accede al nombrado complejo de Edipo positivo. Ofrece así la castración la posibilidad de subjetivarse, de estructurarse como sujeto, como un significante para Otro, un significante para sí mismo. Posterior a la castración, no sólo hay un destino para la mujer, sino tres:

El descubrimiento de su castración es un punto de viraje en el desarrollo de la niña. De ahí parten tres orientaciones de desarrollo: una lleva a la inhibición sexual o la neurosis, la siguiente a la alteración

del carácter en el sentido de un complejo de masculinidad, y la tercera, en fin, a la feminidad normal (Freud, 1905/2011, p. 116).

Siendo este último, el de la feminidad normal, consistente, primero, en elegir al padre como objeto, en sustituir, luego, el pene por el niño y, por último, en el acceso a la maternidad, de forma y manera que sólo en la medida en que el marido pueda tener un cierto estatuto de hijo para la mujer, podrá ser amado por ella. De modo que esa feminidad que tiene como objeto amoroso al ser de su sexo opuesto, el hombre, del cual –y esto es sumamente importante– aun al estar dentro de ese, se encontraran distintos modos de subjetivación de la mujer, pues son muchos los significantes que encarnan el cuerpo anatómico colocado desde la feminidad. De hecho, desde el momento del descubrimiento de la ausencia de órgano (pene) ya vemos trazarse diversos modos de subjetivación. Pues no podemos partir del equivoco de concebir el falo como el órgano libidinal por excelencia, es decir, el órgano de lo viviente, pasando así a concebirlo como el objeto reparador de la pérdida.

La *ligazón madre* exclusiva no se escapa en lo absoluto del señalamiento que hace Freud (1931) respecto a que la ambivalencia constituye la regla durante las primeras fases de la vida amorosa de los sujetos, en la niñita habitan sentimientos de odio hacia la madre por no haberla hecho completa, por haberla hecho a su imagen y semejanza, lo cual la ha dejado en inferioridad de condiciones respecto del varón, lo que contribuye a hacer posible que se extrañe de ella, significando también la puerta de salida para el objeto padre, que no siempre lleva a una lograda resolución. Hecho que como vemos, significa un paso en extremo sustantivo en la vía de desarrollo de la niña, pues este pasaje no solo representa un cambio de vía de objeto (Freud, 1931/2011), sino una modificación pulsional, cambiando los *impulsos activos* por los *pasivos*, propios de la feminidad. Otros elementos que se involucran en este extrañamiento son: la madre omitió dotarla con el único genital correcto, la nutrió de manera insuficiente, la forzó a compartir con otro el amor materno, no cumplió todas sus expectativas de amor e incitó el quehacer sexual propio y luego lo prohibió, además del reclamo por

haberla traído al mundo mujer y no varón; sin embargo; Freud (1931) señala que estos son motivos insuficientes para justificar la final hostilidad, la que generalmente culmina en odio o puede ser compensado relativamente más tarde o simplemente no modificarse (p. 236). Lo que habla de que esta frase precoz *–ligazón-madre-exclusiva* está rodeada de dificultades pues esa relación teñida ahora de hostilidad y expresada en recriminaciones y reproches puede desplazarse a todo tipo de temáticas y hasta edades muy avanzadas.

De hecho, Freud en su texto “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico” (1916) señala que el reclamo de las mujeres de la excepción se encuentra arraigado en el reproche dirigido a la madre por haberlas traído como mujeres y no como varones, dice: “entonces aquello que es ofensa narcisista busca hacerse excepción” (p. 156) Esto nos conecta con una cita, continuando con el mismo autor, en cuanto a la predilección del sujeto por colocarse simbólicamente en un papel activo “no solo en el ámbito de la sexualidad sino en general, en el vivenciar anímico, una impresión experimentada de manera pasiva provoca en el niño la tendencia a una reacción activa” (Freud, 1931/2011, pp. 237-238) es decir, existe siempre una rebeldía contra la pasividad y una predilección por el papel activo. De manera que, efectivamente, los efectos de la asunción de la castración atribuida a la madre por esta niña, no se dará, como bien lo señala Freud, sin intentos de resarcimiento. La forma en que será asumida la castración es que la niña se deslice a lo largo de una ecuación simbólica, que es totalmente inconsciente, *del pene al hijo*, su complejo de Edipo ha de culminar en el deseo, alimentado por mucho tiempo de “recibir como regalo un hijo del padre, parirle un hijo” (p. 186). De modo que bajo esta entrada al Edipo es como la niña se aleja del objeto materno para orientarse hacia el deseo del pene paterno, una operación simbólica que compense la falta de falo, es decir, que lo reemplace y equipare; o que en cierta medida suture esa

falta que la aflige, y que le ha dejado como saldo la *envidia del pene* “la *Penisneid* queda así apaciguada y compensada por la maternidad” (Pereña, 2004, p. 142).

Hasta aquí vemos que, a nivel subjetivo, la realidad de la mujer viene a constituirse a partir de ausencias y de la elaboración de éstas. Es decir, la mujer no sólo vive *la ausencia de un pene* en su cuerpo, también se encuentra ausente la *relación madre-hija* destinada al fracaso, y “la concepción que se tiene en torno a esta es que, no es ni una ni otra, sino nada” (Rodríguez, 2009. p. 76). Y ante esta nada lo que esperan las mujeres es en algún momento convertirse en *algo*, esperando *ser* en todas las significaciones posibles, incluso siendo las que se marcan la piel (lesiones autoinfligidas). Cargando a costas el resultado de abandonar a su madre, su primer objeto de amor, y “de hilar en ella una interminable hostilidad que la conduce de acuerdo con el discurso de la cultura a la antesala del sufrimiento” (p. 77). Además, recordemos que existe también en la mujer otro afecto edípico a parte de la envidia, y es el de la angustia, no de perder el pene/falo que jamás tuvo, sino de perder ese otro “falo” inestimable que es el amor procedente del amado (Nasio, 1999) de ahí que coexista en ella un deseo de *ser*, de *ser amada*, como un intento de contrarrestar eso que al parecer su situación física y psíquica le deniegan. De ahí que se señale que su tipo de elección de objeto por predilección va a *ser narcisista*.

Diversa es la forma que presenta el desarrollo en el tipo más frecuente, y con probabilidad más puro y genuino, de la mujer. Con el desarrollo puberal [...] parece sobrevenirle un acrecentamiento del narcisismo originario. En particular, cuando el desarrollo la hace hermosa, se establece una complacencia consigo misma que la resarce de la atrofia que la sociedad le impone en materia de elección de objeto. Tales mujeres sólo se aman, en rigor, a sí mismas, con intensidad pareja al hombre que las ama. Su necesidad no se sacia amando, sino siendo amadas, y se prendan del hombre que les sacia esa necesidad (Freud, 1914/2011, p. 245).

En este sentido, a través del enlace del cuerpo biológico con el cuerpo pulsional, vemos cómo Freud presupone a la mujer con una preferencia al tipo de elección de objeto narcisista, lo que la coloca en el lugar de ser amada. *El amor a ser amada* será lo que marque el camino hacia la elección de objeto de las mujeres quien fungirá como sustituto para sentirse amadas, complacidas en su narcisismo. Sus objetos elegidos bajo esta base serán prototipos de sí misma, del propio yo en tanto primordialmente amada. “Objetos que rememoran, reeditan y complacen el narcisismo propio” (Soria, 2016, p.28). Y lo que se ama de los objetos elegidos bajo una base narcisista son: *A lo que uno mismo es* (a sí mismo), *a lo que uno mismo fue*, *a lo que uno querría ser*, y *a la persona que fue una parte de sí mismo propio* (Freud, 1914/2012, p. 87).

Lo que se observa entonces es que el narcisismo femenino se relaciona con un pleno amor hacia sí misma. Partiendo de la serie de cambios advenidos durante la adolescencia en relación a la imagen y, sobre todo, ante la manera en que el Otro social cobra mayor peso —especialmente en ellas— se infiere que pueden prevalecer dificultades para la configuración de este narcisismo femenino, pues la existencia de parámetros de belleza preestablecidos se han convertido culturalmente en un ideal. Otro elemento que puede obturar la configuración de un narcisismo lo vemos en la manera en que puede operar la función paterna durante el atravesamiento del Edipo, pues una falla en esta función puede ocasionar un apresamiento en la imagen del doble narcisista, veamos en qué sentido.

A partir del planteamiento freudiano de que la situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, es que el niño se inscribe en una tópica constituida por ese deseo materno desplazado, lo que significa que si ese desplazamiento no se produce, el niño se encontrará preso en un sistema cerrado, es decir “se convierte en el falo del cual la madre se vio privada en lo real” (Hornstein, 2010, p. 112), al contrario de lo que sucede si la castración fue asumida por la madre, siendo así, ningún objeto real podrá colmarla y el niño será inevitablemente desalojado

de la fantasía de ser todo para ella, lo que lo obliga a des-identificarse con *el yo ideal* omnipotente infantil. Es decir, la no incondicionalidad de la madre le dará el mensaje al niño de que ella posee y desea otros objetos más allá de él. En este sentido es preciso subrayar, la importancia de la función paterna pues “es la que significa el vínculo madre-hijo, ubicando los personajes del Edipo en sus respectivas posiciones, y su vez, eleva la situación edípica, con su trama de prescripciones y sujeciones, a la categoría de figura histórica predominante” (Hornstein, 2010, p. 114).

El padre es otro –en el sentido de que es el primer representante de los otros– y su función primera es ser el agente separador del cuerpo de la madre, éste está presente para la madre, aunque ausente para el niño en los comienzos, o bien presente, pero en el psiquismo de la madre. Interfiriendo entre el niño y la madre, el padre excluye al niño, y haciéndolo se viene a constituir como rival y modelo: el que prohíbe y al mismo tiempo posibilita un futuro (p. 118). En este sentido y para ir cerrando con el asunto del Edipo vemos que su importancia y su buen atravesamiento vienen a producir la diferencia y la diferenciación entre el niño y la madre, así como la diferencia sexual entre los padres, la diferencia entre el yo y el ello, el yo y el superyó. Siguiendo a Hornstein (2010) el hecho de que el paso por el complejo de Edipo permita una diferenciación de los sexos da pauta para que el niño pueda salir de un apresamiento en la imagen del doble narcisista, “la alteridad sexual como posibilidad de división que preserva del enfrentamiento letal con lo idéntico del doble” (p. 114). Es decir, es a través del Edipo que el niño se reconoce como hijo, “testigo y consecuencia del deseo parental y no causa de ese deseo, pudiéndose proyectar como futuro padre o madre, y a su vez eslabón de una cadena simbólica que trasciende su temporalidad subjetiva” (Hornstein, 2010, p. 118).

1.2.2.1 Efectos del drama infantil de los celos en la adolescencia

Otro punto relativo a la constitución del yo que se observa durante el tiempo adolescente, con las modificaciones a nivel psíquico, social y corporal, en donde parece ponerse en juego algo del orden

de la liberación de lo que ya no se es más, de lo que no se puede ser más, es el nacimiento de un hermano para quien es el primer hijo viene a ayudar a pasar a ser eso otro, pues es preciso que este se incluya en el contexto de una nueva relación, mientras hubo solo adultos se contentaba con el deseo de ser como ellos, pero con la presencia de un tercero, la escala *adulto-niño* no es suficiente ya, por lo que habrá una tercera forma de existencia: “dejar de ser el más pequeño”, de ahí que muchas veces en el trabajo clínico con adolescentes se trate de ayudar a matar lo que no es más, es decir; el hijo menor. Para el alcance de este pasaje y a su vez para la configuración de un yo diferenciado del otro se ponen en juego lo que Lacan en su texto “La familia” (1938) nombra como celos infantiles, el autor precisa cómo es que la estructura de estos celos a partir del nacimiento de un hermano viene a jugar un papel importante en la génesis de la sociabilidad, es decir “los celos como arquetipo de sentimientos sociales” drama en donde es posible ver aparecer *el yo*, pero ya no sería *el yo* como *otro yo* como en el primer momento de estructuración que sería el estadio del espejo.

Vayamos por partes, cuando Lacan habla de los celos en el apartado “el complejo de intrusión” del texto antes mencionado señala que el sujeto no se encuentra en una situación de competencia vital con su hermano como de entrada se pensaría, más bien de lo que se puede hablar es de la exigencia de una cierta identificación con el estado del hermano.

Los celos infantiles han sido de interés desde hace mucho tiempo, Lacan toma varias veces a lo largo de su enseñanza una cita de San Agustín (referida en la p. 44 de esta tesis), quien dice que ha observado reiteradamente el rostro circunspecto, la mirada amarga –*amare aspecto*– de un pequeño que mira a su hermanito menor mamando “todavía no hablaba y no podía mirar sin palidecer el espectáculo amargo de su hermano de leche” (Lacan, 1938, p. 44). Ahí, dice Lacan (1938), comienza el drama de los celos, y con relación a esto es necesario hacer una interpretación prudente, ya que como venimos diciendo:

[...] los celos, en realidad, pueden manifestarse en los casos en los que el sujeto, sometido desde hace mucho tiempo al destete, no se encuentra en una situación de competencia vital con su hermano. El fenómeno, así, parece exigir como condición previa una cierta identificación con el estado del hermano (p.50)

Si hasta entonces sólo estaba en escena el *moi y su ideal espejular*, en tanto doble de sí mismo, a partir del drama de los celos el niño se diferenciará de ese pequeño otro, que ya no será su semejante sino su prójimo.

Es sabido que el reconocimiento por parte del sujeto de su imagen en el espejo resulte significativo en este estadio, de hecho, en las dos etapas que lo componen, se juega el paso del aislamiento afectivo del sujeto, hasta la constitución del yo a partir de la introducción de un tercero que reemplaza la confusión afectiva, señalando, “ese eres tú”, es decir, en primer lugar, se observa que la percepción de la actividad del otro no es suficiente para romper el aislamiento afectivo, de manera que la imagen del semejante, en este caso, en su rol primario suscita en el sujeto emociones y posturas similares, es decir, hay una ecopraxia, que significa, la repetición involuntaria o imitación de los movimientos observados de otra persona, esto en la medida en que la estructura actual de sus aparatos lo permite. En este punto, dice Lacan, mientras el sujeto sufre esta sugestión emocional o motriz no se distingue de la imagen misma, de modo que “en la discordancia característica de esta fase la imagen se limita a añadir la intrusión temporaria de una tendencia extraña” (Lacan, 1938, p. 56). Suceso que el autor nombra intrusión narcisista, de manera que antes de que el yo afirme su identidad, llega a confundirse con la imagen que lo forma, pero que lo aliena de modo primordial.

En este sentido, se partiría de una estasis del yo viviendo una intrusión narcisista para más tarde pasar a la introducción de un objeto tercero que reemplaza la confusión afectiva a la ambigüedad espejular mediante la concurrencia de una situación triangular en lo que sería el drama de los celos “el yo se constituye al mismo tiempo que el otro en el drama de los celos” (p.57). Es decir, para Lacan

la constitución del yo tiene relación con la concurrencia que implica acuerdo y rivalidad a la vez, en donde, sin embargo, *se reconoce al otro* con el que se compromete la lucha o el contrato, en resumen, se encuentra al mismo tiempo al otro y al objeto socializado. Gracias al drama de los celos, el objeto poseído por el otro va a convertirse en objeto de su deseo. El yo como rival, el objeto madre socializado en tanto lo tiene el otro y el sujeto.

Todo lo anterior para llegar a la conclusión de que es posible ver surgir un yo en la medida en que el sujeto salga de la confusión propia del estadio del espejo donde *yo es otro*, a partir de la introducción de un objeto tercero que reemplaza la fusión afectiva (*yo es otro*) por lo que a la ambigüedad especular se le deberá añadir, mediante la vivencia de una situación triangular, el drama de los celos, puesto que los celos humanos se distinguen de la rivalidad vital inmediata “ya que constituyen en mayor medida de lo que él los determina: se revelan, así como arquetipo de los sentimientos sociales” (p.58). En este punto, vemos que nos hemos conducido de nuevo al asunto del narcisismo, de hecho, al hablar de constitución del yo es imposible no hacer referencia al mismo; en este sentido, es posible verificar que un yo estable, por llamarlo de alguna forma, surge frente al otro, en este drama que incluye: celos, un tercero y la acción de identificarse en la escena descrita por San Agustín, puesto que estos elementos no se ponen en juego con la autorreferencia narcisista, por el contrario, ahí vemos que, el otro se inclina hasta que el yo se reconoce a sí mismo en él.

1.2.3 Superyó e ideal del yo

En “El yo y el ello” Freud (1923) plantea –ya lo había hecho antes– la existencia de un *ideal del yo*, designado como heredero del pasaje pubertario. El niño al salir del narcisismo primario (del yo ideal propio de la omnipotencia narcisista infantil) cuando coteja su yo con un ideal que proviene del exterior y que desde ahí le es impuesto, se encuentra marcado por el sello del futuro y del proyecto, e involucra el significante del *deber ser*, en primera instancia de las exigencias del mundo familiar y

social que le rodea, se instala un modelo de niño a quien al adolescente le cuesta mucho parecerse. “El niño amado era un yo ideal, (su majestad) y será destronado cuando descubra que está el padre, que la madre no lo ama incondicionalmente y que tiene que procurarse logros que no tiene” (Hornstein, p.52, 2013). “El yo ideal deviene ideal del yo” (Hornstein, 2013, p. 53). Su madre al hablarle descubre que tiene otros deseos que no lo toman en cuenta y que él no es para ella; esta es la herida infligida al narcisismo primario, a partir de ahí el objetivo será hacerse amar por el otro, complacerlo para poder recobrar su amor, sin embargo; este solo se tramita satisfaciendo las exigencias del *ideal del yo*. Y a su vez este le marca proyectos, proyectos o ideales que muchas veces llegan a ser muy exigentes, o en ocasiones, en el horizonte social actual encontramos conflictos entre ideales contradictorios o a veces nos topamos con una falta de ideales. Gran parte de esta conflictiva, por mencionar un ejemplo, se debe a que, en la actualidad, en palabras de Mitre (2011) “la escuela ha perdido significado, ya no se presenta como la llave para alcanzar el futuro, ha perdido la autoridad simbólica que la caracterizaba en otras épocas y se encuentra desbordada por problemáticas sociales (violencia, conflictivas familiares, trabajo infantil, entre otras)”(p.1) Es decir, parecería que nos encontramos en la época de ausencia de referentes, de anclajes, en donde parece que el trabajo debe correr por cuenta de cada uno/una.

Recordemos que para que todo esto suceda es necesario que la castración haya sido asumida por la madre, porque siendo así, ningún objeto real es capaz de colmarla y de esta manera el niño/a será inevitablemente desalojado/a de la fantasía de ser todo para ella, lo que obliga a este niño/a a *des-identificarse* con el yo ideal omnipotente infantil. Y cuando el niño da cuenta de su desvalimiento, perdiendo la ilusión de una fusión perfecta con la madre, se determina una frontera entre el yo y *el no-yo* que hace que no pueda negar su dependencia de fuentes externas de cuidado.

En este sentido, como bien lo señala Green (1990) el ideal del yo transforma el ideal de la satisfacción en satisfacción del ideal.

Ya que hablamos de los ideales es preciso decir que el ideal del yo articula narcisismo y objetividad, principio de placer y de realidad, es decir, como ya se señaló, el primero implica “proyecto, rodeo, temporalidad, como lo decíamos, el niño proyecta su ideal del yo sobre modelos sucesivos, donde tanto frustraciones como gratificaciones dosificadas lo impulsan a desprenderse de ciertas satisfacciones y así lograr otras” (Hornstein, 2013, p. 54). Hornstein (2013) al respecto señala que cada momento histórico le proporciona gratificaciones al sujeto conservando así la esperanza de recuperar la plenitud narcisista. Siendo la madre la que ayuda al hijo a proyectar *frente a sí* su ideal del yo, preservando esa promesa narcisista. Tal promesa, paradójicamente, tiene relación con una ruptura del estado narcisista primitivo, que lo constriñe a reconocer al otro que investirá con su propia omnipotencia perdida. Aulagnier (1975) alude a la instancia de un yo que abre un primer acceso al futuro debido a que ha podido reconocer y aceptar una diferencia entre él mismo tal como se representa, él mismo tal como devendrá y él mismo tal como se descubre deviniendo, es decir, entre el yo futuro y el yo actual debe persistir una diferencia, una *X* que represente lo que debería añadirse al yo para que ambos coincidan. Y a su vez, esta *X* debe faltar siempre, pues representa la asunción de la prueba de castración en el registro identificatorio recordando lo que ésta prueba deja intacto: “la esperanza narcisista de un autoencuentro, permanentemente diferenciado, entre el yo y su ideal que permitirá el cese de toda búsqueda identificatoria” (Aulagnier, 1975, p. 55). Vemos pues que por esta separación de la madre-hijo/a este último queda librado a la angustia.

En cuanto al superyó Freud (1932) decía que no es una abstracción sino una constelación estructural heterogénea, es decir, contiene multitud de voces, miradas, personajes significativos que fueron siendo metabolizados, alberga al ideal del yo, la autoobservación y la conciencia moral y es la

internalización de deseos, de tabúes, anhelos y prohibiciones. En su 26 conferencia “La teoría de la libido y el narcisismo” (1916/1917) en la cual realiza un análisis de las afecciones narcisistas apunta –refiriéndose al superyó: “por el análisis del delirio de observación hemos extraído la conclusión de que en el interior del yo existe realmente una instancia que de continuo observa, critica y compara, y que de tal modo se contrapone a la otra parte del yo” (p.389), en este sentido observamos a un superyó emitiendo juicios y distinguiendo entre “bueno” y “malo”, donde el sujeto se ve sometido a una especie de dictamen.

Además, como bien lo señala Hornstein (2013) esta instancia (superyó) tiene historia, es cambiante, día tras día se va haciendo cargo del mundo externo y en particular de los valores de la cultura. Tanto el niño, el adolescente, como el adulto necesitan ser amados por su superyó, así como por las personas de su entorno y también necesitan que sus logros sean respetados por la cultura. Ya lo dijo Freud en 1938, mientras que la renuncia a lo pulsional por razones externas es sólo displacentera, lo que ocurre por motivos internos, por obediencia al *superyó*, tiene otro efecto económico

[...] además de la inevitable consecuencia de displacer le trae al yo una ganancia de placer, por así decir, una satisfacción sustitutiva. El yo se siente enaltecido, la renuncia a lo pulsional lo llena de orgullo como una operación valiosa [...] cuando el yo le ha ofrendado al superyó el sacrificio de una renuncia de lo pulsional, espera a cambio, como recompensa, ser amado más por él. Siente como orgullo la conciencia de merecer este amor [...] este sentimiento bueno sólo pudo cobrar el carácter del orgullo, que es específicamente narcisista, luego que la autoridad misma hubo devenido parte del yo (Freud, 1938, p.123).

En este caso, el *superyó* mantiene al yo bajo su tutela y viene a ser el representante de los valores que se resisten al paso del tiempo, por lo que se perpetúan de generación en generación.

En este sentido, encontramos a los/las adolescentes con todas las modificaciones de las que hemos hablado, así como de su propio narcisismo sumergidos en una división que puede llevarlos, – aparte de la alteración de lo que fungió como aporte narcísistico– a incidir en acciones de riesgo, o lo que podemos nombrar como, modos de coerción corporal , en donde, a veces, como una especie de defensa ante eso percibido como una imposición (*ideal del yo*) llevan a cabo acciones en las que el deseo parece *retenido* y *detenido* por el goce de preservarse como “el niño omnipotente y maravilloso” que un día fue (*yo ideal*). Según Hornstein (2013):

[...] la separación con el otro lo hace depender de la mirada de la que se espera aprobación y amor, en este caso, cuando cesa la fusión con la madre, se construye el yo y sus ideales de independencia, autonomía, nutrido por el narcisismo, pero también su reverso, la angustia de ser alguien sin valor y sin interés (p.67).

De ahí el interés del adolescente por preservar imaginariamente ese lugar de niño “omnipotente y maravilloso” pero sobre todo la imagen de alguien amado, que recibirá amor, pero este amor incondicional de los padres no lo preparan para provocar amor en quienes no son sus padres, ahí el dilema.

Las exigencias propias de crecer que a su vez remiten al abandono de toda condición de protección e influjo externo, los colocan en medio de una fragilidad narcisista manifestada a través de respuestas que incurren muchas veces en pruebas o duelos con el otro para la demostración de ciertos atributos, actos que los ponen en peligro, igual que el exceso en el consumo de sustancias, drogas, alcohol, fármacos (Quiroz, Gamboa, Orozco, 2012, p. 123).

Las aspiraciones sobre lo que se *debe ser* y *tener* (*ideal del yo*), así como las consignas sobre lo que no se debe hacer (conciencia moral) se conforman por las aspiraciones de padres o sustitutos. La pérdida de amor puede ser un castigo, una sanción a la desobediencia. En este sentido, Lauru (2005) señala que, “desde las carencias del narcisismo hasta el acto no hay más que un paso” (p.72), es decir,

los adolescentes se inscriben en diferentes tipos de acciones, la asunción de riesgos en los varones, las perturbaciones del comportamiento alimentario en las mujeres, así como lesiones infligidas hacia sí mismas. A partir de esto, podría problematizarse el pasaje al acto como inherente en los procesos de la adolescencia.

Otro tema que se coloca como tela de fondo, es una trampa del narcisismo, que tiene que ver con que poseemos una imagen en la que nos reconocen los otros y en la que nos reconocemos. De acuerdo con Lauru (2005) “nuestras imágenes nos hablan y nos dicen quienes somos” (p. 71). De manera que los/las adolescentes se encuentran prestando su imagen a lo que funciona en lo social: carrera, títulos universitarios, belleza, modas que al final resultan ser mediadores y se convierten en el lugar del engaño (falsedad). El adolescente trata de colmar la falta, el estupor de la falta en el otro, sin embargo, el reconocer esa imposibilidad, esa ausencia, se vuelve una de las pruebas más terribles sobre todo ante la indiferencia del Otro, quien no respeta ni reconoce que todo lo que involucra el cuerpo del adolescente y sus cambios, son experiencias del orden de lo humano, desde la primera menstruación, hasta el crecimiento de los pechos en las mujeres, el cambio de voz en los varones, la experiencia del crecimiento de vello en zonas donde antes no existía, entre otros, son momentos apremiantes en la vida de los adolescentes. Momentos que se viven a la par de ese algo que viene a instaurarse en el imaginario social reproduciéndose en lo particular de cada adolescente, un claro ejemplo pueden ser ideales de belleza que han sido globalizados, un ideal de feminidad que desde luego se relaciona con conductas esperadas por el hecho de ser mujer, es decir, la gestión de la subjetividad a partir de representaciones específicas sobre *ser* mujer, cuyos efectos parecen tener resonancia en el deseo: la asunción de la pasividad como principal rasgo de su posición subjetiva, entre otras cosas. Sin embargo, en ningún momento se vuelve posible responder a las demandas que este impone, por ejemplo, en relación con los parámetros de belleza o de imágenes, los/las

adolescentes, se encuentran instituyéndose en el orden del pasaje al acto. Lo que habla de una defensa o formación psíquica que hay entre el sujeto y el ideal que proviene del exterior o de la cultura.

Asimismo, es importante señalar que, del lado de las figuras paternas parecería que también se está jugando una especie de narcisismo, que trae repercusiones a nivel narcísico en las y los adolescentes, puesto que los primeros se encuentran haciendo referencia al deseo de *tener un hijo*, pero no es lo mismo el deseo que *querer algo*, frase de la que se pueden extraer varios significantes, uno de ellos sería que lo desean en *tanto objeto de satisfacción*, de *su narcisismo*, es decir, sí, existe un deseo –*el de tener un hijo*– que no es lo mismo que expresar el deseo de *ser padres* “solo se desea un hijo si un hijo hace falta” (Flesler, 2019, p. 5). Las externalizaciones de “los padres” de *su deseo de tener un hijo*, colocan a éste en el lugar de objeto de satisfacción del deseo del otro. Y tal hecho, no es sin consecuencias.

1.2.4 La reorganización de las identificaciones en la adolescencia

En este punto, es preciso retomar lo que en apartados anteriores se ha venido mencionando, respecto a que el resultado del sepultamiento del complejo de Edipo es el *superyó*, una instancia psíquica que jugará un papel fundamental en las adquisiciones de la moral y de la ética en el futuro del niño/a. Sin embargo, lo que se espera es que a partir de la reactivación del complejo de Edipo suscitado por la activación de la sexualidad genital (reproductiva) en la pubertad se vuelva posible una nueva representación de la conflictiva edípica para que el adolescente logre alejarse de este *ideal del yo* necesario, pero al mismo tiempo impuesto y delimitado por los padres “la actitud del niño llegado a la pubertad está caracterizada por una lucha interna por abandonar las identificaciones con el padre y destituirlo del lugar ideal” (De Freda, 2015, p. 29) tras el abandono de dichas identificaciones habría lugar para las nuevas identificaciones, así como a los nuevos ideales representados la mayoría de las veces por sus maestros o figuras de autoridad que juegan un papel importante en su educación,

además de la cultura en general la cual contribuirá a instituir la conciencia moral así como el sentimiento de culpa que es inherente. De hecho, en una de sus conferencias de 1932 Freud hace referencia a que el superyó acoge luego a los personajes que la cultura provee como personajes valorados y los padres menguan mucho, y en todo caso si se producen identificaciones van más al yo que al superyó. En este sentido Hornstein (2013) señala que el superyó sería heredero y no del complejo de Edipo. Es decir, es heredero en tanto comenzó esperando amor de las figuras paternas, es heredero porque se constituye la instancia intrapsíquica y no lo es porque múltiples figuras incidirán en su construcción “congelar el superyó a los 5 años, como congelar la constitución subjetiva a esa edad, es perder de vista que la historia identificatoria continua a lo largo de toda la vida” (Hornstein, 2013, p. 59).

Sucede entonces que el adolescente deberá construirse un camino a través de nuevas identificaciones. Es necesario aclarar que lo que designamos como *construirse subjetivamente*, se relaciona con la apropiación de nuevas identificaciones, lo cual forma parte del *proceso de subjetivación o convertirse en sujeto*, puesto que los adolescentes se ven en la necesidad de apropiarse de sus vidas, de sí mismos, de su cuerpo y de su sexualidad a partir del distanciamiento de la dependencia infantil a los padres.

Los procesos de identificación inconscientes se efectúan desde la primera infancia y son constitutivos de la estructura subjetiva, dichos procesos continúan efectuándose durante la infancia, con una reedición importante durante la adolescencia, en efecto, la reorganización que supone actualiza (vuelve a trazar) una oscilación de las identificaciones primeras, lo que le precipita en el adolescente, el abandono de sus bases identificatorias infantiles. Para luego, transitar por un camino difícil de destitución de las identificaciones parentales.

En este sentido, la realidad de los cambios vividos, dejan al descubierto aquello en lo que el adolescente se está tornando. Sus vacilantes identificaciones a partir de estos cambios lo han dejado al descubierto, desnudo. Lo cual nos remite a la hermosa metáfora que Dolto (1992) describe en su texto “La causa adolescente” al recordar el caparazón del cangrejo. En donde las identificaciones serían el caparazón, quedando en carne viva el plano narcísico, con su fragilidad manifiesta. Es decir, hay un déficit de identificaciones. Por lo que el adolescente se encuentra retranscribiendo el ordenamiento de sus significantes primeros o, en otras palabras, de sus fundamentos en tanto sujeto. En tales retranscripciones existe incluso la ocasión de rupturas que se traducen desde formas arcaicas o psicóticas de respuesta. Además, otro factor que viene a complicar los puntos de referencia de la identidad es la necesidad del adolescente de determinar *sus elecciones sexuales* que van de la mano con el descubrimiento de la sexualidad genital, un descubrimiento que representa uno de los cambios más complejos de la adolescencia.

Por consiguiente, lo que aborda la psicoanalista Piera Aulagnier (1991) en el trabajo titulado “Construir (se) un pasado” pone en escena a un sujeto activo en el ejercicio de rememoración de su historia para situarse en un lugar desde donde responder subjetivamente. Construir (se) un pasado se relaciona con la creación de un punto de referencia sobre el origen del adolescente, principalmente con su biografía, para con ello conquistar posiciones nuevas y estables, en otras palabras, construir (se) partiendo de “poner en memoria y poner en historia” permitiendo así que el tiempo pasado pueda tener una continuidad como existencia en una organización psíquica en constante devenir. Esto significa que lo que se considera tiempo pasado, por lo tanto, tiempo acabado, pueda continuar existiendo a partir de estar sujetos a modificaciones parciales en un permanente trabajo de construcción y reconstrucción de un pasado vivido.

Las experiencias pasadas que se reviven y reelaboran influyen, según Aulagnier (1991), directamente sobre lo posterior, adquieren inestimable valor y son constitutivas del “*fondo de memoria*” el cual define como todo aquello que subsiste del tiempo pasado, experiencias privilegiadas acompañadas de grandes afectos que deberán ser *seleccionadas* por el sujeto, puesto que hilvanan “la tela de fondo” de sus composiciones biográficas que a su vez –ante las modificaciones que sufra– le permitirán moverse, así como ir y venir sin el riesgo latente de perderse. En otras palabras, el fondo de memoria es la parte de la infancia presente en todos los sujetos, el cual aporta el tejido que asegura que lo modificable y lo ya modificado de sí mismo, de su deseo, durante su devenir, no lo transforme en un extraño frente a lo que lo haya constituido hasta ahora. Garantiza pues, que “su mismidad persista en ese Yo condenado al movimiento y a su auto-modificación permanente” (Cordova, 2010, p. 123). Así pues, este fondo de memoria basta para satisfacer dos exigencias imprescindibles para el funcionamiento del Yo. Las cuales tienen relación directa con el asunto de la identificación o de tejer nuevas identificaciones, ya que una garantiza el registro de éstas, lo que significa que asignan al sujeto un lugar en el sistema de parentesco y en el orden genealógico, que lo pondrá al amparo de cuestionamientos futuros, así como de conflictos o eventos que surgirán. Y la otra, asegura la disposición de un *capital fantasmático* que aporte la palabra al afecto que decidirá y denegará las investiduras, resolviendo las que corresponderán a su deseo y las que quedaran inscriptas del lado de lo que será rechazado.

En otras palabras, construir(se) las condiciones y los escenarios imaginarios a través de nuevas identificaciones, en y a través de ello, el adolescente encuentra los apuntalamientos y las reaseveraciones de sí; transitar que se verá caracterizado como apronte hacia la autonomía psíquica. Lugar y tiempo subjetivo constelan elementos que forman el tejido de los posicionamientos que caracterizarán la singularidad del adolescente.

Podemos nombrar el momento de la *–creación del fondo de memoria–* como “el garante de la permanencia identificatoria de lo que uno deviene y continuará deviniendo, y por allí de la singularidad de la historia del sujeto y de su deseo” (Aulagnier, 1991, p. 445). A partir de la construcción de tal espacio, viene otro momento que se relaciona con la incidencia que tiene esta base sobre la alteridad y por consiguiente sobre “la elección de los objetos que podrán ser soportes del deseo y promesa de goce” (Aulagnier, 1991, p. 445). Sobre ambas bases, siguiendo a Aulagnier se abre la posibilidad que el adolescente tiene para alcanzar una autonomía psíquica, desde donde pueda *reconstruir su pasado para invertir su presente* y de esta manera *proyectar su futuro*. En este sentido estaríamos posicionados en un tiempo lógico donde se continúa el instante, donde el pasado puede red desplegarse psíquicamente, contribuyendo a la realización de balizas desde dónde la memoria podría contribuir a la distribución de estabilidad, siendo así, predominaría el sentimiento de ser agentes de la construcción de su historia (Aulagnier, 1991). Además, Aulagnier (1991) también destaca que todo sujeto necesita adquirir ciertas certezas, en este caso, la de *ser autor de su historia*, y que *las modificaciones* en las que está sostenida dicha historia no pondrán en riesgo esa parte permanente y singular que debe transmitirse de capítulo en capítulo, puesto que esto garantizará la coherencia y el sentido de la historia o el relato que se escribe. Para la autora, la adolescencia es un tiempo de tareas reorganizadoras. Para ello, desarrolló lo que llamó principios de permanencia y cambio. Proceso identificatorio y espacio relacional. El primero se refiere a la estabilidad que confiere la identificación simbólica a lo cambiante de las identificaciones primarias. Constituyentes de los principios de permanencia y de cambio que, actuando como aliados, deben regir el proceso *identificatorio*.

Es decir, también en concordancia con Cordié (2003), el sujeto que fue configurado a través del deseo de los padres, del ideal de hijo que desearon tener, a partir del cual se configuró el *ideal del*

yo de éste que tiene como origen la identificación de un rasgo (rasgo unario), podrá erigirse como un valor religioso, moral u otro. Sin embargo, como parte del proceso de subjetivación, el adolescente pone en marcha simultáneamente una operación psíquica que a partir del abandono de los padres como objetos idealizados se separa de los discursos parentales. Tras la emergencia del superyó, montos considerables de la pulsión de agresión son fijados en el interior del yo ejerciendo efectos autodestructivos. Siguiendo lo propuesto por Freud (1905), mediante las identificaciones que se hacen hacia el objeto de amor perdido –en este caso nos referimos a los padres– se mantienen a nivel psíquico los aspectos estimados de esos objetos, pues se construye así una forma originaria de lazo afectivo para poder tolerar la pérdida.

Este construirse más allá, que menciona Lauru (2005) es lo que nos interesa resaltar en este apartado. Más que una alienación a los intereses de ese Otro y esos otros en el proceso de constitución subjetiva en el adolescente –a través de la asunción de esas nuevas identificaciones– de lo que se trataría es de brindarle la posibilidad de que pueda ir escribiendo su propia historia, de que pueda moverse, no en un espacio cerrado donde se le dicte cómo debe ser, qué le debe gustar y en qué debe convertirse, sino uno donde pueda moverse en un margen de libertad que a su vez le permita reencontrarse, rescribirse o reconstruirse.

Es decir, a través de la búsqueda de estos nuevos modelos de identificación o referentes para el reordenamiento en su identidad el adolescente cuenta con la posibilidad de externar sus proyectos, sus propios deseos a un adulto ubicado en posición de saber para poder autorizarse a tener otras perspectivas identificatorias que aquellas que dicta la familia o el medio social (Cordié, 2003). Porque en definitiva “el adolescente no puede reencontrarse en lo que la sociedad espera o teme, no puede identificarse con eso. Y, por el contrario, la rebelión adolescente, cuando ocurre, no es bien tolerada por la sociedad” (Lauru, 2005, p. 23). Dado que el término identidad, como lo trabaja Hornstein

(2011) se relaciona con el tejido de lazos variables en donde se articulan narcisismo, identificaciones, vida pulsional, conflictos entre instancias, versión actual de la historia, la repetición y todo aquello que participa en la constitución subjetiva.

1.2.5 Representaciones actuales de la función paterna en la adolescencia

Es notorio que en Freud siempre existió la pregunta por el padre, por qué es un padre, de ahí que usara la figura del mito de Edipo para señalar que “la función paterna tiene como primera tarea prohibir, lo que, sin embargo, El Edipo de Sófocles lleva a cabo: la unión incestuosa con la madre” (Recalcati, 2011, p. 22). Sabemos que durante cierta edad, los niños alcanzan experiencias de satisfacción, eróticas, tiernas o de goce junto a sus madres, en los juegos cuerpo a cuerpo, al ser acariciados, bañados, vestidos, cuidados, protegidos etc. por lo que se vuelve una compleja elaboración, al paso de los años y de los cambios que estos años acarrearán, la renuncia y el distanciamiento de esas experiencias de satisfacción, ya que, el brindar todos los cuidados que un bebé necesita, existe una “inagotable fuente de excitación sexual y de satisfacción de las zonas erógenas” (Freud, 1905/2002, p. 225) que en algún momento deben ser depositadas en un objeto externo (elección de objeto exogámico).

Para que este renunciamiento pueda darse, para que sea posible una salida de este primer vínculo que el niño tiene principalmente con la madre, es necesaria la operación de un padre que, tal como Freud lo describió, sepa llevar a cabo la interdicción del incesto, que es la referencia simbólica por excelencia, facilitando la separación del hijo respecto de sus orígenes para favorecer el acceso a lo simbólico. Este padre que introduce la norma, este padre protagónico del que Freud habla a través del mito de Edipo (1905) y además en su relato de Tótem y Tabú (1923), revelan en qué medida es colocado el mito del padre en el centro de la teoría freudiana para explicar el origen de la cultura a partir de la horda primordial.

Además, ambas historias muestran que “las generaciones venideras rivalizan, cuestionan y anhelan destruir o superar a las anteriores, es decir, hacen notar la rivalidad con el padre, de su asesinato y de sus consecuencias” (Bauab, 2008, p. 235) siendo una de esas consecuencias la aparición de una culpa retrospectiva en el sujeto, así como la instauración de un orden, de la castración y la Ley. En este punto, es importante señalar que para que exista la posibilidad de rivalizar, es decir, para que surja un conflicto generacional, es necesario que a su vez existan padres que sepan representar la diferencia generacional, padres capaces de soportar el conflicto, ya que, como señala Recalcati (2011): “donde hay conflicto hay reconocimiento de la alteridad, hay encuentro con la imposibilidad de reducir al otro al semejante, hay diferencia en juego” (p. 77). Por lo tanto, como ya se ha venido mencionando, no se puede prescindir del conflicto cuando hablamos de sujetos en plena constitución subjetiva como lo son los/las adolescentes. Varios autores ya lo han señalado, la ausencia de conflicto, más que una excepción, puede considerarse como una anomalía, es decir, es algo del orden de lo inherente al grado de considerar la inexistencia del conflicto como un síntoma negativo para el sujeto. Porque sin la aparición de este conflicto necesario que de cierta manera instala o constituye una distancia generacional, no se vuelve posible la inscripción de la diferencia sexual, es en el momento en que esta distancia generacional es sentida y vivida cuando se vuelve posible hablar de un hueco.

Después de recorrer estas puntualizaciones respecto a la importancia del conflicto, pasemos a las contribuciones hechas por Lacan (quien, retornando a Freud avanzó para pensar en la clínica psicoanalítica ese lugar de la función paterna, función que, desde sus primeros años de enseñanza interrogó, haciéndolo a la par de un panorama que ya dejaba ver una caída de la función paterna. Lacan distinguió entre el padre simbólico, el padre imaginario y el padre real. El padre simbólico es una función, es decir, no es un ser real sino una posición, una función, por lo que sería sinónimo de

la función paterna, “esta función paterna no es otra que la de imponer la Ley y regular el deseo en el complejo de Edipo, intervenir en esta relación dual imaginaria entre la madre y el niño, para introducir una necesaria distancia simbólica entre ellos” (Evans, 2005, p. 145). Para llevar a cabo esta intervención, la madre juega un papel fundamental, en la medida en que reconozca que hay cosas que pueden interesarle más allá de su hijo, ubicando al padre en el lugar de una de esas cosas. Es decir, “el padre debe ser depositario de un poder fálico. Porque es deseado por la madre” (Hornstein, 2013, p. 87). En este punto se pone el acento en que la fuerza de la palabra paterna no se fundamentaría en un cierto nivel de autoridad o que exceda el campo de la relación con la madre, sino que será justo la palabra de la madre la que atribuya, o no, la autoridad simbólica a la palabra del padre.

En este momento Lacan muestra el carácter “virtuosamente traumático de esta operación del ejercicio simbólico de la paternidad que asegura al hijo la posibilidad de salir del pantano indiferenciado del goce y de aventurarse hacia la asunción singular del propio deseo” (Recalcati, 2011, p. 23). Como se observa, el autor utiliza el término traumático en el sentido de que pese a tener ese carácter de horroroso “el rompimiento de la ilusión de la continuidad entre Uno y el Otro” (Recalcati, 2011, p. 55) hay un resto beneficioso que podemos otorgarle a este rompimiento, puesto que al introducir esta separación/prohibición se transmitiría al hijo que hay deseos que marchan por fuera de esa relación dual con su madre, posibilitándole una apertura a la alteridad, a la realidad social, una realidad donde podrá tejer nuevos lazos.

Al usar el término prohibición, se está hablando de poner distancia de algo o de alguien con quien se está peligrosamente cercano, por su carácter imposible de realizarse, con esto nos referimos, subrayando las palabras de Lacan a “el goce incestuoso, el goce de la Cosa materna como emblema de un goce absoluto y sin faltas que comporta el rechazo de la experiencia del límite” (Recalcati, 2011, p. 45). Por consiguiente, la madre no puede tomar al hijo como aquello que la completaría,

como un objeto que le provee satisfacciones, ni el hijo puede intentar convertirse en ese objeto que puede completar a su madre.

La posibilidad de diferenciación y la lejanía de esto tan originario en el sujeto, que es el deseo del incesto, es la condición para acceder al deseo, y lo que lo hace posible, es la función paterna, uniendo el deseo a la ley, cito textual “un padre es aquel que sabe unir y no oponer el deseo a la Ley” (Recalcati, 2011, p. 41) permitiendo que el sujeto pueda inscribirse en un mundo donde la satisfacción no puede ser inmediata, lo cual favorece que el recorrido que tiene que hacer a lo largo de toda su vida implique numerosos y diversos caminos, quizá mucho más largos para lograr alcanzar aquello que desea, además del uso de la sublimación para acceder a la creación de objetos y satisfacciones nuevas. De ahí la necesidad de llevarse a cabo este ejercicio de la paternidad como función, misma que se establece y se constituye por el lenguaje.

Sin embargo, como es sabido, contemporáneamente al surgimiento del psicoanálisis creció una paulatina y cada vez más explícita puesta en cuestión “social” del lugar del padre, del peso de su lugar en la etiología de las neurosis, así como una puesta en cuestión de un orden social que tenía como protagonista a la figura del padre (Escars, 2011). Este discurso social de la declinación del padre puede encontrarse desde comienzos del siglo XX, a partir de la reestructuración de las relaciones parentales, es decir, en lo que atañe a que en un siglo se han suscitado algunos cambios con relación a la concepción patriarcal de la familia. Cambios que no hubiesen sido posibles sin los movimientos feministas, mismos que desde su nacimiento, mostraron una severa crítica a las estructuras patriarcales en las cuales se encuentra estructurado el mundo, un mundo donde la mujer ocupa una posición de desventaja con respecto al hombre.

La familia como institución cultural está sujeta a la historia y a sus transformaciones, Elizabeth Roudinesco en su texto “*La familia en desorden*” (2006) escribe que “el gran deseo de

normatividad de las antiguas minorías perseguidas siembra el desorden en la sociedad” (p.10), (es decir, el deseo homosexual convertido en deseo de normatividad reclamo de su derecho a casarse y formar una familia) así como el desafío de la irrupción de lo femenino que comenzó a ganar terreno a partir del siglo XVIII, ha buscado derrocar la soberanía divina del padre en la familia occidental. Así como la progresiva liberación de la mujer, el avance en la igualdad de los sexos, el empuje hacia nuevas formas de reproducción asistida, las adopciones, el embarazo confiado a una persona externa a la pareja, el incremento de los divorcios ha dado forma a un modo distinto de organización familiar.

Es decir, desde hace ya varias décadas estamos siendo testigos de una forma de declive de la función paterna “la familia autoritaria de otrora y la familia triunfal o melancólica de no hace mucho fueron sucedidas por la familia mutilada de nuestros días, hecha de heridas íntimas, violencias silenciosas, recuerdos reprimidos” (Roudinesco, 2006, p. 21) estamos ante configuraciones de familias llamadas monoparentales, homoparentales, recompuestas o reconstituidas, deconstruidas, clonadas, generadas artificialmente etc. (Roudinesco, 2006). Este panorama ha acarreado temor, ya que se percibe tal desorden según señalado por Roudinesco (2006), como el signo de la decadencia de los valores tradicionales de la familia, la escuela, la ley del padre y la autoridad en todas sus formas. La segunda mitad del siglo XX es pues, el siglo del divorcio, el siglo de las ausencias y las separaciones. Sin embargo, lo más importante a destacar aquí, es que independientemente del tipo de familia en la que se crezca, cada vez se observa con mayor frecuencia, una demanda de autoridad, de límites y de leyes de parte de los hijos adolescentes hacia sus padres, aunque comúnmente parezca todo lo contrario.

Ante este hecho, se vuelve difícil hablar de la posibilidad de existencia de conflicto, hablamos de un conflicto en los términos que implica confrontarse o rebelarse contra alguien que le represente una autoridad al adolescente, puesto que como se mencionó líneas arriba, la necesidad de conflicto

tiene un valor imprescindible en la formación y constitución subjetiva de todos los sujetos, es decir, es fundamento de la estructuración psíquica.

Con esto no significa que se desee o se añore la figura del padre autoritario de finales del siglo XIX y principios del XX, lo que instaura interrogarnos por la posibilidad que tienen los padres de hacer que sus hijos accedan a la experiencia del deseo a partir de la función virtuosa del límite en medio de una época que invisibiliza lo que está permitido o no, es decir, cómo es que puede operar la castración simbólica promovida por la función paterna, la cual hace posible que el deseo circule. Cuando lo que vemos hoy en día es que “la autoridad para el adolescente no pasa por el padre, sino por otro adolescente, uno más listo que él, conocedor de todas las triquiñuelas electrónicas posibles” (Rodríguez, 2015, p.3). Podríamos hablar de una debilidad en la organización familiar o de impedimentos en las funciones parentales que están formando parte de la configuración de los síntomas contemporáneos que cada vez se observan con mayor frecuencia, más adelante se ahondará en ello.

Los padres de ahora parecen no saber desde dónde, ni cómo aproximarse o dirigir(se) a sus hijos/as hecho que nos lleva a interrogar sobre lo que se está poniendo en juego en el deseo de ser padres, puesto que parece existir un desdibujamiento del deseo de ocupar los lugares de parentesco: “aquellos del *ordeno y mando* y del *porque lo digo yo*” (Baldiz & Rosales, 2005, p. 58) parecería que tienen miedo a ser autoritarios por temor a generarles frustraciones a sus hijos/as, quizá piensan que así los harán felices o que se garantizará su amor en esta etapa donde son *des-idealizados* por sus hijos/as, pero en tal extremo puede haber un desdibujamiento de una figura de autoridad que suscite respeto y aprecio y ello puede traer implicaciones psíquicas en los sujetos, “algunos padres actuales prefieren ser eternos compañeros de juegos de sus hijos antes que hacerse cargo de las responsabilidades específicas de la función paterna” (Baldiz & Rosales, 2005, p. 59).

En este sentido, se entiende que hoy en día existe una conciencia de que ya no se pueden practicar los modelos autoritarios precedentes, sin embargo; no podemos olvidar que la posición del adulto, en definitiva, no puede ser igual (la de un par mas) ante un/una adolescente en estado de duelo o crisis. Si bien no la totalidad de los padres se encuentran respondiendo al modelo de “adulto” que la época propone, es decir, el modelo que “*satisface necesidades, engorda al joven* respondiendo a su demanda” (Garibaldi, 2014, p. 2) lo cual trae como consecuencia que las y los adolescentes no puedan descubrir y utilizar sus propios recursos, apropiarse de ellos.

Se vuelve preocupante el hecho de que cada vez más la época que transitamos se encuentre propiciando la negación de la falta, a partir del imperativo de sentirse llenos, sin vacíos, sin falta, con ello, no hay lugar para la frustración, para la pérdida. La pérdida concebida aquí como fundamental para la satisfacción es lo que se cuestiona, ya que en este afán de cubrirla denota una evasión de la conflictividad pese a su valor imprescindible en la formación y constitución subjetiva de todos los sujetos, tal como afirma Cordié (2003) “nada peor a esta edad que esos “buenos padres”, tan indulgentes, tan permisivos ¡que no se pueden contrariar ni atacar!” (p.275).

En este sentido vemos que las transformaciones en las/los adolescentes representan un campo para repensar el conjunto de la psicopatología del sujeto, pues hay una idea de re-significación de la identidad, alteraciones en lo imaginario, en los ideales, disturbios ligados a la relación entre cuerpo y pulsiones, en las identificaciones, en la propia imagen del cuerpo, así como actuaciones sobre el terreno de lo corporal, lo cual vuelve este tiempo subjetivo un paradigma de la temporalidad de los procesos psíquicos. No debemos pasar por alto que las transformaciones puberales son significadas de manera distinta de acuerdo con la historia de cada sujeto, así como a los significantes que caracterizan a cada sociedad. Por lo tanto, es fundamental que los análisis de los fenómenos puberales tomen en cuenta la lectura de aspectos psíquicos y sociales asociados a ellos.

Además, hay una modificación del narcisismo en los adolescentes, tema al que ahora nos interesa enfocarnos.

1.2.6 Narcisismo adolescente

Lauru (2005) señala que no existe una visión de conjunto que permita comprender los diferentes destinos del narcisismo cuando es retomado en la fase adolescente. Sin embargo, la existencia de una fase narcisista es *un pasaje necesario*. El concepto de narcisismo aparece en algunos escritos anteriores al de “Introducción del narcisismo” (1914). En “Tres ensayos de teoría sexual” (1905), Freud en una nota añadida a este escrito en 1910 al referirse a los “invertidos”, escribe que ellos “se toman a sí mismos como objetos sexuales” y que, “partiendo del narcisismo, buscan a hombres jóvenes semejantes a su propia persona, a quienes quieren amar como sus madres los amaron a ellos mismos” (Freud, 1905/2011, p. 78). Posteriormente en 1910, en su ensayo “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci”, y en el estudio sobre el caso Schreber elabora un primer desarrollo teórico proponiendo al narcisismo como un estadio de evolución situado entre el autoerotismo y el amor de objeto, donde el sujeto comienza “por tomarse a sí mismo, a su propio cuerpo, como objeto de amor” (Freud, 1911/2011). Es decir, considera que el narcisismo es un estadio intermedio dentro del desarrollo libidinal, se trata entonces de una fase-puente o de conexión entre el autoerotismo (libido yoica) y la elección de objeto (libido objetal). En 1912 en “Tótem y tabú” se pronuncia acerca de las tendencias narcisistas en la “omnipotencia del pensamiento” de los pueblos primitivos. Ya en su texto “Introducción del narcisismo” (1914), el término adquirió el valor de concepto técnico, lo cual implicó, reintroducir el yo en la teoría psicoanalítica, es decir, a partir de este escrito, nace el yo como una instancia psíquica que podría considerarse efecto de las identificaciones y aunado a esta formación del yo, propone una distinción de la libido (energía de la pulsión de Eros). “Las pulsiones autoeróticas son iniciales primordiales; por lo tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo” (Freud,

1914, p.169). El yo –precisa Freud (1914)– no se constituye de entrada: es necesario que se ejerza una *nueva acción psíquica* que lo haga ir hacia el narcisismo dando paso a su constitución.

A su vez, Freud distingue también dos tipos de narcisismo: primario y secundario, el primero es un estadio hipotético en donde “las pulsiones parciales buscan, independientemente una de la otra, satisfacerse en el propio cuerpo” (Freud, 1914/2011,p.65), pues el yo aún no está constituido. Es decir, es un narcisismo sometido a una ausencia casi total de la relación con el objeto, con una indiferenciación entre el yo y el *ello*. De hecho, estaría encarnado en la vida intrauterina (Roudinesco, Plon, 2008). Mientras que el narcisismo secundario o narcisismo del yo introducido por Freud al elaborar la segunda teoría del narcisismo a principios de la década de 1920, sería el resultado manifiesto del retiro de la libido de todos los objetos externos. Es decir, se relaciona con la investidura del yo, pues es necesario que se produzca un movimiento de repliegue de las investiduras objetales. En este sentido, hablando sobre los dos tipos de narcisismo planteados por Freud, siguiendo a Lerner (2015) tendríamos un narcisismo que encierra al sujeto en el desvalimiento primario y un narcisismo necesario ligado a la autoestima, al ideal del yo. Más adelante se precisará a detalle sobre esta puntualización.

El narcisismo de los padres permite atribuir al niño todas las cualidades que ellos mismos habían deseado tener y a las que por el contrario renunciaron. Es decir, ese “amor de los padres, tan conmovedor y, en el fondo, tan infantil, no es más que su narcisismo que renace y que, a pesar de su metamorfosis en amor objetal, manifiesta inequívocamente su naturaleza” (Freud, 1914/2011). En la noción de *sobreestimación*, que Freud desarrolla en “Introducción del narcisismo” (1914) para referirse *al narcisismo primario*, es posible ver en la actitud de los padres hacia sus hijos la adjudicación de todos los atributos y perfecciones “enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad

han de cesar ante él, y realmente debe ser el núcleo de la creación” (Freud, 1914/2011, p. 88). Y será *His Majesty the baby* quien realizará los anhelos que los padres no realizaron, asegurando de alguna manera la inmortalidad del yo de los padres. En este sentido “el narcisismo sería una organización dependiente del Edipo” (Hornstein, 2008, p. 115).

Esto significa, de acuerdo con Lauru (2005), que el niño va a constituirse y a consolidar sus bases narcisistas en torno *a ese narcisismo parental* y a su evolución. En otras palabras, y para hablar de la importancia que tienen dichas bases; *el ser* que se construye frente a una imagen ideal en donde se dibuja el Yo con un ideal esbozado por delante y por detrás (*Ich Ideal-Ideal Ich*) tiene relación con que el sujeto se sepa hijo de alguien, es decir, ocupando un lugar en el universo de amor de otro, añadidos a ello, los cambios que pueda llegar a sufrir, instituyen pues sus bases narcisistas (Garate, 2016). Sin embargo, al no existir ni un asomo de estas bases en el sujeto, siguiendo a Garate (2016), no saber *de quién somos* destruye al sujeto, lo pone del lado de la muerte, destinándolo a “no *ser* nada si no uno más de un grupo, confundido con sus ideales, esbozado por sus compromisos, sus cicatrices, sus muertes, sus venganzas” (p. 3). En este sentido, crecer representaría algo hostil, puesto que implicaría salir de la niñez y sus maravillosas promesas (promesas mentirosas). Sobre todo, cuando se rompe con la esperanza de *ser*.

Continuando con Freud (1914) vemos que, para él, el desarrollo del yo consiste en un distanciamiento respecto del narcisismo primario, lo cual engendra una intensa aspiración a recobrarlo, puesto que se ha mostrado que el sujeto es incapaz de renunciar a la satisfacción de que una vez gozó, es decir, no quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia, por lo que “el ideal del yo rescata todo lo que puede del naufragio del narcisismo” (Hornstein, 2013, p. 131). Este distanciamiento necesario acontece por medio del desplazamiento de la libido a un *ideal del yo impuesto desde afuera* (pues para su conformación confluyen, los padres, docentes y la sociedad en

su conjunto) en donde la satisfacción se obtendría a partir del cumplimiento de este ideal. El objetivo será hacerse amar por el otro, complacerlo para conquistar su amor, pues es justo aquí donde el niño da cuenta de que esa madre que le habla también se dirige a otros, por lo tanto, observa que ésta desea fuera de él y que no es todo para ella; lo que representa la herida causada al narcisismo del niño. Más tarde, dicho ideal se concreta en el *superyó* como instancia crítica y de censura, de exigencia férrea e implacable del cumplimiento del *ideal*, ideal que de acuerdo con Laplanche & Pontalis (1993) se convierte en una formación narcisista que jamás será abandonada. En otras palabras, el narcisismo de la infancia, con todas las perfecciones valiosas que posee, es sustituido en el adulto por la devoción a un *yo ideal*, depositario del narcisismo del yo de modelo que el yo aspira a realizar, y que se forma en el interior del sujeto, lugar en el que recaerá el amor de sí mismo de que en la infancia gozó el yo real (Freud, 1923/2011). Es decir, para el padre del psicoanálisis, “el desarrollo del yo –el cual es, ante todo, un yo corporal– radica en apartarse del narcisismo primario, pues con este el otro es uno mismo, mientras que el paso al narcisismo secundario solamente se puede experimentar a través de otro” (Freud, 1914, p.162). En este sentido, para Freud el narcisismo viene a ser el sucedáneo del autoerotismo.

Jacques Lacan situado en ese punto confuso de la ubicación del narcisismo primario y su relación con la constitución del yo, observa que la formación del yo se da a través de lo que el nombra *estadio del espejo* “matriz simbólica de la constitución del yo” (Lacan, 1949, p. 123). Es decir, el narcisismo originario se constituye en el momento de la captación por el niño, de su imagen en el espejo, pues el niño no solo se refleja pasivamente en ese espejo, sino que es esa imagen la que va a engendrar el *moi* del infans y toda su realidad (p.84), en este sentido para Lacan el yo está primariamente en el exterior. Al mirar su imagen, éste la recibe con júbilo, pues recibe una unidad que aún no es, que aún no posee “ese júbilo es una réplica al desamparo de ese oscuro acontecer de

su propio cuerpo, que no domina [...] la imagen en su unidad se ofrece como promesa de futuro dominio, como anticipo de lo por venir (Rossi, 1984, pp.30-79, citado por Quiroz, 2011, p. 124), formándose así el yo, sobre la apariencia que el espejo retrata. Es decir, con el reconocimiento de su imagen, “el sujeto anticipa su unidad, iniciándose una relación erótica, libidinal, con esa imagen que lo regocija, en tanto encuentra en ella todo lo que a él le falta, en especial el dominio de su propio cuerpo, constituyendo el *yo ideal*” (p. 84).

La experiencia del espejo resulta edificante para el narcisismo del sujeto, sin embargo; como subraya Philippe Julien (1990) no alcanza con la visión de la imagen del otro para constituir la imagen del cuerpo propio, sino que la eficacia proviene de la mirada en el campo del Otro. Es decir, esta experiencia en el espejo encuentra su soporte en el Otro que sostiene al niño ante el espejo:

Está claro en la experiencia en el espejo, que con anterioridad a esta experiencia, el lugar del Otro, el baño del Otro, el soporte del otro, para decirlo claramente, el otro que sostiene al niño en sus brazos delante del espejo, tiene una dimensión esencial; tanto que el primer gesto del niño en esta asunción jubilaria, de su imagen en el espejo, está muy a menudo coordinada con el giro de la cabeza hacia el otro, el otro real, percibido al mismo tiempo que él en el espejo, y cuya referencia tercera parece inscrita en la experiencia (Lacan, 1964/1965, p. 76).

Continuando con Lacan en su seminario sobre la transferencia vemos que es en tanto que el tercero, el Otro grande, interviene en la relación del *moi* con el otro pequeño, que algo puede funcionar, que entraña la fecundidad de la relación narcisista misma. Lacan subraya que es preciso dar toda su importancia a ese gesto de la cabeza del niño, en la medida en que, a partir del giro, la mirada de asentimiento se busca por fuera del espejo, en este punto lo que se pone en juego es ¿cuál es yo? Siguiendo a Guy Le Gaufey: “el gran Otro va a decir, en el interior de esta tensión irreductible entre la imagen en el espejo y lo que se asume en el espejo, dónde está la imagen y dónde está lo que no es imagen” (p.112), el niño que está en los brazos del adulto, como dijimos, se encuentra confrontado

expresamente a su imagen, de modo que la mirada confirmatoria que éste reciba, resulta de una importancia fundante ya que, como lo precisa Lacan, a partir de esta acción el auténtico yo surgirá, ese yo no especular, y esta vez será amado a pesar de todo, a pesar de que no sea la perfección (*yo ideal*) pues esa mirada autentifica la diferencia entre cuál es él y cuál es la imagen especular. En resumen, el Otro con su mirada le dará al *infans* la confirmación de su existencia real y, en ese mismo acto, de un golpe, por la introyección simbólica de un rasgo, dejará establecido que amará al yo auténtico e imperfecto. Es preciso subrayar que de lo que se trata en esta mirada de asentimiento es, en última instancia, de un *signo de amor* (Heinrich, 2016. p. 85).

En esta perspectiva, el yo es estructurado por su inserción en la imagen del otro. Lo que significa que éste sería de naturaleza especular e imaginaria. En este sentido, el llamado *narcisismo primario* freudiano no es un estadio en donde toda relación intersubjetiva está ausente. Se trata más bien de la interiorización de una relación y para que haya una relación con el objeto del deseo, es necesario que exista una relación narcisista con el otro, siendo el narcisismo, la condición para que los significantes o los deseos se inscriban (Lauru, 2005). De manera que, para Lacan, el bebé nunca es autoerótico, “el amor a sí mismo siempre le llega por el rodeo del deseo y de la mirada del Otro, es decir, por la investidura narcisista de la imagen propia” (Lacan, 1999, p. 124). En esta fase no solo es protagonista la imagen especular del niño, también es especialmente importante la presencia de Otro, testigo de la escena, “pues al ser el que lo sostiene delante del espejo, le da una significación a esa imagen, lo mira, y es como el niño logra fundamentar su diferencia de los otros e identificarse con una entidad unificada, ese Otro viene distinto y separado de él” (Hornstein, 2013, p. 42). De modo que el estadio del espejo conserva un gran valor clínico, pues reflexiona sobre la incidencia del Otro en la génesis y formación del yo.

En este sentido, vemos que en esta fase tiene lugar la primera identificación del niño, identificación con la imagen de su cuerpo, un cuerpo percibido como un todo, tanto en unidad como identidad, “pero también se produce la primera identificación con la imagen de un semejante tan humano como él” (Sotelo, 2014, p. 43) donde este cree ser esa imagen, es más, se *es* esa *imago*, lo que conduce a una fascinación en la que se cree que esa forma, esa imagen, es el sujeto, cuando realmente sólo es el retrato de su aspecto exterior (Quiroz, 2011).

De ahí que resulte importante que el estadio del espejo sea entendido como una identificación, en el sentido de que surge una transformación en el sujeto cuando asume una imagen. En otras palabras, la imagen especular tendría la función de facilitar la experiencia del sí a partir de otro, el semejante, pues para que pueda haber la experiencia de sentirme yo mismo, estoy obligado a recortar mi imagen de la de mi semejante. “E inversamente, delante de mi semejante, me tranquiliza verme tan humano como él. Pero, tanto si me recorto como si me veo semejante a él, siempre dependo del otro” (Nasio, 2008. p. 69).

Otro aspecto fundamental es que en la relación que se establece entre el sujeto y su imagen, la investidura libidinal nunca llega a ser “total”, deja un vacío, una falta, que puede leerse como la imposibilidad del dominio pleno sobre el cuerpo, independientemente de que la imagen asumida posibilite experimentarse como *uno*. Es decir, aquel que se reconoce como yo, no está afectado de mis limitaciones, éste no tiene los problemas que yo tengo para moverme. Aquí Lacan (1999) señala que esa es la *matriz del yo ideal*; y, eso jamás se alcanza. Pues la imagen es suya, pero a su vez es la de un otro puesto que él está en déficit respecto a ella. De manera que, además de la fascinación por la imagen viene a agregársele aquello que hace obstáculo a la posibilidad de una investidura libidinal “total”.

Es preciso decir, que *el espejo* no es más que la mirada de la madre, o sea, cierta mirada preexistente en el deseo materno con relación a ese hijo. Una mirada que al verlo le confiere determinados atributos con los cuales el niño se identifica, de esto radica la importancia de la mirada en el ser humano, la mirada como objeto causa de deseo.

Ahora bien, ante la realidad de las transformaciones corporales vividas durante la adolescencia se llega a producir extrañamiento en cuanto a lo que ocurre en su cuerpo y en la relación con su propia imagen, pues se alude a un cuerpo fragmentado que precisa de una imagen ortopédica que le dé una unidad. Podemos hablar de cuerpo fragmentado a partir de la existencia de un cuerpo unificado por la libido narcisista. De ahí lo fundamental de la mirada para el ser humano, pues es la raíz de su estructuración como sujeto, como ya se mencionó, al haber una identificación con la imagen virtual, el sujeto queda alienado, cree que es lo que ve en el espejo: un ser, soberano, sin falta.

Todo el desarrollo de la adolescencia se encuentra marcado por los efectos fisiológicos, psicológicos y sociales de las transformaciones corporales que viven las y los adolescentes, podemos decir que una de las más importantes reside en la relación que establecen con su cuerpo, siendo el cuerpo, a priori, el primer representante de las pulsiones sexuales y agresivas, más o menos inconscientes, que de ahí que se observe, cómo tras las transformaciones a nivel corporal durante el tiempo adolescente se vuelve excesiva la preocupación por la imagen, por la forma de vestir, incluso, llegan a realizarse tatuajes que dan cuenta de esfuerzos de inscripción, de dar contorno a un cuerpo que (a)parece situado fuera del campo de la mirada.

De ahí que se hace necesario encontrar en *los otros pares*, las fuentes de identificación y de reaseguro narcisista (Lauru, 2005) los cuales representarían esos que en nada tienen relación con ese niño idealizado de las figuras paternas, al que ya no pueden responder más, por lo que su narcisismo se tambalea, pues ese niño convertido en adolescente ya no puede dar satisfacción a los deseos de sus

padres y ha dejado de ser ese niño omnipotente y maravilloso, ya que comienza a existir una contradicción entre sus aspiraciones y las de ellos, es decir “el adolescente siente la necesidad absoluta de liberarse de la influencia y del medio familiar que debe respetar sin criticar esa labor de desprendimiento” (Dolto, 1988, pp. 293-294).

En este sentido surge una “conmoción” de las identificaciones que fueron dadoras de identidad lo cual conlleva al peligro de existencia de su ser, de ahí que se apoyen en los grupos de pares, que aparezcan los mejores amigos o que se unan a bandas. Para hablar más a profundidad sobre el asunto es necesario hacer algunas puntualizaciones referentes al cuerpo en el psicoanálisis de la mano de Dolto y Lacan para después precisar sobre el cuerpo y las autolesiones en la adolescencia.

CAPÍTULO 2. MARCAS EN EL CUERPO

*Todas las partes de mi cuerpo
han estallado bajo la fuerza del día, mis dedos que estallan
de la palma de mis manos, mis piernas de mi vientre,
y hasta la punta de mis cabellos, mi cabeza.
Siento el cansancio orgulloso de haber nacido,
de haber llegado al fondo de este
nacimiento. Antes que yo, nada había en mi lugar.*

Alejandra Pizarnik

2.1 El cuerpo *de* los adolescentes en *el* psicoanálisis

Freud (1893/2011) afirma que no se puede considerar al cuerpo desde un *orden natural*, tal afirmación, resultó ser revolucionaria por todas las implicaciones que trajo, principalmente porque significó una ruptura con el discurso médico. Tal hecho nos remite a que hablar de cuerpo desde el psicoanálisis es hablar de inscripciones psíquicas; es decir, no podemos hablar del cuerpo como algo dado, “el ser corporal deberá constituirse y será por medio del investimento libidinal que sobre él ejerzan los objetos primarios y en un paso posterior el propio yo” (Scalozub, 2007, p. 377). Esto significa que no es del organismo en sí de lo que se ocupa el psicoanálisis, de ese conjunto de órganos de carne y hueso que hacen funcionar al cuerpo, ese cuerpo atendido y operado por la medicina, sino del cuerpo como “lugar de escritura de demandas que provienen del Otro, las cuales abren la posibilidad de subjetivación y de enlace entre carne y significante” (Aguilar, 2011, p. 9). Porque el cuerpo sin significante es solo carne. Son lo Real, los otros y el Otro los que participan en su construcción. Es decir, el cuerpo como tal solo podrá advenir una vez que el lenguaje irrumpa nombrando cada pedazo de piel, cada espacio, solo así, a través de anticipar, nombrar y simbolizar el cuerpo, es posible (im) pulsarlo a aparecer. A partir de la intervención del Otro cualquier parte de cuerpo será susceptible de organizarse; lo Otro regula y organiza su funcionamiento mediante las

significaciones dadas a cualquier parte del cuerpo, marca el cuerpo del recién nacido a través de las acciones encaminadas a satisfacer sus necesidades vitales como la alimentación o la limpieza.

Un aporte muy interesante acerca del cuerpo lo hacen Dolto (1984) en su texto “La Imagen Inconsciente del cuerpo” y Gisela Pankow (1969) quien plantea dos importantes funciones de la imagen corporal. A partir de sus conjeturas sobre el cuerpo, cada una habla de forma distinta acerca de la formación de la función del yo en la que, según otro destacado psicoanalista: “lo psíquico actúa sobre lo psíquico” (Fédida, 2006, p. 120). Dicha acción de lo psíquico sobre lo psíquico contorna no sólo el cuerpo sino el marco de las relaciones intersubjetivas y, yendo más allá, de la situación analítica que constela el cuerpo natural, social y pulsional.

Sobre la conformación imaginaria del cuerpo, Nasio (2008) destaca la propuesta de Dolto en la que la autora señala que la Imagen Inconsciente del Cuerpo se forma a partir del “conjunto de las primeras y numerosas impresiones grabadas en el psiquismo infantil por las sensaciones corporales que un bebé, o incluso un feto, experimenta en contacto con su madre, en el contacto carnal, afectivo y simbólico con su madre” (Nasio, 2008, p. 21). Tal impresión es nombrada la imagen psíquica del cuerpo que quedará grabada e impresa a lo largo de los primeros tres años de vida, además, gracias a ella se adquiere la unidad del yo, de ahí que la importancia de este concepto radique en el hecho de que esta imagen sienta las bases del sentimiento de ser uno mismo, del sentimiento yoico o de conciencia de una persona respecto de sí mismo.

Luego, inaccesible a la conciencia, “La Imagen Inconsciente del Cuerpo puede modificar el curso de los acontecimientos memorables de nuestra existencia” (Nasio, 2008, p. 125). Antes de hablar de los efectos de esta modificación de la que puede ser parte esta imagen no consciente, hablemos sobre lo que Dolto nombra como lo desestructurante que es para el sujeto la aparición o, mejor dicho, el (re)encuentro con la imagen que se le contrapone a esa imagen hecha de impresiones

sensoriales, mnémicas y significantes, que es *la imagen especular*, una imagen exterior reflejada en el espejo, que al hablar de que es escópica implica que la captación de la imagen del sujeto se produzca por otros o a través de otros. Es decir, el yo se constituiría por el Otro (el yo como reservorio de significantes). De ahí el carácter desestructurante que Dolto le da a esta imagen, puesto que a partir de este encuentro “el sujeto dará prioridad a las apariencias, desatendiendo las sensaciones internas” (Nasio, 2008, p. 22). El hecho de dar prioridad a las apariencias tiene relación con lo que Lacan menciona respecto de lo Imaginario, a lo que llamamos nuestro Yo, el cual es cierta imagen que tenemos de nosotros mismos, y que nos proporciona un espejismo de totalidad. Otro concepto que Dolto desarrolla entorno al cuerpo, es el de *esquema corporal* que define como: “una realidad de hecho, que determina al individuo como representante de la especie, independientemente del lugar, de la época o las condiciones en las que vive” (Dolto, 1984, p. 18).

Por su parte, Gisela Pankow (1981) a partir de su trabajo con pacientes psicóticos, sugirió que “la estructuración de la imagen de cuerpo es un elemento esencial del desarrollo psíquico, desde las fases de mayor fragmentación mental hasta la aceptación de un cuerpo unificado y unisexual” (p. 83). La autora distingue dos funciones fundamentales de la imagen corporal, la primera concierne a la estructura espacial del cuerpo como forma, es decir, permite el reconocimiento de una asociación dinámica entre las partes del cuerpo y su totalidad y la segunda atañe también a la estructura espacial, aunque respecto al contenido y al sentido. Esta función es la que permite la colocación en relación de cada parte del cuerpo (percibida como parte de una totalidad, gracias a la primera función) con una actividad específica que le otorga un sentido. De ahí que esta segunda función tenga un rol muy importante en el desarrollo de las zonas erógenas y en la comunicación de estas con el exterior.

2.2. Cuerpo de y en adolescencia

En la adolescencia, las inquietudes e interrogantes sobre el cuerpo adquieren un singular protagonismo, puesto que deja de haber una correspondencia con la imagen que el espejo les refleja; imagen que fueron elaborando durante los años de la niñez, cuando su cuerpo, a pesar de que iba creciendo, lejos estaba de ser situado en la conciencia sobre sus formas y cambios. Además, su conciencia sobre las transformaciones corporales establece una especie de *disparidad con el yo y su continuidad*; de tal forma que le son ajenas, por lo que pueden llegar a experimentar otro extrañamiento con respecto a su cuerpo y verse invadidos por un intenso movimiento pulsional.

A partir de la irrupción de la pubertad, acontece algo análogo a lo que el autor Franz Kafka describe al inicio de su novela “*La metamorfosis*”: “al despertar Gregorio Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo, se encontró en su cama convertido en un monstruoso insecto” (Kafka, 2013, p.11). Es decir, el joven se despierta y nota que el tono de su voz no es el mismo, que su cuerpo y su entorno le resultan raros, y sin saber por qué, se sitúa como quien no se reconoce. La imagen triunfante de dominio sobre el cuerpo que de niño percibió a una prematura edad, cae, se transforma y existen pruebas de sus reediciones corporales y sexuales.

A saber, estas *metamorfosis* corporales ocasionan que la organización imaginaria de su cuerpo infantil, de su imagen corporal, estalle. El cuerpo que ahora porta es distinto, y además no se le ha elegido ni se le puede controlar, hecho que confunde y angustia pues efectivamente todo sucede al margen de su voluntad.

Hay que destacar que no solo son los cambios a nivel fisiológico, sino también sociales, subjetivos y de identidad; cambios que se desdoblan desde una realidad interna (pulsional) ante la cual no es

posible evadirse, convirtiéndose en una de las vivencias más confusas para la/el adolescente, puesto que la imagen que antes era armoniosa, y sobre la cual se tenía cierto dominio narcisista, de pronto deja de serlo, tanto así, que pueden presentarse conflictos para reconocer su propio cuerpo como unificado, pues prevalece una ruptura de la continuidad de la identidad y la experiencia infantil; es decir, ese logro que se alcanzó en la fase del estadio del espejo en relación con el dominio y control de su cuerpo, que dio paso a la constitución de su Yo, se tambalea y el dominio logrado se pierde. Por consiguiente, resultaría oportuna la posibilidad de rearticular la función de las transformaciones corporales muchas veces vividas como enajenantes.

Hoy en día, estos cambios propios del desarrollo del organismo advenidos durante la pubertad y adolescencia (aumento de estatura, de peso, crecimiento de los pechos, cambio de voz, entre otros), generan altos niveles de insatisfacción en las y los adolescentes, ya que se le suman los “ideales estéticos” de delgadez y belleza en las mujeres, y de fortaleza y musculatura (estar en forma) en los varones.

Freud, en 1930, en su texto “El malestar en la cultura”, señala la estrecha vinculación de las sintomatologías de los sujetos y las características de la civilización, haciendo posible, a partir de esa importante puntualización, dar cuenta que el fenómeno de las lesiones autoinfligidas sigue predominando en la adolescencia de nuestra época, al igual que en nuestra clínica.

En este sentido, es preciso plantear de nueva cuenta el estatuto crucial que tiene el Otro, pues en tanto lugar de lo simbólico, del significante, determina las vicisitudes del sujeto a lo largo de su desarrollo, y como tal, debemos considerar las afectaciones de su poder sobre este, sin dejar de atender sus características variables, su movilidad y las modalidades dadas por la época.

El escenario de nuestra actualidad, a diferencia de los de épocas pasadas, se encuentra marcado por un *desbaratamiento* del Otro, que conlleva la caída de los ideales que producen la proliferación de lo imaginario y del semblante, de manera que “el orden simbólico quedaría subyugado a lo imaginario haciendo problemática la relación con lo real” (Shilling, 2014, p. 12). Este hecho ocasiona que el sujeto adolescente contemporáneo quede inmerso en los semblantes y no es exagerado decir que esto que resulta ser una problemática, en el fondo termine por vivenciarse de manera angustiante.

Tizio (2015) señala, que el desfase de generaciones en la actualidad es más marcado que en otros tiempos, debido a que la transformación de la sociedad hoy se hace sentir más que en ninguna otra época, pues “se ha pasado de una sociedad sólida (tradicional) a una líquida (Internet), puesta de manifiesto en el rol de los medios de comunicación virtual que conforman nuevas formas del lazo social y de la que los adolescentes son los primeros en hacer uso” (Tizio, citado por De Freda, 2015, p. 73); de modo que, temores, malestares, y nuevos síntomas, muy diversos a los que Freud planteó en su momento, se encuentran inscribiéndose en este escenario actual, siendo algunos de ellos, las autolesiones, el consumo de fármacos, drogas, estupefacientes, etc.

Nos encontramos en una época en la que el cuerpo es objeto de múltiples cuidados, y como lo señala Marinas (2012) “el mercado ha puesto sobre la mesa, sobre la pasarela, sobre las variadísimas técnicas de *fitness*, nutrición, autocuidado, un nuevo Objeto de la cultura, con mayúscula” (p. 153). Es decir, la presión del mercado levanta un objeto y a su vez lo arrebatada de nuestra comprensión, pues muchas veces no se trata de comprender, sino de *accionar*, de *llevar*, *ponerse*, *modificarse*, *hacerse*, provocando que la perversa cultura de la *estética corporal* ligada a la salud, a la buena alimentación, al ejercicio, imponga una vigilancia constante sobre el cuerpo, una vigilancia que otorgue la sensación de aceptación, poder y dominación del mismo.

En las adolescentes es muy común encontrar problemáticas que involucran el cuerpo de una manera determinante en el plano de las sensaciones y en el plano de la imagen, como son, la bulimia y anorexia: “la anoréxica pretende un cuerpo “ideal” que la aparta de la satisfacción de las pulsiones sexuales (libido de objeto) y la ubica únicamente en el campo de la libido narcisista” (Hernández, 2013, p. 1052).

En estos padecimientos se observa un aumento paulatino del tiempo dedicado a las actividades relacionadas con la alimentación y su eliminación; y la restricción cada vez mayor de otras actividades de la vida social y productiva de quienes la padecen. “Como nunca, de manera demoledora ha cobrado mucho “peso” el peso corporal en las premisas de autovaloración de los sujetos y la exposición al juicio de los otros” (Quiroz, Orozco, Huerta, 2014, p. 123):

Su narcisismo está en otra parte, no menos frágil, sin embargo, y están atrapados por el dominio de la imagen; los que tienen cabellera son preferidos a los calvos a igual calidad y calificación; las siluetas esbeltas resultan más vendedoras que las redondeces bonachonas de antes. La tiranía de la forma, donde el cuerpo está ligado a la imagen, abarca a los hombres y los empuja a esa ilusión de eternidad que proyecta de modo continuo nuestra sociedad de la impaciencia y de lo inmediato, que se desembaraza de la historia por una sucesión de conmemoraciones y por una avalancha de arrepentimientos que, al ser perdonadas las faltas confesadas, cierran el cuestionamiento (Hofstein, 2006, p. 83).

En este sentido, vemos cómo las y los adolescentes, además de experimentar la segunda oleada pulsional, la reedición de los complejos de Edipo y castración (Freud, 1905/2011), que comportan transformaciones necesarias, difíciles y determinantes, deben afrontar otro tipo de exigencias, las cuales están relacionadas con el sometimiento a un conjunto de imágenes de disposición mercantil que les son impuestas como un *modelo ideal* a seguir.

En ese sentido, “el avance sin tregua del discurso capitalista, produjo una sustitución de la ley del padre, por la ley del mercado” (López, 2014, p. 2). Una ley que “impone sus formas, sus imágenes, sus figuras ideales como mercancías o sus mercancías como realizaciones ideales” (Quiroz, Orozco, Huerta, 2014, p. 124), que junto con la excesiva publicidad con la que son bombardeados, les demanda el consumo de objetos que prometen la felicidad, haciendo que lo imaginario se expanda por todos los medios posibles, y las interrogantes que las y los interpelan como sujetos en falta, que sin duda causan sufrimiento, son taponeadas con objetos o respuestas prefabricadas. Dichas respuestas, cambiantes y fugaces en su mayoría, se encuentran a la mano, en una pantalla o un aparador, ocasionando que toda relación con la realidad sea mediada por lo virtual, imperando un deber superyoico que abrumba con la permanente exigencia de la obtención de objetos, a modo de mercancías llamativas, que tienen la función de tapar lo que es del orden de la imposibilidad.

Las y los adolescentes disponen y se relacionan con cualquier cantidad de objetos digitales –*gadgets*– que les hacen vivenciar la falsa sensación en la que todo puede ser posible. Por ejemplo, en las adolescentes, lo que se valora es la exhibición del cuerpo, “la imagen estética se convierte en un baluarte narcisista que oculta diferencias e imperfecciones” (Sujoy, 1998, p. 169). Lo virtual oculta la imperfección, por lo que diseñarse y darse a ver ocupa un lugar en los intercambios, en donde se observa un predominio de lo externo como normalización social de su existencia humana. Cabe señalar que las características de lo que compone a lo femenino son aquellas que conducen a una tendencia a incluir al otro, y más aún, para darse al otro, muchas veces en detrimento propio. De acuerdo con Sujoy (1998) la búsqueda de referentes que operen como reguladores del equilibrio narcisista se encuentra depositada en un *afuera* que requiere de ligazones frágiles que impidan la interiorización de los objetos, a favor de poder operar sustituciones rápidas que puedan seguir el ritmo acelerado de los cambios que el mercado requiere (p. 112). Muchas adolescentes con padecimientos

alimentarios ven amenazado su precario equilibrio narcisista con el solo hecho de pensar en la comida.

La exterioridad figura aquí como el único proveedor de identificaciones. Otro aspecto de los objetos digitales –*gadgets*– es que ocasionan que “la palabra sea intervenida a través de un aparato, generando la impresión de que éste es el medio por excelencia disponible para hacer lazo social con el otro, lo virtual inunda nuestra realidad” (Shilling, 2014, p. 12). Nos encontramos en una era en la que a pesar de que disponemos de más y mejores herramientas de comunicación, paradójicamente podemos nombrarla como la *era de la incomunicación*.

Desde el psicoanálisis es sabido que el otro es constitutivo para la formación de un yo estable. Si el otro desaparece, el yo cae en un vacío. Hablar de sentimiento de vacío es posible si pensamos en la diferencia entre narcisismo y amor propio, conceptos a los que hace referencia Han (2020), pues desde su postura el tema del amor propio es diferente del otro. Aquí, dice el autor, hay límites claros del yo que lo distinguen de los demás; en cambio, con la autorreferencia narcisista, el otro se inclina hasta que el yo se reconoce a sí mismo en él. Es decir, “el sujeto narcisista percibe al mundo como sombras de sí mismo” (Han, 2020, p. 2), produciendo una consecuencia fatal ya que se desdibuja el límite entre el yo y el otro. Un yo estable sólo surge frente al otro. En contraste, una excesiva autorreferencia narcisista crea un sentimiento de vacío frente a sí mismo. Hoy en día, las energías libidinales se invierten en el yo causando una acumulación narcisista que conduce a la degradación de la libido de objeto; es decir, la libido que ocupa el objeto y que estabiliza al yo. Entonces, al no haber ningún apego de objeto, el yo se arroja sobre sí mismo, lo que crea sentimientos negativos de miedo y de vacío.

Hoy prevalecen muchos imperativos sociales que conducen a la congestión narcisista de la libido del yo; por ejemplo, el imperativo de ser auténticas/auténticos ocasiona el despliegue compulsivo

narcisista de examinar, espiar, ver, asediar, e incluso a culparse constantemente. Han (2020) señala que, en definitiva, el imperativo de autenticidad, de ser auténticos es una estrategia de producción neoliberal: el cuerpo se somete como si se tratará de una obligación en la que debe de producirse permanentemente, pues -en teoría- esto evitaría la quiebra o fracaso que lo conduciría hacia un *destino infame*. De ahí que muchos adolescentes de hoy estén plagados de miedos difusos: miedo a fracasar; miedo a quedarse atrás; miedo a cometer errores o, a tomar malas decisiones, convirtiendo la opinión de otros en un ritual de autocastigo en ellas y ellos.

Hay que destacar que Han asocia la falta de autoestima como subyacente en la autolesión que indica una crisis general de gratificación en nuestra sociedad, ya que solo el amor del otro le da estabilidad al yo; en cambio, la autorreferencia narcisista tiene efectos desestabilizadores, pues para tener una autoestima estable, el sujeto deberá sentirse importante para sí mismo. A pesar de esta idea, la sensación no es suficiente, porque en el fondo necesita vivenciarse importante, no solo para él, también para los demás, esto puede sonar un tanto difuso, pero “es esencial sentirse importante para *ser*, la falta de sentimiento de ser es responsable de la autolesión” (Han, 2020, p. 8).

Lo que se ha venido mencionando sobre la instrumentalización de los demás, el aislamiento narcisista y la competencia continua destruyen el clima de gratificación, obligando al sujeto a hacer siempre más y más, lo que corta la posibilidad de que este aparezca al final.

Existe un sentimiento de falta y culpa permanente, dado que no sólo hay una competencia con los demás, sino sobre todo consigo mismos/as, pues hay una exigencia constante por *superarse*. En este sentido, el asunto de las *selfies* y su adicción a las mismas, puede representar un *ralentí* del yo narcisista que poco tiene que ver con el amor propio, por el contrario, pueden aumentar la sensación de falta, de vacío en el sujeto en virtud de que “el vacío sólo se reproduce a sí mismo, mientras más se intenta mostrar cierta imagen; si analizamos, las *selfies* están incluso en formas vacías, representan

superficies lisas que ponen el yo vacío en una luz agradable por un corto tiempo” (Han, 2020, p. 10).

No obstante, ante la exigencia por alcanzar ciertos estándares de belleza, como bien lo señalan Quiroz, Orozco y Huerta (2014), “el cuerpo no siempre se adscribe plenamente a un ideal de obediencia y servidumbre que se propone el Yo en su función de dominio y de poder” (p. 128). Es decir, puede aparecer el cuerpo dócil, al mandato del amo, pero también el cuerpo que no resulta fiel y que traiciona al yo, incluso en los momentos decisivos de su historicidad, porque no siempre se supedita absolutamente a la presión narcisista; ante esto, el sujeto se fastidia, se indigna, entrando en una relación de permanente tensión alienante con su cuerpo, cometiendo actos de agresión contra ese cuerpo que no obedece al mandato imperioso de la imagen, tanto que en este punto surge la interrogante sobre si acaso ¿será posible hablar de las lesiones autoinfligidas como la expresión de la necesidad de dominio de esos cuerpos que no responden a dichos estándares?, o ¿acaso los cortes son un intento de marcar una diferencia en relación a esos cuerpos modelo sobre los cuales tampoco se ejerce ningún control? Porque, como lo señalan Soria y Orozco (2012), “los cuerpos mutilados son cuerpos que también le apuestan a la diferencia, a hacerse notar como radicalmente distintos en medio de una avalancha de igualdades” (p. 120).

Por otro lado, “el acto de cortarse es una manera de colonizar lo que pareciera ser de otro” (Soria, Orozco, 2012, p. 134); por lo que surge la necesidad de *re-conocerse*, *de re-apropiarse* que sería un signo de identidad y una conciencia de estar en el mundo. También es posible leer los cortes como intentos para que “no quede espacio-signo de las huellas del Otro” (Orozco, Huerta & Soria, 2012, p.80). En todos los casos el cuerpo aparece como el campo de batalla del poder, porque el cuerpo ha sido fabricado por el poder, para ser “productivo” y servirle a la sociedad mercantil.

Para finalizar, diremos que en el cuerpo, al ser el objeto primordial de la sociedad, es posible leer el fenómeno de la autolesión como marca de lo social y de la época del capitalismo y el mercado (su fiel guardián), en su intento por configurar subjetividades individualistas en las y los adolescentes, dejándolos sin margen para un verdadero trabajo *re-conocerse*, de *re-apropiarse* que llevan a la posibilidad de una construcción personal; sin embargo, “en ocasiones herirse consiste en una muestra de poderío sobre sí mismo, de control, de dominio. Y en ese sentido también puede tratarse de una búsqueda por conocer los límites de ese dominio” (Soria, Orozco, 2012, p. 122).

2.3. Autolesiones en la adolescencia

A partir de lo enunciado hasta ahora, vemos que desde los inicios del Psicoanálisis el cuerpo ha tenido un especial protagonismo, de hecho, fueron los síntomas y sufrimientos encarnados en el cuerpo de las histéricas, los que despertaron en Freud el interés por investigar y descifrar los enigmas contenidos en estos síntomas. Así es como el psicoanálisis “se asomó a descubrir lo simbólico contenido en cada *llamado* del cuerpo” (Scalozub, 2007, p. 338). Al decir cuerpo desde el psicoanálisis, como ya se ha mencionado, no hablamos del cuerpo que la anatomía muestra en sus láminas, tampoco del cuerpo disecado que usan los estudiantes de medicina, sino de un cuerpo vinculado a la sensorialidad, al placer, al dolor, a la sexualidad y por supuesto a lo enigmático de su significado.

Piera Aulagnier (1990) hace una puntualización de inmenso valor en lo referente al cuerpo, refiere que, en el momento del encuentro de la madre con el cuerpo del recién nacido, ella deberá extender a ese cuerpo la investidura que hasta entonces gozaba el representante psíquico que lo precedió (p.78) de manera que el cuerpo no es algo dado, el ser corporal deberá constituirse y será a través del investimento libidinal que sobre él ejerzan los objetos primarios, y posteriormente el propio Yo. Para la autora, el cuerpo es una posesión del Yo, que advendrá tal en el momento en que sea catectizado por el mismo Yo al igual que por el otro materno, para que sea concebido fuente de

placer. Las primeras inscripciones significantes se constituirán en zonas erógenas con el amamantar, con los cuidados de higiene, tocar, acariciar, besar, a partir de las cuales se van marcando dichas zonas en la experiencia del *infans* con el objeto (Freud, 1905/2011). La fuente de la pulsión es representación, Freud llamó *representación cosa* y está ligado a las zonas erógenas en lo somático.

Serge Leclair (1970) hace referencia a la noción esencial de zona erógena y a los términos *marca* y *fijación* para la singular inscripción en el cuerpo y a la persistencia casi imborrable de la erogeneidad. Se alude entonces a “las puertas del cuerpo con función de intercambio, que se ofrecen de manera preferencial y casi necesaria a la erogeneización” (p.78). De hecho, podemos hacer vigente, pensando en un un/a púber, la frase dicha por Freud (1938) “el cuerpo íntegro es una zona erógena” (p.242).

Con la entrada de la adolescencia y según las condiciones de las experiencias tempranas, así como las de la niñez, el adolescente se ve frente a la tarea de *procesar* lo que su cuerpo le plantea en ese peculiar momento de su vida. Lo pulsional, con la particular fuerza del empuje puberal, le exige poner en marcha una actividad simbólica frente al acaecer de los cambios en las formas y rasgos de su cuerpo vinculados al sexo, femenino o masculino y con ello la asunción identitaria. Para ello, atraviesa por un duelo por el cuerpo infantil, encontrándose a su vez con la labor de significación y *apropiación* de ese cuerpo adolescente, mediante un proceso de *simbolización* que pondrá en marcha como modo de *habitar* ese nuevo cuerpo *cambiado y cambiante* (p.339), decimos apropiación porque lo que se pone en juego es un extrañamiento promovido por los cambios vivenciados por el púber, por la eclosión sexual y sus efectos que le hacen experimentar una *sensación de cuerpo como ajeno* para su psiquismo. Además, retomando lo que Aulagnier (2007) señala respecto al cuerpo como posesión y fuente de placer, se observa que el cuerpo también puede ser origen de sufrimiento, fuente de dolor y displacer, sobre todo, cuando se pone en evidencia su *autonomía y la antinomia entre el*

cuerpo pensado y el cuerpo real (en este, de la realidad). También como *real* en el sentido que Lacan le da a lo inaccesible, el inabarcable, que muchas veces se vuelve fuente de fantasías paranoides e hipocondriacas.

Al respecto, la interrogante que surge –al volver sobre el asunto de *re-apropiación* que se plantea durante este tiempo adolescente, novedoso y confuso debido al desdoblamiento de la realidad interna (pulsional) y de los cambios mencionados–podría ser referida a la *significación o la posibilidad de rearticular* la función de las transformaciones corporales pues, lo que se observa en la clínica psicoanalítica con adolescentes hoy en día es la prevalencia de un *llamado* que transcriben en su cuerpo púber a partir de la acción de cortes autoinfligidos, de modo que se vuelve necesario, más allá de dar a ver, dar la escucha para poner en escena el tiempo de decir y en ello, realizar el tejido significativo sobre ese *llamado* del cuerpo, sobre todo cuando la palabra *corte* nos remite a otros significantes como dolor, sufrimiento, ardor, angustia, sangre, llanto, heridas, cicatrices, marcas, huellas, trazos. Es decir, tales lesiones pueden representar más que una agresión hacia sí mismos – como de entrada se pensaría– una forma de creación, de *historización y apropiación* de sus cuerpos o ¿será que estamos ante intentos de reaseveración como sujetos deseantes? O, tal vez ¿son una manera de experimentar este periodo al límite de los límites? En este caso, la piel, zona erógena, como bien lo señala Freud (1905) es sede y fuente de excitaciones tanto placenteras como dolorosas, y también “barrera protectora ante estímulos” (Freud, 1920/2013).

2.3.1 Autolesiones: jeroglíficos o dialecto del decir adolescente

Quienes han realizado investigación sobre las autolesiones (realizar cortes, mordeduras, pellizcos, quemarse, rascarse sobre la superficie de la piel o impedir la cicatrización de las heridas (escarificaciones) entre otras) acuerdan que “no son conductas que funcionen como símil de autoeliminación, es decir, al llevarlas a cabo no se busca morir o dejar de existir, se trata simplemente

de un ataque contra uno mismo” (Zaadoun, 2011, p.4). En relación con esto, se abren muchas interrogantes sobre las posibles causas que llevan a un sujeto a dirigir la agresión hacia sí mismo, “vuelta hacia la persona propia” (Freud, 1915).

Para muchos, “se trata de un modelo de funcionamiento muy primario, en que el psiquismo no parece disponer de defensas más complejas y eficaces” (Belcaguy, 2012, p.12). Es decir, el sujeto muestra una insuficiencia en cuanto a recursos psíquicos para poder hacer frente a situaciones angustiantes o de conflicto. Por consiguiente, los cortes, que representan un dolor físico, a su vez representan la posibilidad de aliviar o anestesiar un dolor psíquico. Hecho que nos lleva a pensar en que “los cortes en la piel pueden estar cumpliendo distintas funciones psíquicas, en distintos tipos clínicos, de ahí que sea diferente la operatoria en la que fundan, constituyéndose casos clínicos de naturaleza diversa” (Dartiguelongue, 2014). Es decir, los casos de autolesión no responden a un campo uniforme y único, muy por el contrario, lo que los caracteriza es la diversidad, y la variedad de formas por las que se llegan a presentar. Con relación a esto, es posible rastrear muchos ejemplos: “Tengo necesidad de calmar mi dolor interno y emocional, con un dolor externo y físico” (Zamorano, 2010, p.102). Este dolor puesto afuera, en áreas específicas del cuerpo, puede implicar a su vez, el dominio de una vida llena de sufrimientos, de insatisfacciones y experiencias dolorosas difíciles de manejar.

Por otro lado, “puede tratarse de algo más estructural y hasta fundante del sujeto: una práctica de apropiación repetida, de apropiarse de la vida, los eventos, e incluso hacer del cuerpo extraviado, algo propio” (Soria, Orozco, 2012, p.123). Es sabido que los cortes en el cuerpo se presentan de manera reiterativa, deliberada y repetida en los adolescentes, a través de “sus cortes reproducen otros cortes, y el dolor de la herida hace camuflaje del dolor de los otros cortes” (Soria, Orozco, 2012, p.124). Estos otros cortes pueden ser aquellos que “desunieron” su cuerpo, el corte de determinadas relaciones, o el corte con el peligro de que su deseo se vea aplastado por el deseo del Otro etc. Un

tema que nos lleva al asunto de la repetición a través de un dolor puesto en relación con el goce de su repetición. Freud desarrolló esta forma de ganancia de placer con el caso del juego del carretel llevado a cabo por su nieto “es el dolor que el niño del juego del *fort-da* reproduce remitiendo (a) la ausencia materna” (Soria, Orozco, 2012, p. 124). Es decir, el niño repetía una y otra vez por medio del juego, esta vivencia dolorosa para él, que era la ausencia de su madre. Descartando la idea de que con esta acción el niño estaba repitiendo una vivencia gozosa a partir de la reaparición de su madre en el juego, Freud concluye que en el acto de repetir esta vivencia el niño se movía de un papel pasivo, donde era afectado directamente, por un papel activo, repitiendo la escena en el juego a pesar de que fuera displacentera. Freud le llamó a esto el mayor logro cultural, la cuestión es justamente que sustrae la cuota de displacer en una experiencia lúdica, es decir, soporta la ausencia de la madre ya que en el jugar, el niño “hace” desaparecer y reaparecer a la madre, representa pues la ausencia y la presencia, es representador y por ello, según Freud en el caso Hans, éste es un logro. Por tanto, esto habla de que “ese esfuerzo repitió en el juego una impresión desagradable, ello se debió únicamente a que la repetición iba conectada a una ganancia de placer de otra índole pero directa” (Freud, 1984/2011,p.16). De esta manera el niño se posiciona como ganador, en medio de esta pérdida dolorosa, “una pérdida que implica ganar placer del dolor o en esa experiencia de dolor” (Soria, Orozco, 2012, p.124). Este tipo de ganancias a través del dolor autoinfligido en los adolescentes es el que en muchos casos se encuentra en escena, donde los cortes son los protagonistas de una experiencia de pérdida que implica ganar placer del dolor. Cada corte, cada quemadura, cada rasgadura de la piel, representan eventos de dominio, de superación y de ganancia. Esto se hace más patente si recordamos que

[...] el dominio es un elemento importante en la estructura del sujeto. No hay más que observar el placer que manifiesta el niño en la adquisición del dominio de su cuerpo, de sus objetos, del lenguaje, del mundo que lo rodea; con esto reconforta su narcisismo (Cordié, 2003, p.78).

Y es que, en este caso el dominio no solo consiste en sentir que ese narcisismo primario no está poniéndose en juego, sino también puede estar de por medio esa primera agresividad que se inauguró y que a su vez quedó subsumida en los umbrales del estadio del espejo, (sin ser susceptible de volver a ser experimentada) “en esa relación dual entre el yo y el semejante” (Evans, 2007, p.32). En este juego estructural y constitutivo del yo donde la secuencia que aparece es la de: *yo que soy otro* y *otro que soy yo*, dará pie a una constante rivalidad, competencia y una lucha cuerpo a cuerpo por ese inevitable y necesario reconocimiento del propio cuerpo a través del cuerpo del semejante (su imagen del espejo). Es decir, por eso el niño reconoce su deseo en el otro cuerpo “una relación especular sin salida que provoca la tensión de la rivalidad y agresividad, de la relación con el cuerpo propio y con el cuerpo del otro” (Nasio, 1996, p. 76). Lo que entraría en juego pues, durante el periodo adolescente es justamente el poder lograr una separación re-versión de esa imagen del otro, es decir, que logre haber una des-alienación del sujeto.

Otro planteamiento interesante según Berlcaguy (2012), al referirse a adolescentes perturbados, que “los cortes en la piel serian modos de hacer borde donde no lo hay o donde es precario, intentos de sentirse a sí mismo cuando la identidad subjetiva o aún los parámetros de la realidad externa compartida se desvanecen” (p.14). Muchas de las prácticas llevadas a cabo por los adolescentes que se autolesionan –esas que tienen que ver con pintarse, dibujar en papel o en las paredes de sus cuartos (de sus zonas) – parecieran formas de delimitar un espacio, tanto donde vive como en su propio cuerpo, un espacio que también demarque un distanciamiento con los primeros objetos de amor. Existen también quienes consideran que los casos de autolesión “son expresiones de

un estado de crisis en el ámbito familiar, social y de la identidad personal” (Tubert, 2000, p. 107). Tal concepción pone de relieve a la estructura familiar y las posibilidades de estructura que tiene para ofrecerle al sujeto los medios que le permitan elaborar y a su vez asimilar sus pulsiones destructivas.

Por otro lado, tomando en cuenta que la época delimita y otorga a los modos de ser adolescente ciertas particularidades, encontramos que, haciendo frente a la demanda de consumo de la época “hay una tendencia muy fuerte a la ascensión del objeto en correlación a una abolición subjetiva, con consecuencias significativas en las presentaciones clínicas” (Zamorano, 2010, p. 102). Un ejemplo de esto lo podemos encontrar en las páginas web, espacios virtuales donde los adolescentes hacen causa común a partir de los cortes en su cuerpo, “en este marco, el cuerpo y sus cortes pasan a ser objeto de culto y de exhibición” (Zamorano, 2010, p.102). En uno de los tantos testimonios que se pueden encontrar en las páginas se encuentra el siguiente: “Siento una gran satisfacción cuando me corto, cuando siento el dolor, cuando veo la sangre correr por mi brazo es algo muy satisfactorio” (Zamorano,2010, p.102). Ante estas palabras que denotan un empuje a la acción en el adolescente, podemos decir que nos encontramos frente a una clínica del dolor y de las marcas autoinfligidas que no deja de revelarnos las resonancias de la época en la que vivimos, una época donde “es fundamental que se vea y se sepa, que los otros admiren, que el Yo del adolescente que se auto mutila o se somete a dietas extenuantes, es amo de ese cuerpo que por momentos parece enajenársele o rebelársele” (Quiroz, Orozco, Gamboa, 2012,p.107). Porque al ser amo de ese cuerpo, no cabe duda de que le pertenece y además a través de él se diferencia y le es posible experimentar control ante lo que podríamos nombrar como la vivencia de una desproporción/expropiación de su cuerpo de la cual se deshace por medio del acto.

Y a su vez, al contrario de estos casos que suben sus testimonios a la red, haciendo hasta cierto punto ostentación de sus acciones autolesivas, hay casos en los que el corte aparece como lo más

escondido, propio e íntimo “acto realizado en soledad y oculto para el Otro, aunque no por ello deja de dar cuenta de su relación al Otro” (Zamorano, año, p.102). Pero que sin embargo se trata de una acción secreta, oculta, clandestina, privada a fin de que cada corte funcione como una descarga de afecto que no necesita ser mostrada, pues opera en la esfera de lo más íntimo, por tanto, se buscan mantener en-cubiertas. Al respecto, varios autores señalan que “los cortes no impiden el desarrollo de la angustia en la conciencia, pero permite frenar su avance en el cuerpo y así aminorar su efecto” (Ángel, 2014, p. 43). Por otro lado, específicamente en la acción de cortarse, se juegan o intervienen varias operaciones, quizá un tanto distintas que en el hecho de golpearse o de quemarse. Es sabido que son más comunes *los cortes*, cortes que implican hacer *tajos*, *delinear*, *hacer rayas*, es decir “se cortan tajos a la manera de trazos, secuencia de líneas, palotes” (Dartiguelongue, 2014, p. 3), que representarían la renuncia del sujeto a tramitar a través del otro su destitución subjetiva levantando una propia manera de subjetivarse.

Por otro lado, en el ámbito médico, la psiquiatría ha invertido sus esfuerzos en definir una tipificación de la automutilación, como método de explicación de esta conducta, de ahí habla de tres formas de presentación de la automutilación: *superficial*, *estereotípica* y *mayor*. La primera se trata de una intervención en la piel mediante cortes y quemaduras, pero también en acciones que impidan la cicatrización de las heridas. La forma estereotípica consiste en un daño mayor, se trata de realizar golpes repetitivos con la cabeza, así como mordeduras profundas, finalmente, la mayor consiste en la amputación de extremidades, esta es la menos frecuente, siendo la primera la que más incidencia tiene (Zaadoun,2011).

También la psiquiatría señala el perfil del joven que se autolesiona como lo que la medicina llama en la actualidad “*un trastorno de personalidad limítrofe o borderline*” lo cual no puede llegar a constituir un trastorno, pero si puede ser una serie de rasgos. Es decir, “se trata de pacientes que van

a actuaciones (van al acto) aquí, la impulsividad juega un papel muy importante, las cosas se piensan a posteriori, una vez ejecutado el acto, una vez que está presente la cicatriz” (Zaadoun,2011, p.11). Sin embargo, más allá de que la medicina logre tipificar las autolesiones y les ponga un nombre de acuerdo con el nivel de gravedad, forma, o la recurrencia en que se presentan las conductas de autolesión, la realidad es que, desde todos los ángulos, estas respuestas subjetivas ~~que~~ revelan formas de tramitación de un dolor psíquico a través de un dolor puesto en el cuerpo que tarde o temprano fracasa.

2.3.2 Recortes (de cortes) a flor de piel

En el largometraje *La pianista* de Michael Haneke (2001), la protagonista de nombre Erika, soltera de cuarenta años, sostiene una relación complicada con su madre, una relación ambivalente. La madre controla sus relaciones, su carrera, su vestimenta y toda su vida en general. Erika realiza cortes en su cuerpo, principalmente en la entrepierna, apartada de la mirada de su madre, quizá, podemos pensar, como “recurso ante el goce devorador materno, mientras que, por otra parte, podrían ser respuestas a la perplejidad provocada por el encuentro con el sexo, los cortes le permiten hacerse un cuerpo, sentirse viva” (Zamorano, 2010,104). Este goce devorador materno tiene que ver justamente con no haber permitido que su hija se hiciera una vida propia, comandada por sus propios deseos, una vida lejos de ella. Aquí se avizora la inoperancia de la metáfora del Nombre del Padre en esta relación madre e hija. Por un lado, la madre, no situada como causa de deseo del padre, puesto que “por donde se le mire no logra situarse causa de deseo de un hombre, en tal sentido, la posición a la que mejor se ajusta su satisfacción como madre, es la correspondiente a la devoración” (López, 2017, p. 10). Y por el otro, la hija siendo invadida por el goce devorador materno utilizando los cortes como principal recurso para lograr apropiarse de su cuerpo y lidiar con lo que podríamos nombrar

una catástrofe subjetiva. Tal hecho nos demuestra que los cortes pueden funcionar como una salida, un escape ante aquello que resulta obturantemente devorador.

Otro ejemplo lo encontramos en el libro autobiográfico titulado “Abzurdah” de la escritora Cielo Latini, en él, la autora describe el flajelamiento emocional que padeció durante su pubertad debido a una serie de factores, entre ellos su sobrepeso, así como problemas en el colegio y con la relación que mantenía con sus padres, pero, sobre todo, en este libro despliega detalladamente la forma que encontró para “seguir viva, sin que te consuma el dolor” (Latini, 2006, p.2) : descripción en la que es posible una aproximación a la manera en que la autora suplió un dolor emocional insoportable por un dolor físico-corporal a través del que paradójicamente, se autorizaba sentirse viva. Hecho que demuestra, como “el dolor del sujeto que se corta va más allá del dolor físico” (Garate, 2012, p.124)

[...] necesitaba sacar de adentro todo lo malo que me inundaba, que no me dejaba respirar y literalmente me estaba matando. Encontré la manera; no la mejor, pero si la más eficaz, cortándome [...] después de una crisis de llanto o en medio de ella, cuando sentía que no iba a parar, me llevaba un cuchillo al baño o a la cama y me cortaba primero despacio hasta que me acostumbraba al dolor y después lascivamente hasta que la sangre fluía libremente [...] Obviamente no lo hacía para quitarme la vida, solo quería deshacerme del sufrimiento que me agotaba en el momento. Yo particularmente me sentía tan muerta que ver salir la sangre me ayudaba a darme cuenta de que realmente estaba viva (Latini, 2006,p.134)

En este caso, se observa una forma de *sustituir el dolor por otra apuesta* por vivir. Muchas de las sensaciones experimentadas en el momento de autolesionarse son distintas dependiendo de cada sujeto, de la situación que esté viviendo, algunas de ellas simplemente los “calman” y otras los hacen “sentir vivos”, “despiertos” como si antes no lo estuvieran, o no se sintieran lo suficientemente

“reales” y entonces se vuelve preferible sentir algo, a no sentir nada. Zamorano (2010) con relación a estos actos menciona: hay “cortes que funcionan como una demostración al Otro, cortes que acotan un goce invasivo o falta de la regulación fálica, cortes como salida frente a la angustia” (p.105). Los cortes como recurso ante el goce invasivo se pudieron observar en el ejemplo de la pianista (Ericka) en esos intentos de acotamiento de espacios entre ella y su madre. Por otro lado, Cielo Latini en esta obra autobiográfica nos deja ver los cortes como un recurso, un medio para calmar la angustia, intercambiando un dolor psíquico por un dolor físico.

Para cerrar este apartado es necesario señalar lo que el psicoanálisis desde su propio nacimiento resaltó en relación al síntoma, ya que, a diferencia de concebirlo como sinónimo de enfermedad como la medicina lo hace, para el psicoanálisis, muy por el contrario, es un significante que cumple determinada función simbólica en el sujeto, y que en muchos casos representa su única oportunidad de soporte ante diversas situaciones que posibilitan estar en el mundo, de manera que cada sujeto busque apalabrar su síntoma (distinto de trazarlo). Es entonces que los cortes en el cuerpo podrían estar respondiendo a la globalización y a la normalización de borrar las diferencias o la singularidad de cada sujeto.

CAPÍTULO 3. EL MÉTODO PSICOANALÍTICO EN LA ESPECIFICIDAD DE UN CASO DE AUTOLESIÓN

*Yo mismo me sorprendo
al comprobar que mis observaciones
de enfermos se leen como novelas
y que no llevan, por así decirlo,
el sello de la seriedad, propio de los escritos
de los hombres de ciencia.*
S. Freud

En este apartado, se abordará la importancia del trabajo con la palabra en el método psicoanalítico, así como la manera en que el análisis de un caso clínico permite la investigación de los procesos inconscientes de un sujeto que traza o diseña en su cuerpo las marcas de su singular *forma* de estar en el mundo.

3.1 El trabajo con la palabra en el psicoanálisis

En 1895 Freud funda una nueva forma de investigar al ser humano, una manera de acercarse a su singularidad a partir de darle cabida a la palabra del sujeto, no pasando por encima de ella como hasta ese momento la medicina lo había hecho. Desde esta apertura a la palabra, Freud establece la manifestación de lo inconsciente, abriendo así la posibilidad de acercamiento a muchas de las acciones de los seres humanos, acciones que tienen relación con el hecho de estar inmersos desde el inconsciente. De ahí que los objetos sobre los que se centra el psicoanálisis sean el psiquismo y en particular lo inconsciente.

Gracias a los estudios que realizó Freud con Jean Martin Charcot, una de las principales autoridades de la neuropatología europea, también conocido como el “Amo de la Salpêtrière” (Domínguez, 2016,p.8), el padre del psicoanálisis se introduce de lleno al estudio de los síntomas histéricos, hecho que le dio una nueva orientación a su profesión. Siguiendo a Ernest Jones (1953), Charcot fue quien sugirió a Freud, en 1886, poco antes de su retorno de París a Viena, habiendo concluido sus estudios en la Salpêtrière, la indagación de un trabajo que permitiera distinguir las

parálisis histéricas de las anatómicas. A pesar de que Freud desmiente lo anterior, afirmando que la idea fue suya, es a partir de esta indagación que surge de la experiencia de trabajo con las histéricas en Francia, que Freud “abrió a sus ojos una nueva condición del acto médico: como un lugar donde puede revelarse un saber que cura, pero ese saber novedoso vendría producido desde el enfermo” (Aliani, 2010, p. 43).

Este nuevo campo se puede ver delineado en el artículo titulado *Estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas* (1893). Fue en él dónde se revelaron esos cuerpos femeninos extraños, ajenos a la medicina patológica y a sus formas de tratamiento, conformados de representaciones subjetivas, de dolores anómalos, y que sobre todo trastocaban los principios o leyes de los órganos biológicos.

[...] la lesión de las parálisis histéricas debe ser por completo independiente de la anatomía del sistema nervioso, puesto que la histeria se comporta en sus parálisis y otras manifestaciones como si la anatomía no existiera, o como si no tuviera noticia alguna de ella (Freud, 1894/2011, p. 219).

Es decir, la histeria se caracterizaba por ser una enfermedad de manifestaciones excesivas, capaz de producir síntomas de acentuada intensidad el grado de distorsión al que podían llegar las contracturas de las histéricas, y el hecho de que las parálisis histéricas se acompañaran mucho más a menudo de perturbaciones en la sensibilidad que las parálisis orgánicas, las convertía en dos fenómenos incomparables. A partir de este descubrimiento Freud solicita se le permita el paso a la psicología para poder mostrar la existencia de “alteraciones funcionales sin lesión orgánica concomitante” (Freud, 1894/2011, p.51), dándole mayor peso al carácter ineludible de la psicología a la hora de ocuparse de la histeria, lo cual sería el equivalente al gran punto de quiebre de Freud con la medicina y “un primer paso hacia el psicoanálisis” (Allouch, 2007,p.45).

Hasta ese momento las enseñanzas puramente médicas habían abonado muy poco a la comprensión de la vida anímica, en cambio el nuevo método que introducía Freud abría la posibilidad de hacerlo. En su texto “Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)”, de 1890, se observa ya el peso que se le atribuía a las palabras, las cuales por vez primera fueron tomadas como el instrumento esencial del tratamiento anímico, pues si tomamos en cuenta el significado de tratamiento psíquico – que no sería propiamente *tratamiento del alma* sino *tratamiento desde el alma*–, los recursos de los que se tendría que valer para el tratamiento de los síntomas cuyos signos patológicos se originan por la influencia de la vida anímica del sujeto sobre su cuerpo, serían las palabras “que de manera primaria e inmediata influyen sobre lo anímico del hombre” (Freud, 1890/2011, p. 115). Las palabras que el médico dirigía al enfermo, en este caso, aplicando la sugestión bajo hipnosis, podían lograr que éste alcanzara el estado anímico más favorable para su curación. Si bien las palabras aún se encontraban del lado del médico, ya prevalecía la idea del peso que las mismas podían tener sobre lo anímico al tiempo en el que se dibujaba el estatuto privilegiado del relato o del decir del *enfermo*.

En “Estudios sobre la histeria” (1895), vemos descritas prolijamente las etapas iniciales del nacimiento de un método inédito para abordar los síntomas que se alejaban de las explicaciones médicas; un método que comienza a atribuir efectos también inéditos al uso de la palabra, pero ya no a la palabra del médico sino a la del paciente: “el ser humano encuentra en el lenguaje un sustituto de la acción; con su auxilio el afecto puede ser abreaccionado casi de igual modo” (Freud, 1893/2011, p. 34). Anna O., quien fue paciente de Breuer y posteriormente de Freud, llamó “*Talking Cure*” a la manera en que a través de la palabra era posible liberar un afecto adherido al acontecimiento traumático, “al acontecimiento que la enmudeció. Solo la palabra podría separar el afecto del acontecimiento” (Orozco, 2008, p. 56) apuntando a *religar* dicho acontecimiento con otro afecto donde el síntoma no fuese el resultado.

En este primer momento el uso de la palabra se enfocaba en abreaccionar, es decir, aligerar el recuerdo del suceso que había ocasionado el trauma de la manera más clara y nítida posible, así como “el afecto que acompañó o mal acompañó dicho hecho no-dicho” (Orozco, 2008, p.56). De ahí que la *–Talking cure–* fue bautizada por la paciente como *cura por conversación*, o humorísticamente *limpieza de la chimenea* –chimney-sweeping–, en la que encontramos la idea de la catarsis, que “se conecta con la de abreacción” (Cancina, 2008, p. 66). De manera que, colocando en su sitio los hechos a partir del uso de la palabra se pensaba que era posible hacer desaparecer el afecto relacionado con el trauma (o lo que posteriormente Freud replanteó como *fantasía de seducción*), este procedimiento catártico “tenía por condición que el paciente fuese susceptible de hipnosis y se basaba en la ampliación de la conciencia que sobreviene en ese estado” (Freud, 1905/2011, p. 237). Y tendía hacia una supresión de los síntomas consiguiéndolo a partir de remontar al sujeto al estado psíquico en el que habían surgido por primera vez.

En este punto, Freud se encontraba enfocado en conseguir que la histérica lograra rememorar y abreaccionar la ocasión en que se produjo el síntoma por primera vez. “La cuestión de la primera vez le obsesiona” (Orozco, 2008,p.56), y la tarea para llegar a esa conciencia dormida era que el sujeto no se ahorrara detalles en su relato sobre el suceso que detonó el síntoma. De modo que la cura era concebida como un proceso de descarga emocional que “al liberar el afecto ligado al recuerdo de un trauma, anulaba sus efectos patógenos” (Cancina,2008, p.67). En medio de este deseo de saber sobre el suceso que dio origen al síntoma y de indagar en él haciendo una pregunta tras otra a las histéricas, Freud pudo dar cuenta que “en la génesis del síntoma no participaba una impresión (traumática) única, sino casi siempre una serie de ellas, difícil de abarcar” (Freud, 1905/2011,p. 237). Lo cual equivale al hecho de que en realidad nos encontramos frente a organismos complejos donde además de haber una multiplicidad de síntomas, cada uno va a estar múltiplemente determinado; por

consiguiente, el contenido psíquico traído a la conciencia por parte de la paciente no lo es todo, detrás hay un contenido de orden inconsciente. Así es como desde sus inicios quedó claro que la investigación no sería exclusivamente de procesos psíquicos de orden consciente, sin embargo, el método catártico en el cual era empleada la hipnosis tenía sus limitantes, lo que abrió paso a otros desarrollos teóricos, como se verá más adelante.

A raíz de los descubrimientos sobre el modo en que se entretecía el síntoma en la vida de aquellas mujeres, el método va variando, sobre todo a partir de que una de ellas, la señora Emmy Von N., tras continuas interrupciones en su discurso por parte de Freud, ésta le dice, [...] con expresión de descontento –como el mismo autor lo describe–, que “no debo estarle preguntando siempre de donde viene esto y esto otro, sino dejarla contar lo que tiene para decirme” (Freud, 1893/2011, p. 84). La petición de Emmy Von N. resultó fundamental para el surgimiento del método psicoanalítico freudiano: la asociación libre de ideas –por parte del analizante– y “su correlato, la atención (*parejamente*) flotante, es decir, la escucha por parte del analista” (Beller, 2007, p. 43). La primera consiste en invitar al paciente a que cuente todo lo que le pase por la cabeza, dejando de lado toda objeción afectiva o de orden lógico que lo lleve a silenciar su propia voz. Tal procedimiento se enfocó “en romper cualquier intencionalidad consciente y por este camino acceder a los contenidos reprimidos” (Beller, 2007, p. 44). Dejando de lado lo consciente, que se relaciona con el sentido y lo racional, encontramos a la asociación libre como lo que permite abrir la puerta al sinsentido, al demandar y dejar que la paciente diga lo que se le ocurra, es decir, que asocie lo que se le viene a la mente sin importar si le parece absurdo o sin razón. En esta consigna por parte del analista de diga lo que se le ocurra, es decir, asocie libremente sin importar si le parece absurdo, fuera de contexto o sin razón

[...] la asociación libre no es más que la regla que permite el juego del significante, porque ya no se trata de asociación sino de lo que ha sido traducido como <<ocurrencias>> (*Einfallen*), pero que puede ser traducido como algo así como <<lo que cae>> [...] de lo que cae en el pensamiento. (Cancina, 2008, p. 69).

Dejando el libre curso a las asociaciones, hay posibilidades de formar conexiones nuevas, que permitirán ganarle terreno a la represión. Entonces, no seleccionar lo que se va a apalabrar se vuelve en gran medida aquello que habilitará el trabajo analizante, el dejar caer las ocurrencias. En 1913, Freud lo enuncia de la siguiente manera “[...] uno debe comunicar sin previa crítica todo cuanto le venga a la mente” (Freud, 1979/2011, p. 105). Por otro lado, en lo referente al trabajo del analista, lo fundamental reside en no fijarse en nada en particular de aquello que se escucha y en prestar la misma atención parejamente flotante. Cabe resaltar que, en este caso, Freud también pone énfasis en evitar seleccionar ya que de hacerlo el analista estaría obedeciendo a sus propias expectativas e inclinaciones, corriendo el riesgo de “no hallar nunca más de lo que ya se sabe; y si se entrega a sus inclinaciones, con toda seguridad falseará la percepción posible” (Freud, 1912/2011, p. 112); es decir, el analista estaría de cierta manera buscando y probablemente encontrando, pero no más allá de lo que espera encontrar. Y no es en el espacio de la búsqueda en donde se debe colocar el analista más bien éste apunta hacia el encuentro, pues “para el psicoanalista y el psicoanalizante no se trata de buscar sino de encontrar” (Cancina, 2008, p. 72). El encuentro clínico será ese espacio que se construye y deconstruye en una alternancia imaginario-simbólica.

De este modo, el método psicoanalítico y su desarrollo tuvo relación con un alejamiento por parte de Freud de técnicas que tenían que ver con la asunción de un saber que recaía expresamente sobre el médico, de manera que lo primero que debió darse, fue un cambio en la posición del médico frente al paciente, debido a que la escucha adquirió una mayor relevancia en el tratamiento. Por lo

tanto, es irrefutable que durante el lapso 1890-1895 Freud logró dar forma, en cierta medida, a partir de su colaboración con Breuer, a un pensamiento original sobre el fenómeno neurótico.

Para Freud, el método que desarrolló no es del orden de la ciencia natural, es decir, no sigue un modelo médico. Y al cual Freud define de la siguiente manera:

- 1) un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías;
- 2) de un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas, fundado en esa indagación, y 3) de una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino, que poco a poco se han ido coligando en una nueva disciplina científica (Freud, 1984/2011, p. 231).

Con base en lo anterior, la clínica psicoanalítica tiene por objeto de aserto lo inconsciente, por lo cual el proceso de indagación del que aquí daremos cuenta es también resultado de una experiencia clínica de encuentro con lo desconocido. Otra forma de definición que engloba los mismos elementos mencionados sería que “es una combinación, entre un método de tratamiento de las enfermedades nerviosas, un método de indagación de su causación y una teoría producida por esta investigación” (Cancina, 2008, p.10). Por lo tanto, el psicoanálisis simultáneamente es teoría y método no solo en lo concerniente al campo de la cura, sino también al de la de investigación.

Por su parte, Jacques Lacan, tras leer la obra de Freud, plantea que el inconsciente es esencialmente lenguaje, o que es “estructurado como un lenguaje” (Lacan, 1964/2013, p. 28). Ésta es una de sus más citadas tesis psicoanalíticas, a la cual “le antecede un cúmulo de revoluciones teóricas en el campo de la lingüística y del estructuralismo; y la precede un cúmulo aun mayor de nuevos posicionamientos frente a la obra freudiana” (Gamboa, 2005 p. 90). Y si el inconsciente, objeto del psicoanálisis, está estructurado como un lenguaje sólo podemos dar cuenta de él mediante sus formaciones que no son otra cosa que indicios, rastros de palabras, chistes, sueños, actos fallidos,

síntomas, que en su propia formación obedecen a las mismas leyes que operan en el lenguaje, definido como un conjunto de signos.

Freud confiere al psicoanálisis un método particular de investigación, en donde toma relevancia el estudio de lo inconsciente a través de la palabra, escuchando el discurso del sujeto, que no debe ser pasado por alto.

Para cerrar este apartado, es importante subrayar que “el discurso psicoanalítico es completamente distinto al discurso de la ciencia, luego también, el método psicoanalítico es completamente distinto al método de la ciencia” (Chamu, L., Perez, S., Alcalá, 2015, p. 3). En el discurso médico recae la demanda social de una clasificación de las enfermedades, así como la curación de estas. Al responder a esa demanda, este discurso se coloca como el propietario de un saber sobre su objeto de estudio: la enfermedad y al hacerlo se encuentra anteponiendo la razón, el saber, como su más importante y poderosa arma, sin embargo, con ello termina por arrasar con todo lo que de subjetivo puede haber en el sujeto. Es decir, es una clínica basada en el signo que admite determinados protocolos en los modos de proceder en el tratamiento del cuerpo enfermo. En cambio, el psicoanálisis va al encuentro de lo que la ciencia deja fuera: la subjetividad. Al concebir de esta manera a la enfermedad, el psicoanálisis se descoloca de ese lugar de conocimiento sobre el enfermo y se dispone a la escucha de las formaciones discursivas del sujeto respecto a su síntoma, como lo principal en el tratamiento, privilegiando el detalle y el caso por caso, como su método de intervención. De ahí que no podamos dejar de lado el valor de la práctica clínica, ya que ésta hablará a partir de los datos que aportemos, o del punto de vista teórico desde donde planteemos su elaboración. Es importante no perder de vista que lo que desencadenó las investigaciones que llevaron a consolidar el psicoanálisis, “no fueron más que las observaciones de Freud en la clínica y los

subsecuentes avances teóricos regresados al encuentro con sus pacientes y no al revés” (Garnica, 2007, p.33). Es decir, es desde la práctica analítica de donde Freud despliega todo su cuerpo teórico.

Tomando como base las puntualizaciones realizadas, en especial la que señala que el trabajo con pacientes en el espacio clínico poniendo en práctica el método psicoanalítico fue lo que permitió a Freud el avance en sus teorizaciones, el objetivo del presente trabajo a partir de este importante señalamiento es que, a través del análisis de un caso clínico, más allá de la búsqueda o formulación de un conocimiento, desplegar una disposición al encuentro o al hallazgo. Justamente debido a que, como señalado líneas arriba, el psicoanálisis moviliza y edifica su cuerpo teórico dentro de lo que se encuentra sin buscar, a ciegas y en silencio como condición para la emergencia de ocurrencias y el encuentro con un enigma.

Todo lo que se tiene en primera instancia del caso que se analizará es la manifestación de un dolor psíquico materializado en el cuerpo del sujeto. En este sentido, este trabajo que se teje y se desteje entre indagación e intervención, es considerado como el fundamento de la investigación, puesto que nos encontramos ante lesiones mudas trazadas en el cuerpo, en la superficie de la piel, que precisan ser apalabradas, escuchadas, leídas.

3.2 El análisis de caso en la investigación psicoanalítica

Toda la práctica, así como la transmisión clínica de Freud se basó en el estudio de casos, mismos que podemos ver en sus presentaciones clínicas hechas en sus obras completas: el caso *Dora*, el caso *Juanito*, el caso detallado como *El hombre de las ratas*, el caso titulado *Schreber*, el caso llamado *El hombre de los lobos* además de los historiales clínicos y de la interpretación de sus propios sueños. La mayoría de estos horizontes clínicos fueron trabajados directamente por Freud y otros incluso a nivel epistolar como el caso *Juanito*, a través de libros y obras de autores literarios, como Goethe; o

el caso Schreber, donde a partir del análisis de sus *Memorias*, se puede plantear que Freud realizó un ejercicio de formalización psicoanalítica sobre el delirio más que el detallamiento descriptivo de un tratamiento analítico. Por otro lado, también se encuentran los casos contruidos por Melanie Klein, como el caso Dick, e incluso las presentaciones de enfermos y los casos trabajados por Lacan como el caso Aimee y su análisis de los motivos del crimen paranoico de las hermanas Papin. De hecho, “la histeria, la neurosis obsesiva, la fobia, la paranoia, el delirio, entre otras, son nociones sustentadas a partir del caso (los llamados grandes casos de Freud)” (Soria, 2013, p. 102) ha sostenido esta forma de investigación, encontrándola oportuna para indagar en el psiquismo y la subjetividad.

Freud “sostuvo siempre que el psicoanálisis se transmitía desde el interior de la propia experiencia que lo fundaba, es decir, desde el lugar de la transferencia; en ninguna circunstancia el saber libresco podría garantizar ese pasaje” (Rangel, 2010, p.70). Esta postura ha sido un tanto problemática en relación con el encuentro del psicoanálisis con otras formas de conocimiento como la filosofía y la ciencia, en cuanto a las vías para constituir el saber y para darle consistencia. Sin embargo; ello no ha impedido que el psicoanálisis se haya hecho un lugar, un lugar incómodo en algunos casos y necesario en otros —en ciertos ámbitos universitarios—. Es importante de mencionar, puesto que es sabido que a pesar del gran peso que Freud le da a la transmisión del psicoanálisis desde la propia experiencia, no dejó de hablar de las dificultades que acarreaba y de la serie de aspectos a considerar cuando se toma la vía de análisis de un caso para la transmisión de esa experiencia que es la suya.

Para Freud, el valor del caso clínico en psicoanálisis radica en el hecho de que en él coinciden investigación y tratamiento, aunque señale a la vez que la técnica que sirve a una, tensa e interroga, a la otra. De ahí que considere la importancia de no trabajar un caso cuando su tratamiento no ha concluido, pues esto sesga las direcciones de éste. Lo que tal señalamiento o sugerencia enfatiza es,

sobre todo, que la situación analítica no sea turbada o que el deseo de analizar, ante el deseo de conocer y explicar, cese; asimismo el caso no debe ser trabajado o planteado para comprobar una teoría. Dice Freud, “son mucho más exitosos los casos en que obramos sin propósito, sorprendiéndonos, a cada momento, y que abordamos siempre de modo inadvertido y sin presupuestos” (Freud, 1912/2011, p.154). Esto se relaciona con lo que en el apartado anterior se abordó respecto a la “atención parejamente flotante”, que tiene que ver con no fijarse en nada en particular de aquello que se escucha, prestando la misma atención a todo, evitando seleccionar, puesto que, si lo hace, el analista estaría obedeciendo a sus propias expectativas e inclinaciones, obturando el ejercicio de la atención flotante y de la asociación libre por parte del analizante. Entonces, tomando en cuenta estas puntualizaciones freudianas es posible pensar el caso como “siendo aquello que posibilitaría la coincidencia entre tratamiento e investigación [...] pensar el caso clínico como el relato de lo que sorprendió al clínico en su estado de atención flotante” (Magtaz, Tosta, 2013, p. 83). Es decir, sosteniendo una escucha en donde no prevalecen ideas preconcebidas, ni clasificadoras. La singularidad del caso supone estudiar procesos subjetivos a partir de interrogantes desde la clínica, hecho que permite aportar elementos teóricos-prácticos que permiten dar cuenta de los procesos que desde el inconsciente se forman y manifiestan.

Por su parte, la transmisión de eso que sorprendió, de ese saber –no de una verdad– será siempre por la vía del enigma, lo cual permitirá que se pueda seguir produciendo una serie de interpelaciones alrededor del caso, escapando así al riesgo de buscar y de caer en la cerradura de una explicación única e inapelable. Porque siguiendo la estructura del lenguaje, “siempre un caso deberá ser fallido” (Rangel, 2010, p.75). Es decir, el valor del encuentro clínico, incluso podríamos decir su riqueza, se ve manifestada ante la dificultad de poder concluir la indagación en torno al psiquismo. Puesto que el psicoanálisis tampoco parte o se basa en saberes previos, únicos o acabados respecto a

los padecimientos subjetivos. En ese sentido, a través de un caso clínico, aquí se propone una aproximación a los posibles núcleos inconscientes de las autolesiones desde el análisis de las producciones discursivas en transferencia de una adolescente.

El tema que nos ocupa abre muchas interrogantes sobre los posibles núcleos inconscientes que llevan a un sujeto a dirigir la agresión hacia sí mismo, “vuelta hacia la persona propia” (Freud, 1915/2011, p.205). De manera que en el trabajo de caso se pondrá de relieve el discurso del sujeto, intentando encontrar en él significantes que nos ilustren respecto a la condición subjetiva de quien ha tomado como objeto su propio cuerpo para inscribir en él lo que le aqueja.

La raíz epistemológica de la palabra “caso”. Esta viene del latín *casus* (suerte, chance, casualidad, accidente). De ahí tenemos también: casual, relativo a algo que ocurre sin que se pueda prevenir o evitar (RAE). Por otro lado, *caso* es el participio del verbo *cadere* que significa *caer*, *suceder*. Si observamos, esta palabra se asemeja en gran medida con la definición del *inconsciente*, el cual es un territorio complejo donde el sentido, si lo hay, carece de código, *sólo acontece* (Pereña, 2004, p.52), es decir, no hay código ni sentido oculto, es efímero y frágil como lo es todo sujeto viviente. Sin embargo, es en este territorio en donde crece la vida del sujeto, su excepcionalidad, su condición deseante y en ese campo nace a veces la búsqueda de saber y de sentir. Lacan “insiste en que la práctica psicoanalítica resulta indisociable de la casuística, parte de ella, es ella [...] cada tratamiento psicoanalítico es un caso particular” (Lacan, 1946, p. 232).

Al hablar sobre un caso se anudan práctica y teoría, las cuales es preciso diferenciar ya que como bien lo señala Cancina (2011) entre ambas hay una no simple relación de articulación entre el saber del psicoanalista y el saber que se efectúa en el seno de la cura (p. 55). En otras palabras, se trata primero de una praxis, la del analista con el analizante en la que se procesan estos dos modos del sujeto que son el sujeto del inconsciente y el sujeto supuesto saber; práctica que se produce en la

intimidad del acto donde se ejercita este método que Freud consideraba que a la vez que investigaba, curaba. Es pues a partir de esta práctica que va a producirse la teoría psicoanalítica y no solo ella, sino, también, la clínica psicoanalítica. En este sentido, Lacan en su seminario RSI asevera que es imprescindible que el psicoanalista sea al menos dos: aquel que produce efectos y el que teoriza esos efectos. A partir de esta puntualización, Cancina (2011) apunta que estamos respondiendo directamente al consejo freudiano “olviden todo lo que saben al comenzar cada tratamiento” (p. 56). Es decir, cada vez hay que olvidar todo lo que se sabe, al olvidarlo hacemos que el psicoanálisis no sea una “aplicación” de la teoría psicoanalítica y al mismo tiempo, que no sea “aplicación” de la teoría exige el requisito de teorizar los efectos. Así pues, “clínica es la que construye cada analista teorizando los efectos que produce en la experiencia, en su práctica” (Cancina, 2011, p.55). Dicho lo anterior entremos de lleno al caso que nos ocupa.

3.3 Condiciones de producción discursiva

Dentro del trabajo analítico existe una participación estrecha y cercana entre analista y paciente, pues de lo que se trata es de que “el sujeto tome la palabra para decir su sufrimiento, preguntarse por su origen, aceptar lo injusto sin quedar por ello paralítico de palabra y de deseo” (Pereña, 2004, p.45). Por ello, la tarea ineludible del analista es convocar a quien acude a él, a que pueda desentrañar su dolor, sus palabras e incluso construir algunos rasgos de su posición subjetiva. Tomando como apoyo el texto de Freud “Construcciones en el análisis”

El consabido propósito del trabajo analítico es mover al paciente para que vuelva a cancelar las represiones –entendidas en el sentido más lato– de su desarrollo temprano y las sustituya por unas reacciones como las que corresponderían a un estado de madurez psíquica. A tal fin debe volver a recordar ciertas vivencias, así como las mociones de afecto por ellas provocadas, que están por el momento olvidadas por él (Freud 1937/2011, p.259).

Es decir, es pertinente que el analista haga surgir lo olvidado a partir de sus vestigios, adivinarlo, o más propiamente *construirlo* (Freud, 1937). Pues la construcción tiene como objetivo el empuje a los trazos de verdad histórico vivencial del sujeto a partir de un trabajo del inconsciente.

Tomando en cuenta lo anterior, con el fin de suscitar el discurso que dará marcha a la posibilidad de construir, se recuperaron temas de interés para la adolescente (a quien nos referiremos como *Ben* para salvaguardar su privacidad), mismos que se abordaron en las nueve de las diez sesiones que se establecieron (faltó a una sesión y ésta no se recuperó). Dichos temas se eligieron tomando en cuenta que Ben retornaba una y otra vez a ellos en los primeros encuentros, antes de iniciar las sesiones en el espacio clínico; temas que en su mayoría tenían relación con los cambios que se encuentra experimentando a nivel corporal. Sin embargo, a pesar de sugerir puntos de apertura, la adolescente fue discurriendo libremente en su decir. Por otro lado, se realizó un registro de las elaboraciones discursivas producidas por Ben dentro del contexto de la situación clínica, elaboraciones que dan cuenta de su singular relación con el desamparo, desasosiego y desconsuelo.

Por último, como parte del posicionamiento ético en la dirección del tratamiento y de la construcción del caso que se presenta en esta tesis, se apertura en el momento en se comunicó a los padres de *Ben*, a través de un Consentimiento Informado –el cual como su nombre lo indica, contenía todo lo referente a la forma de trabajo que se tendría en el espacio clínico–, el establecimiento de 10 sesiones previas a la definición del camino a tomar antes del tratamiento, así como la solicitud de autorización para que la información recabada pudiera ser utilizada (bajo ciertos lineamientos de confidencialidad) para fines académicos. La lectura y firma del Consentimiento Informado la realizó el padre, quien, sin hacer preguntas al respecto, firmó el documento.

CAPÍTULO 4. ANÁLISIS DEL CASO BEN

“Todo el que quiere nacer debe antes destruir un mundo”

Hermann Hesse

4.1 Acerca de Ben

Ben llega a consulta derivada de la institución donde estudia debido a que muestra signos de autolesión en sus brazos, manos, piernas y rostro. Fueron sus pares y sus maestros quienes se percataron del sin número de cicatrices, mismas que dan apariencia de rasguños. Ella primero fue vista por el otro. Y la aflicción por la que atraviesa la pudo poner en palabras para ser escuchada gracias a la *de-mostración* (dar para ver) de sus cicatrices. Se describe como alguien pesimista, insegura, negativa y no bonita. “*yo estoy fea y está bien*”; “*tengo un carácter fuerte, enojona y negativa como mi papá*”; “*yo les digo que ya no hay autoestima que destruir*”. Comenzó a realizar heridas en su cuerpo desde que entró a sexto año de primaria. Al respecto, manifiesta que se rasca reiteradamente hasta generar la herida, misma que queda como una huella indeleble.

Los principales motivos por los que menciona que se lastima es cuando se siente triste, cuando está mal, cuando no la escuchan ni la ven por varios días, sintiendo que todos sus sentimientos se le acumulan y porque se siente tonta. Asimismo, relata que en una ocasión le dijeron que estaba loca, y como efecto de estas palabras, no pudo parar de rascarse y el resultado fue una herida en su pierna. Desde el primer contacto fue posible detectar su necesidad de poner en palabras aquello que siente, así como la forma en la que se vive en determinados contextos, en casa, en su escuela, con sus amigos, en soledad. Su decir se desborda si no se le acoge con preguntas o puntualizaciones sobre algo que dijo.

Desde el inicio compartió algo que ella nombró ser de orden muy íntimo, ya que por lo general no lo comparte con nadie, excepto con personas a quienes considera sus verdaderos amigos “*decir*

quién me gusta es algo que puede saber cualquiera, que quiero estudiar mecánica automotriz y que me gustan los coches... pero hay cosas más íntimas como que uso un trapo desde pequeña para todo, cuando lloro me seco las lágrimas con él o si hace calor me echo aire o limpio la mesa, una repisa y duermo con él, odio que mi mamá lo lave o que me diga que de plano lo tire o que me pida que yo lo lave, eso me da pena contarle, no lo sabe todo el mundo”.

En relación con estas palabras, se pensaría que hay cosas de su persona a las que no todos tendrían acceso, a menos que ella decida lo contrario. Sin embargo, Ben suele confiar en las personas. El tema que satura su decir se relaciona, entre otras cosas, con la dificultad de encontrar a alguien que no la deje, alguien que no se olvide de ella “—todos me olvidan—”; “—quiero que recuerden que estoy aquí”; “—mi papá se olvida de nosotras porque prefiere estar en su iPad o con sus amigos”; “—mi mamá no entiende que ser joven no es fácil, que tengo que lidiar con el olvido en la escuela y en mi casa, que tengo tareas y que la necesito”; “—No quiero que me olviden, pero sí quiero que se olviden de mi cumpleaños, porque si ya lo olvidaron una vez, qué sentido tiene que ahora lo recuerden”. Otro recuerdo que relata referente al olvido, entre lágrimas y enojo es: “seguido se les olvidaba pasar por mí a la guardería, una vez que se iban a la playa, se salieron sin mí y al poco rato reaccionaban ¡y la niña! y se regresaban por mí, ¡cómo rayos vas a olvidar a tu hijo!” Además, asevera que esto se volvió una anécdota chistosa para contar en reuniones familiares —principalmente por la madre— cosa que a ella no le parece nada chistosa: “no le veo como el chiste a que me olviden”. En un par de ocasiones con un halo de angustia aseveró no saber quién es “no sé quién soy”, “no sé si existo o no”. Frases que remiten a la pregunta por la identidad.

Sobre la relación con sus pares

Ben asegura “tener algo” que produce formas singulares de lazo con otras personas: “mi manera de hacer amigas no es tan exitosa como los demás”; “mis amigos se me van”. Afirma que por lo general

la rechazan o solo la buscan por conveniencia. Y supone que los demás creen que está loca; sin embargo, refiere que hay locuras bonitas: *“no todo mundo tiene la locura que yo tengo”* piensa que verse hablando sola frente al espejo: *“—tengo que estar viéndome y escuchándome—”*, salir corriendo descalza al área de juegos de su fraccionamiento, así como hablar con su perro y contarle lo que le pasa mientras lo abraza, es parte de esta locura bonita. Pero asegura: *“yo no muestro todo lo que soy, si de por si me ven raro, si me muestro como soy me verán aún más rara”*; *“siempre en un salón de clases están las raras, las excluidas que intentan juntarse, pero no pueden”*.

Sobre sus heridas

Hablar sobre las cicatrices que se ha ocasionado en sus brazos, manos, piernas y rostro, no parece provocarle alguna forma de incomodidad, la primera vez que habló del asunto en sesión, fue cuando relató la reacción de la persona a quien se lo dijo por primera vez: *“yo jamás le había dicho que me lastimaba y pues un día le dije: ‘oye fíjate que me lastimo’ y pues como cualquier persona que tú quieres mucho y que ella te diga que se lastima te va pues a lastimar, como a caer mal, y pues a ella le cayó mal y se enojó conmigo, me dijo que estaba loca, yo creo que le afectó un poquito”*

A su vez, refiere que una de las razones por las que se lastima es cuando nadie la escucha y nadie la ve por varios días: *“yo digo que cuando uno se siente mal pues lo que quieres es contarle, porque contándolo te sientes mejor, pero cuando nadie te escucha, todo el enojo y toda la tristeza está en ti y no puedes liberarla”*. Se ha dado cuenta que a partir de que llega triste a su salón de clases (debido a que una noche antes lloró mucho o discutió con su madre), alguien se interesa por saber cómo está, *“si me ven mal, me van a preguntar ¿qué tienes? Y pues ya voy a poder contarles y sé que les va a importar y si no me ven mal, nadie va a preguntar qué tengo y no voy a poder contar a nadie”*. En general, piensa *“que alguien que se lastima es porque intenta sacar su dolor por medio de las heridas, porque nadie más ha escuchado sus problemas ni nada”*.

Además, cuando ve que alguien se lastima hace alusión a que esta persona entonces la va a entender mejor *“al saber físicamente lo que duelen, saber cómo es físicamente va a entenderme mejor, entonces si ya llegaste con otra herida ella ya va a entender lo que yo hice porque ya sabe cómo es, ya va a entenderme”*. Por el contrario, la mayoría de las personas a quienes les ha confiado su secreto se alejan de ella, acto del que ella se asume como culpable *“pues yo le dije lo que hacía [...] él me dijo que iba a apoyarme entonces yo creía que tenía su apoyo y empecé a contarle lo que me hacían en la escuela y le empecé a contar mis problemas familiares, empecé a contarle todo a él porque dijo que iba a apoyarme y entonces creo que se enfadó de eso y ya no quiso escuchar”, “intento ya no sacar el tema porque se pierden las amistades”*.

Sobre los cambios en su cuerpo

Respecto a los cambios que se encuentra experimentando, menciona que siente mucho miedo; miedo a que de un día para otro le crezcan más los pechos o de que cuando ande en sus días se manche y no se dé cuenta y los demás la vean. Es decir, el factor sorpresa es algo que le inquieta por el hecho de no tener el control sobre estos cambios. Además, de saberse vista, especialmente por pares varones, es algo que le provoca incomodidad, inclusive más que el hecho de que su cuerpo este cambiando drásticamente. En especial, porque se enteró de una lista que sus compañeros de grupo realizaron, en donde clasificaron a las compañeras en base al nivel de crecimiento de sus pechos. El asunto de que estén siendo constantemente comparadas la hace sentir mal y al mismo tiempo le evoca una forma de disgusto, una especie de desagrado.

De manera que este miedo al que hizo alusión en un inicio quizá responda más a la mirada clasificadora que sus compañeros le dirigen, aunado a que dichos cambios la han hecho sentir menos libre para moverse como antes solía hacer: *“no me gusta que me hayan crecido los pechos porque no sé si se ha dado cuenta que a mí me gusta mucho brincar, y ahora cuando lo hago pues se me mueve*

todo y es así de ¡no te muevas!, y luego cuando estoy en mis días me siento sucia y es algo que me incomoda mucho”.

Su postura respecto a que otros clasifiquen, comparen y hablen de su cuerpo y el de sus compañeras es de enojo e incluso defiende el hecho de que cada uno puede hacer con su cuerpo lo que mejor le parezca.

Cuando la han cuestionado sobre los motivos por los que se lastima, ella responde: *“yo les digo, es mi cuerpo no el tuyo, es mi problema, no el tuyo, les digo así, y dicen ‘uyyy perdón’ pero sinceramente, es mío no de ellos o luego pues yo nunca me he depilado y en deportes me dicen ¡ay estas bien peluda! Yo respondo, es mi cuerpo no el tuyo y se enfadan conmigo porque les contesto así”.*

Acerca de la relación con su madre

La relación con su madre está marcada por encuentros y desencuentros, es una relación ambivalente, donde las palabras que su madre le dirige le han ocasionado derrumbes subjetivos difíciles de manejar; es decir, *en sus continuas discusiones esta le dice: “eres una estúpida, cállate o te rompo el hocico”; “tu no necesitas una psicóloga, tú lo que necesitas son unos golpes”.*

La madre también llegó a realizarse heridas en su época adolescente, por situaciones muy similares por las que su hija lo hace. Ben afirma que *“A ella también la molestaban”, “ella también tuvo mucho estrés”, “por una parte me entiende, pero por la otra no entiende que me lastimé, pero me dice ¡ay yo sufrí más que tú, tú no aguantas nada! Y con eso me estresa más y me pone más triste y me hace pensar que no soy fuerte, que soy débil”.* Sin embargo, al mismo tiempo cuestiona el “sufrimiento” que su madre vivió *“se hace la que mucho sufrió y que sus papás nunca la escucharon, pero mis abuelitos son bien buena gente, no le veo la lógica a lo que me está diciendo ella, a lo que*

me dicen mis abuelitos”. Las frases que más se repitieron cuando habló sobre la relación con su madre fueran aquellas que hacen alusión a la falta y a la diferencia: *“perdóname, mamá, pero tú tampoco eres perfecta”*, *“yo no soy como tú”*, *“le molesta que no sea como ella”*. Esto ante las constantes comparaciones que su madre hace entre ambas.

Ben se pregunta por qué no puede ser la hija, la amiga, la compañera, la nieta y la hermana que esperan que sea, sentimiento surgido de sus vivencias con los otros, con los que lejos de encontrarse se desencuentra una y otra vez. Con esos otros que parecen olvidarse de ella todo el tiempo.

Sobre la relación con su padre

Ben se refiere a su padre como aquel que paga las colegiaturas de su escuela, es decir, como un mero proveedor de dinero, de suministros, más no hace referencia a él como un proveedor de atenciones, de cuidados y de tiempo. Hay un marcado reproche y una molestia resignada en cuanto al tiempo que le dedica: *“mi papá me da a entender que no está contento con su familia porque se la pasa con sus amigos en el billar, también con los vecinos, cuando llega de trabajar se va con ellos y ya después entra a vernos”*.

Con respecto al papel que su papá juega en la relación que ella mantiene con su madre argumenta: *“él a veces me defiende, a veces también me grita o a veces solo se queda en su Ipad, como si nada estuviera pasando, ¡se la pasa en Facebook!, hasta cuando come, he visto que hasta la mete al baño y es algo que a veces me estresa, es como de... ¡papá ya deja el Ipad!”*. La mayoría de las veces Ben habló de su padre entre sollozos y fue el tema que menos se acompañó de palabras.

4.2 Análisis

Los encuentros con Ben fueron posibles gracias a que mostró sus cicatrices, las puso a la vista de los otros, hecho que nos lleva a pensar en lo que señala Pieck (2007) cuando habla de la anorexia, la bulimia y las autolesiones como enfermedades en donde el sujeto formula una demanda que intenta hacer oír, frente a una falta de reconocimiento de su deseo, demanda que no encuentra otra manera de expresarse y que lo llevan –en algunos casos– a poner en peligro la vida para encontrar un lugar en el reconocimiento del Otro. Siguiendo a Pieck (2007) el sujeto está enfermo por el no reconocimiento de su deseo.

Cuando hablamos de deseo podemos hacer alusión a la subjetivación en la adolescencia, a la forma en que el adolescente se encuentra escribiendo su paso por este tiempo subjetivo, por este tiempo en donde hay escritura en su subjetividad. Es a partir del descubrimiento de su particularidad y la singularidad de su deseo, donde serán importantes las identificaciones que tome así como los significantes que asuma del campo del Otro, mismos que se encontrarán vaciados de sentido, puesto que la subjetivación, tiene que ver con cómo el adolescente se escribe, tomando distancia de los ideales paternos, escapando incluso de las redes que lo atrapan, pues en algunos casos tales ideales pueden representar justo eso: redes, de las que es preciso escabullirse, pues la subjetividad, como lo precisa Lerner (2008) es la posibilidad que tiene el sujeto de *crear al otro, al mundo, y a sí mismo*.

Para el análisis específico del caso Ben, se establecieron tres posibles lecturas de la manera en que subjetivamente pueden estar operando las lesiones autoinfligidas: sufrimiento, lazo social y olvido.

Sufrimiento

Las marcas en el cuerpo de esta joven nos hablan de cómo no es posible hablar de ningún proceso psíquico que no se dé en una materialidad corporal. Freud en su texto “El malestar en la cultura” (1930), nos advierte que:

[...] desde tres lados amenaza el sufrimiento; desde el cuerpo propio, que, destinado a la ruina y la disolución, no puede prescindir del dolor y la angustia como señales de alarma; desde el mundo exterior, que puede abatir sus furias sobre nosotros con fuerza hiperpotentes, despiadadas, destructoras; por fin, desde los vínculos con otros seres humanos. Al parecer que vienen de esta fuente lo sentimos tal vez más doloroso que a cualquier otro (p.187).

Las operaciones que se supone que el adolescente realiza durante la adolescencia, involucran estas tres fuentes freudianas del sufrimiento, el/la adolescente se enfrenta con el reconocimiento de importantes pérdidas que lo/la obligan a un minucioso trabajo de duelo; de hecho, la palabra sufrimiento suele ser la experiencia de un sujeto que está enfrentado a una pérdida, al rechazo, a la decepción que le impone un otro investido. De acuerdo con Aulagnier (1982) representa un riesgo para la psique, pues ante el exceso de sufrimiento, pueden desapegarse de aquello que lo causa, es decir, el adolescente ante el sufrimiento empobrece sus relaciones, de ahí que hagan alusión a esta palabra para hablar o describir lo que les sucede. Como lo precisa Hornstein, (2011) del desamparo inicial al desamparo puberal, la historia del sujeto es una sucesiva serie de heridas narcisistas que ponen permanentemente a prueba la capacidad de recomposición del yo. Es decir, hay un desprendimiento de todo aquello que los constituyó: duelo por el cuerpo infantil, duelo por la pérdida de la imagen idealizada de los padres (imagen del niño ideal), por el dolor de dejar atrás la infancia y la relación de dependencia de los padres. Duelos que se vuelven testimonio del desamparo radical con el que el sujeto viene al mundo, por lo que, en muchas acciones se observa una mezcla de

omnipotencia, sufrimiento y desvalimiento exacerbados, pues buena parte del trabajo se relaciona con una serie de desprendimientos y búsquedas. De acuerdo a Hornstein (2011), para salir de un trabajo de duelo debe haber un proceso de elaboración y de simbolización no repetitiva que implica la reorganización narcisista y la reformulación del proceso identificatorio –del yo, del superyó y del ideal del yo– hecho que trae como consecuencia una nueva elección de objetos que no es un mero desplazamiento de las figuras paternas (p.951), es un proceso de construcción-deconstrucción, donde la búsqueda de nuevas identificaciones marcha junto con el desamparo o el duelo de las identificaciones previas y la reorganización que todo esto supone, pues actualiza (vuelve a trazar), una oscilación de las identificaciones primeras.

La mayoría de las operaciones de las que hablamos incluyen al cuerpo como tema central; por un lado, la articulación del empuje pulsional, la búsqueda de objeto sexual, son acciones en las que está involucrado el cuerpo de forma directa; y por otro, sabemos que desde el psicoanálisis la relación con el cuerpo propio es inseparable de la relación con los otros.

Lazo social

Retomando lo que señala Aulagnier (1982) respecto a que ante el exceso de sufrimiento el sujeto empobrece sus relaciones –lo cual representa un riesgo para la psique, pues, pueden desapegarse de aquello que lo causa– observamos en Ben acciones encaminadas a generar lazo con los otros, justo para poder elaborar este proceso de construcción-deconstrucción que implica una reorganización narcisista; sin embargo, estas acciones nos hacen pensar en lo que Lacan sintetiza al hablar de la dependencia estructural del cuerpo al lenguaje, afirmando que el cuerpo es el lugar del Otro que anticipa a la criatura humana desde antes de nacer, lo libidiniza y lo enuncia, vuelve posible que el infans se reconozca a sí mismo como yo, en otras palabras, le construye al otro su unidad.

Algo importante que es preciso subrayar, es que a veces la madre no discrimina lo suficiente del yo de ese bebé que va surgiendo y, en vez de construir límites del yo, construye un yo poroso (p.153) y al no ser así, *el sentimiento de sí* que consiste en la capacidad del sujeto de sentirse uno mismo se ve afectado, pues es un aspecto que remite a lo propio, aquello en lo cual el sujeto se reconoce independientemente del contexto y las circunstancias, lo que genera se sienta *vacío*, que desconozca qué quiere, que puede hacer tanto esto como aquello, por lo que es común que su vida pueda transformarse en el *dolor de existir*. Se le vuelve difícil el *re-transcribir* el ordenamiento de sus significantes primeros o, en otras palabras, de sus fundamentos en tanto sujeto.

Con esta segunda oleada de la sexualidad, como Freud (1905) la nombra, se concluye el arduo proceso de asumir la sexuación, es decir, *subjetivar la castración* que lleva implícito aceptar la medida fálica del goce, para que de ahí lo que se autorice sea la circulación del deseo, condición ineludible de la subjetividad. Las transformaciones a nivel corporal que Ben se encuentra experimentando –recordemos que tiene apenas 13 años– van fluctuando y, a través del espejo en el que se refleja, busca ratificar la mirada y la palabra del Otro. En la particularidad de este caso, lo que gana terreno son las acciones constantes *de-mostración* (dar a ver). En ella no se presentan fenómenos del tipo del velo del pudor, o la esporádica timidez, o el sentimiento de lo espeluznante que es *contar* a sus compañeros/as que se realiza heridas en su cuerpo, da y muestra cosas de lo privado que nos hace pensar en la experimentación de cierto goce en *dar a ver* algo que sabe que genera rechazo y paradójicamente a partir de ello busca algo que le permita crear lazos con el otro, –Lerner (2008) señala que el sujeto en la adolescencia necesita la reconformación especular de su tribu, cambiar de tribu significa el encuentro con otros ajenos que necesariamente imponen un gasto psíquico “*pues yo le dije lo que hacía [...] él me dijo que iba a apoyarme entonces yo creía que tenía su apoyo y empecé a contarle lo que me hacían en la escuela y le empecé a contar mis problemas familiares, empecé a*

contarle todo a él porque dijo que iba a apoyarme y entonces creo que se enfadó de eso y ya no quiso escuchar”, “intento ya no sacar el tema porque se pierden las amistades”. Contrario a lo que espera, cada que le cuenta a alguien lo que le pasa se repiten los mismos desencuentros –*se pierden las amistades*–. Lo que busca es sostener una conversación; sin embargo, lo único que se sostiene es que *no cuenta, que no debe contar*. Incluso pasa lo mismo con las chicas que como ella también se realizan heridas, a quienes también les ha contado y de las que tiene la idea que serán capaces de entenderla, pues *“al saber físicamente lo que duelen, saber cómo es físicamente van a entenderme mejor, entonces si ya llegaste con otra herida ella ya va a entender lo que yo hice porque ya sabe cómo es, ya va a entenderme”*.

En el colegio con sus pares se encuentra como relegada, apartada y por lo regular callada, en varias ocasiones habló de sentirse más cómoda con los varones, pues la hacen reír, en cambio las mujeres la hacen llorar, pues *“son más chismosas”* a lo que remite la palabra *chismosas* es al hecho de contar cosas, las mujeres cuentan todo, *ellas sí cuentan*, ellas si son tomadas en cuenta y en cambio en ella se observa que *inscribir* el falo como falta, viene a ser una dificultad que disminuye la posibilidad de invención de cómo ser mujer, su cuerpo queda fuera del circuito del deseo y tal vez dentro de los vórtices del goce.

Es notable lo poco que se siente vista y escuchada por los otros, tan es así que en ella misma aparece como imperativo o como una necesidad el tener que *verse y escucharse* continuamente frente al espejo *“tengo que estar viéndome y escuchándome”*, para dar consistencia a su imagen. Su frase, si la leemos entre líneas tomando en cuenta sus continuas acciones de *de-mostración*, se acompaña de un *tengo que ser vista y escuchada por los otros a toda costa*, incluso a costa de sus heridas, a costa de que se pierdan las amistades, se vayan, a costa de dejar marcas de esa acción en el cuerpo. Este *sufrimiento ante la ausencia de la mirada del Otro*, nos lleva a considerar algo de suma

importancia si nos circunscribimos a la formulación lacaniana del estadio especular, la cual señala que, por más que la ilusión alienante (identificación especular) aliente o genere una impresión de triunfo, de júbilo, de dominio, también “transmite eco de muerte, vuelve presente la desolación original, sin ella, el ser, este ser que le sonríe a su imagen o que sonríe con su imagen, sencillamente no es nada” (Heinrich, 2016, p. 7). Es la imagen del Otro la que permite, la que arroja el lazo, para que este animal humano sepa que es cuerpo y se pueda aprender como cuerpo; entonces, *el tengo que estar viéndome y escuchándome*, también se puede leer como un *tienen que estar viéndome y escuchándome para ser*, para sentir que soy un cuerpo. En este sentido, vemos una fragilidad en la constitución imaginaria, lo cual dificulta la relación con los otros. Existe una vinculación entre esa imagen que cae, que no se sostiene y que no encuentra sostén en la mirada del otro; de ahí que se recurra a la acción de autolesionarse para sostener a ese cuerpo desfalleciente, experimentando un dolor en lo real para crear una dimensión del yo independiente de la imagen fragmentada que recibe de los demás.

Desde la perspectiva psicoanalítica sabemos que el sujeto no es un conjunto de necesidades primordiales sino fundamentalmente deseo de ser deseado. Es, retomando a Lacan (1959) “deseo del Otro”. Donde deseo del Otro no indica deseo de alguna cosa en sí, ni de cosas, sino deseo de deseo, deseo de ser lo que puede faltarle al Otro, lo que puede cavar una falta en el Otro (Recalcati, 2011). Esto se relaciona con la entrada al campo del Otro, el cual le da una atribución fálica, en ese sentido, el niño “es falo como significante de la falta en el Otro si en el Otro hay una falta que el niño puede identificar” (Amigo, 2018), pues cuando el sujeto viene al mundo lo esperable es que su presencia en él sea porque a alguien le hace falta, siendo así, este se vuelve equivalente al falo faltante de la madre. Ante la carencia de la mirada del Otro, carente de la imagen que la constituya se vuelve casi imposible la *re-aseveración* de su yo. Como vimos, el Yo es el producto del desconocimiento e indica el sitio

donde el sujeto emerge desde una alienación de sí, formalizándose el lugar en lo imaginario e imprimiendo el registro en el campo del sentido. Al hablar de la mirada es inevitable no evocar lo que nombraremos como un juego de espejos con el otro, en donde nos miramos y nos reconocemos amablemente mientras la imagen va fluctuando, buscando a su vez la ratificación de la mirada y la palabra de este otro, las acciones de Ben parecen dar cuenta de que algo falla en el momento de la devolución de la imagen en el espejo, pues vemos que hay una fragilidad en la constitución imaginaria, como bien lo señala Flesler (2011) alguien puede no percibirse en esa imagen, no ver esa imagen en el espejo, pues lo que en algún momento todo sujeto va a percibir comienza en un tiempo de anticipación con una distorsión perceptiva, lo cual fue nombrado por Lacan (1946) como “deseo de la madre”. Esto implicaría a su vez un quiebre en lo que la misma autora nombra como el primer tiempo de la constitución del narcisismo, llamado como el tiempo de la anticipación, es decir, el Otro anticipa al sujeto, en este sentido, lo que vuelve posible que alguien se perciba se relaciona con el hecho de que la madre sea capaz de anticipar un cuerpo separado del suyo, anudando lo real e imaginario a lo simbólico: “el cuerpo de la hija depende de que el deseo de la madre funcione como operación” (Flesler, 2011).

Como hemos dicho, en primera instancia, el estadio del espejo inicia una dimensión simbólica sostenida por el otro adulto que acompaña al *infans*, mismo que inmediatamente después de haber asumido jubilosamente su imagen como propia, “vuelve la cabeza hacia este adulto, quien representa al gran Otro, como si le pidiera que ratificara esa imagen” (Lacan, 1962, p.). A partir del estadio del espejo, con el reconocimiento de su imagen, el sujeto anticipa su unidad, iniciándose una dimensión erótica, libidinal, con esa imagen que lo regocija, en tanto encuentra en ella todo lo que a él le falta, especialmente el dominio sobre el cuerpo propio, constituyendo el *yo ideal*. En este caso, el niño en los brazos del adulto, está confrontado expresamente a su imagen, de manera que la mirada

confirmatoria que éste reciba, resulta de una importancia fundante ya que, como lo precisa Lacan (año), a partir de esta acción, el auténtico yo surgirá, *ese yo, no especular*, y esta vez será amado a pesar de todo, a pesar de que no sea la perfección (*yo ideal*) pues esa mirada autentifica la diferencia entre cuál es él y cuál la imagen especular. Es decir, el Otro con su mirada le da al *infans* la confirmación de su existencia real, y, en ese mismo acto, de un golpe, por la introyección simbólica de un rasgo, dejará establecido que amará al yo auténtico e imperfecto, de lo que se trata pues con esta mirada de asentimiento es, en última instancia, *de un signo de amor*. Como lo señala Heinrich (2016), es como si se introdujera esta pregunta: ¿me amas a mí a pesar de mis imperfecciones, o prefieres al *yo ideal*, ideal de perfección, que está en el espejo? (p.86).

En segunda instancia, lo que permite que no se desarme la imagen del sujeto es que ese Otro que sostuvo con la mirada su imagen, busque al falo más allá del niño; es decir, que en la madre se juegue la incompletud, que no sienta que ese niño es parte de ella para que lo pueda sustituir.

Lo que falla en el momento de la devolución de esa mirada en Ben, complica que tenga una imagen de sí suficientemente sólida como para no tener que preguntarle más tarde a algún otro *del amor* todo el tiempo, *si vale algo o no* en el territorio narcisista, es decir, no puede prescindir de la aprobación continua del Otro.

Por lo tanto, se le vuelve necesario introducir la imagen de su cuerpo por delante para buscar la confirmación que le ratifique esa imagen, esa *eres tú*, “*si me ven mal, me van a preguntar ¿qué tienes? Y pues ya voy a poder contarles y sé que les va a importar y si no me ven mal, nadie va a preguntar qué tengo y no voy a poder contar a nadie*”. Pero, sobre todo, que le de consistencia imaginara a ese cuerpo que parece que no se sostiene. Esto representa una manera frágil de construir su yo ante el temor a la *fragmentación yoica*, porque la obliga a *mostrarse mal* de manera continua, pues parece decir, *si no me ven mal, sencillamente no me ven*.

Verse mal ha hecho que sus pares la crean loca, en una ocasión relató que cuando le dijeron que estaba loca, como efecto de estas palabras, no pudo parar de rascarse y el resultado fue una herida en su pierna. Estas palabras ocasionaron una respuesta a nivel corporal que de nuevo nos remite a decir que la relación con el cuerpo propio es inseparable de la relación con los otros, contrario al quiebre subjetivo que se pensaría le ocasionarían estas palabras, a manera de defensa, su respuesta fue que *hay locuras bonitas*, “*no todo mundo tiene la locura que yo tengo*” verse hablando sola frente al espejo, “*tengo que estar viéndome y escuchándome*”, correr descalza (*como loca*) por toda el área de juegos de su fraccionamiento así como hablar con su perro y contarle lo que le pasa mientras lo abraza, es parte de esta *locura bonita*. Hecho que nos lleva a una puntualización elaborada por Hornstein (2011) en la que señala que el *yo* tiene como referencia su propia historia, pero también las *miradas ajenas*: articulando su propio reconocimiento y el que le brindan los otros (p. 39), siendo las imágenes que “devuelve” el otro acerca de *quién es yo* las que logran (algunas veces, no siempre) hacer menos angustiante la interrogación. Sin embargo, la duda sigue presente, y en tanto siga presente, hay que lograr el reconocimiento, ya sea mediante el asentimiento (*ser como los demás, ser uno más*), o mediante la diferencia (*ser distinto y hacer que los demás valoren esa diferencia*). Ser como los/las demás simboliza una garantía de aceptación social. Sin embargo, Ben *no es* como los/las demás. Ella misma lo articula, asegurando “*tener algo*” que produce formas singulares de lazo con otras personas: “*mi manera de hacer amigas no es tan exitosa como los demás*”, de ahí que busque el reconocimiento en la diferencia, “*apartarse de la manada les sirve para afirmarse y construir su identidad*” (Hornstein, 2011, p. 39). La postura de Ben es de alguien inquieta por su subjetividad, inquieta por la reestructuración de su subjetividad, no restringida a los mandatos parentales, inmersa en una avalancha de significantes provenientes del otro que la atraviesan y que por momentos la atrapan, haciéndola hablar desde su cuerpo. En ella encontramos certezas inamovibles sobre *quién es*

yo y cómo es yo: “yo estoy fea y está bien”, “tengo un carácter fuerte, enojona y negativa como mi papá”, “yo les digo que ya no hay autoestima que destruir”, sin embargo, a veces es ella quien atrapa estas certezas convirtiéndolas en afirmaciones que la colocan como alguien diferente, con características distintas, donde su mirada y su voz cobran peso, tanto, que se le llega a escuchar y a ver sin restricciones; es decir, con inquietud de sí, “no todo mundo tiene la locura que yo tengo”, pues el mundo, la lo-cura que ella tiene es verse y escucharse “tengo que estar viéndome y escuchándome”.

Olvido

Su temor para olvidar, que se anuda con esta necesidad de ser vista, es un temor fundado en una herida relativamente vieja, pues aquello que el ser humano ha experimentado a lo largo de su vida y especialmente durante la infancia, deja sus huellas, sus marcas, y la infinidad de combinaciones posibles de deseos que pugnan por su realización. A partir de esto que deja una huella indeleble se le plantean a los sujetos y a la cultura propuestas novedosas. Freud en su texto “El malestar en la cultura (1930) resalta:

Desde que hemos superado el error de creer que el olvido, habitual en nosotros, implica una destrucción de huella mnémica, vale decir, su aniquilamiento, nos inclinamos a suponer lo opuesto, a saber, que en la vida anímica no puede sepultarse nada de lo que una vez se formó, que todo se conserva de algún modo y puede ser traído a la luz de nuevo en circunstancias apropiadas (p.203).

A partir de la entrada a la pubertad y adolescencia lo que vemos son *reactualizaciones*, donde las exigencias propias de crecer que a su vez remiten al abandono de toda condición de protección e influjo externo (Quiroz, Gamboa, Orozco,2012), los colocan en medio de una *fragilidad narcísica* manifestada a través de respuestas que incurren en pruebas o duelos con otro para la demostración de ciertos atributos, acciones que los pone en peligro, igual que el exceso en el consumo de sustancias,

drogas, alcohol, fármacos. Lauru (2005) lo señala “desde las carencias del narcisismo hasta el acto no hay más que un paso” (p.98). En el caso que nos ocupa, se observan los diferentes tipos de acciones a las que Ben se ha arrojado, en primera instancia, mostrándose constantemente al otro para conseguir una reorganización narcisista, donde sea diferente, pues se muestra diferente de lo que los demás son, pero lo que hay detrás de esta reorganización, son intentos de diferenciarse de la madre para poner en marcha la reformulación del proceso identificadorio.

Lo que experimentó en su infancia, lo relata entre lágrimas y enojo: “*seguido se les olvidaba pasar por mí a la guardería, una vez que se iban a la playa, se salieron sin mí y al poco rato reaccionaban ¡y la niña! y se regresaban por mí, ¡cómo rayos vas a olvidar a tu hijo!*”, además asevera que esto se volvió una anécdota chistosa para contar en reuniones familiares (principalmente por la madre) situación que a ella no le parece nada chistosa “*no le veo como el chiste a que me olviden*”. Olvidada en casa cuando apenas era una niña por sus padres, por esos seres que debieron, siguiendo a Freud (1938), protegerla de los peligros del mundo exterior, nos lleva a señalar otra puntualización más del padre del psicoanálisis respecto a que las condiciones de la infancia despertadas en la pubertad, luego del periodo de latencia, serán las que facilitarán o en este caso obstaculizarán el camino hacia la feminidad en las mujeres. “*Todos me olvidan*” es la frase con la que Ben inauguró sus sesiones, manifestando el deseo de asegurarse de esa mirada del otro, “*quiero que recuerden que estoy aquí*”; “*mi papá se olvida de nosotras porque prefiere estar en su iPad o con sus amigos*” “*mi mamá no entiende que ser joven no es fácil, que tengo que lidiar con el olvido en la escuela y en mi casa, que tengo tareas, y que la necesito*”. Todo esto habla de una herida narcisista ante un incipiente ordenamiento imaginario, en donde la mirada del otro semejante, lejos de reaseverar su Yo, ha herido su imagen, provocando un rasguño en lo imaginario el cual intenta subsanar rudimentariamente. En otras palabras, la imagen especular en la que se sostenía su narcisismo

presenta una fisura. La joven se lastima a partir de que otros la lastiman y esas heridas hacen camuflaje del sufrimiento que representa el no sentirse vista y escuchada. Kancyper (2013), quien estudia las relaciones entre el resentimiento, la temporalidad y el proceso de duelo, señala que el sujeto rencoroso (resentido y remordido), es un mnemorista implacable, pues se encuentra poseído por reminiscencias vindicativas, el cual no puede perdonar, ni perdonarse. La herida narcisista reactualizada en Ben habla de una *memoria del rencor* que reinstala la pulsión de muerte mediante la compulsión repetitiva y hasta insaciable de un poder vengativo contra quienes han perturbado la ilusión de perfección infantil, pues en lugar de ser ese “his majesty the baby”, hubo un “the baby” fácilmente olvidada, lo cual pone en cuestión su valencia narcisista que la obliga a preguntarle todo el tiempo al Otro qué es para él.

El dolor de los/las adolescentes que se autolesionan va mucho más allá del dolor físico, rememora en su acción un intenso sufrimiento. En otras palabras, el dolor que provoca la herida abre la memoria histórica del sujeto, abre las heridas del sufrimiento subjetivo, como si la subjetividad palpitara una y otra vez, se sacudiera, en función de ese dolor físico. El dolor subjetivo que no se dice ni externa, aquel que no es traducido simbólicamente se libera con cada herida producida, con cada trazo realizado: *“yo creo que alguien que se lastima es porque intenta sacar su dolor por medio de las heridas, porque nadie más ha escuchado sus problemas ni nada”*. En algunos casos la idea de hacerse más fuerte por medio del dolor no resulta ajena a bastantes adolescentes que lastiman sus cuerpos, como una especie de renacimiento a partir de aquello que duele una y otra vez. La idea de debilidad (de ser alguien débil) que introyecta Ben viene de afuera, propiamente, de su madre: *“ella viene a presumirme que sufrió más, como de que yo sufrí más y tú no aguantas nada, algo así me intenta decir, creo que intenta decir que soy débil”*: el dolor de las lesiones que se realiza, los trazos profundos en sus manos, piernas y rostro son la prueba de cuanto dolor es capaz de aguantar, un dolor

profundo, más profundo que el de la madre, que se le reitera cada vez que se lo produce. Recordemos que la *ligazón* entre *madre-hija* es una ligazón que está en la base de la subjetividad femenina. La frase dicha por la joven cuando hace referencia a sus heridas “*yo no me corto , yo me lastimo*”, parece expresar algo muy importante, sobre todo si la leemos a la letra, y si además la pensamos planteando la relación que hasta ahora mantiene con su madre, o mejor dicho, con la representación que se ha formado de ella, una madre con quien está en constante conflicto; sin embargo, la forma tan apasionada con que describe cada pelea, cada palabra hiriente que se dirigen, cada acción, cada regaño, podrían hablarnos de dos posibles situaciones: una en donde aparece el conflicto como medio único para no separarse de ella; es decir, las peleas, los encuentros y desencuentros se leerían como la posibilidad de mantener un vínculo muy estrecho entre ambas. El conflicto como la posibilidad de unión, sobre todo, ante el recelo y el miedo que se escucha porque su hermana menor le arrebató el amor de esa madre tan preciada. Y la otra, como efectivamente intentos de separarse de ella. Pieck (2007) señala que en este tipo de síntomas (autolesiones) se pone de relieve la relación que las adolescentes tienen con la madre, puesto que es la madre quien da (ofrece) el universo simbólico a la hija o al hijo, en primer lugar, mediante los procesos de apuntalamiento en las funciones vitales y después a través del lenguaje. Además, como bien lo señala Freud (1905) la madre no solo nutre, también cuida, y provoca sensaciones corporales tanto placenteras como displacenteras (p. 188). En este punto se juega lo que Morel (2012) señala respecto a que aún *infans*¹, el sujeto está confrontado al goce de la madre, es decir, la primera verdad de goce del sujeto es la de haber sido objeto en el deseo de la madre. Como un intento de desciframiento, parecería que Ben “*se lástima porque no se corta de la madre*”, porque continúa adherida a ella. Si recordamos, Freud habla de la pubertad como una etapa en donde tiene lugar la reedición del complejo de Edipo; en este sentido, cabe preguntarnos

¹ *Infans* es la raíz latina, tanto para el francés *enfant*, como para el español *infante* donde se indica a aquel que aún no accede al habla.

por las vías y formas de resolución del mismo, sobre todo si pensamos en la constitución del Edipo femenino y sus complejidades, puesto que ciertas frases dan cuenta de un conflicto en lo referente al amor ambivalente, o quizá también se vuelve importante pensar en qué tanto la madre se encuentra impidiendo que se efectúe el corte y cómo impide que el corte no se efectúe no llamando al padre para que venga a efectuarlo. No olvidemos que a partir de que el padre articula el deseo con la ley, mediante la castración de la madre, el sujeto queda liberado de la sujeción de los caprichos del deseo de ella; en otras palabras, metaforiza el deseo materno. Hasta este momento, parece haber un impedimento para que una separación con la hija se efectúe, una separación que le permitirá a esta última inscribirse en el orden de la cultura virando hacia otro lugar que no se limite a ella, a un lugar donde su deseo no la sofoque. Kristeva (1980) considera la relación madre-hija(o) como una arena resbaladiza marcada por el conflicto, por un lado, el hijo/a está llamado a separarse de la madre y, por otro, la madre está llamada a impedírselo, por el hecho de que ella está impedida de llamarse a sí misma fuera de la existencia que le autentifica el/la hija/o.

Se puede deducir que, ante los intentos por separarse de la madre, lo único que ha podido encontrar Ben es lastimarse –es decir que, pese a todo, subsista un dominio propio: marcarse la piel para sentirse propietaria de algo, en este caso de la imagen de su cuerpo ya que no lo es de sus palabras. En algunas de las peleas Ben relata que la madre le grita “*cállate, o te rompo el hocico*”. Se le silencia y se le amenaza con un rompimiento de uno de los medios principales por donde es posible externar algo, decir algo: la boca, que será hostilmente desestimada en tanto orificio erógeno de contacto primario con la madre y de incorporación del mundo. De acuerdo con Gamboa (2005), debido a la prohibición impuesta sobre el cuerpo de la mujer (como una defensa contra el autoerotismo y el tabú del incesto), esta sufre grandes aprietos para hacerse reconocer por la instancia simbólica y “no está evidentemente conformada para ayudar el futuro sujeto a abandonar el

alojamiento natural” (Kristeva, 1980, p. 22). Por ello, la madre no encuentra ninguna razón para ser intermediaria de la singularidad de su hija o hijo, de manera que, ante los intentos de separación de la hija, la madre se torna abyecta. En este contexto, la abyección es una precondition del narcisismo, pues antes de *ser como, ‘yo’ no soy, sino que separo, rechazo, ab-yecto* (Kristeva, 1980, p. 22). Ante tal abyección, vemos en Ben fases de rebelión contra su madre, frases con las que se defiende y que nos remiten de nuevo al tema de introducir la diferencia: *“perdóname mamá, pero tú tampoco eres perfecta”*, *“mamá yo no soy como tú”*. A nivel inconsciente hubo una identificación con la madre, con relación a que también esta llegó a realizarse heridas autoinfligidas; sin embargo, Ben dice: *“se hace la que mucho sufrió y que sus papás nunca la escucharon, pero mis abuelitos son bien buena gente, no le veo la lógica a lo que me está diciendo ella con lo que me dicen mis abuelitos”*. La molestia que refleja en esta frase se relaciona con el hecho de que constantemente la madre hace comparaciones entre ambas, lo que da cuenta de que ésta proyecta en la hija su propia imagen y compite con ella, cosa que a Ben le molesta en demasía, pues como bien se señaló líneas arriba, ella es capaz de introducir en palabras y con el propio cuerpo la diferencia *“mamá yo no soy como tú”*, *“le molesta que no sea como ella”*. Sin embargo, una madre que espejea con su hija de esta forma la deja sometida a esa imagen. Siguiendo a Hornstein (2011), el niño/a ocupa lugares condicionados por el deseo materno, lugares que no propician la ruptura del vínculo, sino que lo preservan.

Algo que el mismo autor apunta, es que la identificación no es un hecho único, que ocurre una vez y para siempre, sino un proceso que prosigue en todo vínculo investido como la pareja u otras personas significativas, pues mientras haya vida, habrá proyecto identificadorio (Hornstein, 2011). El padre de Ben, absorto en su Ipad, está siempre en otra cosa, las palabras de ella son: *“con ganas de decirle, papá ya deja el Ipad”*. ¿Cómo podría este padre –que firmó el Consentimiento Informado sin hacer ninguna pregunta al respecto–, introducir la castración en la madre para la

declinación, en el imaginario de Ben de ese Otro devorador que no conoce otra ley que la de su propio apetito?

Tal como se mencionó en el primer capítulo de esta investigación, hasta aquí vemos que, a nivel subjetivo, parece que la realidad o posición de la mujer llega a constituirse a partir de ausencias y de la elaboración de estas. La mujer no sólo vive *la ausencia de un pene* en su cuerpo, también se encuentra ausente la *relación madre-hija* destinada al fracaso, y “la concepción que se tiene en torno a esta es que, no es ni una ni otra, sino nada” (Rodríguez, 2013, p. 76). Ante esta nada lo que esperan las mujeres es, en algún momento, convertirse en *algo*, esperando *ser* en todas las significaciones posibles, incluso siendo las que se marcan la piel. Cargando a costas el resultado de abandonar a su madre primer objeto de amor—y de hilar en ella una interminable hostilidad que la conduce de acuerdo con el discurso de la cultura a la antesala del sufrimiento. (Rodríguez, 2013), lo que se observa es un deseo de *ser*, de *ser amada*. Como intentos de contrarrestar eso que al parecer su situación física y psíquica le deniegan, de ahí que su elección de objeto por predilección ha de *ser narcisista*.

Diversa es la forma que presenta el desarrollo en el tipo más frecuente, y con probabilidad más puro y genuino, de la mujer. Con el desarrollo puberal [...] parece sobrevenirle un acrecentamiento del narcisismo originario. En particular, cuando el desarrollo la hace hermosa, se establece una complacencia consigo misma que la resarce de la atrofia que la sociedad le impone en materia de elección de objeto. Tales mujeres sólo se aman, en rigor, a sí mismas, con intensidad pareja al hombre que las ama. Su necesidad no se sacia amando, sino siendo amadas, y se prendan del hombre que les sacia esa necesidad (Freud, 1914/2011, p. 231).

5. CONSIDERACIONES FINALES

[...] *Una sola mirada me hace Yo;
con una mirada ajena vivo algo que sería imposible en la soledad.
Soy por la presencia de alguien que entra en mi mundo,
en mi mismedad, y descubre un ángulo extraño a mí, pero mío...
Por el prójimo existo, caigo en su gravedad, me alieno, esclava de sus
necesidades, pero resisto para que el Otro no haga añicos mi libertad.*

Teresa Herrera Guido

La adolescencia es el momento privilegiado en la búsqueda de identidades ¿quién soy? es quizá una de las preguntas más significativas que inquieta a las/los jóvenes durante este tiempo. Los conceptos con los que se apertura esta investigación, con el objetivo de abordar los avatares en la adolescencia; *duelo, crisis, o estado de inmadurez*, apuntaron a ubicar a un adolescente *activo* en el ejercicio de tejer nuevas interpretaciones y resignificaciones de su infancia, a partir de las transformaciones vividas a nivel corporal, psíquico, social y familiar. Es decir, un ser activo en cuanto a dar respuesta a la pregunta por quién es.

La palabra *des-orden*, acuñada por psicoanalistas contemporáneos, es usada para hablar de lo que caracteriza la época adolescente, y también denota una posición activa, inclusive, es colocada como una meta a alcanzar, a partir de un esfuerzo de trabajo psíquico, puesto que su realización comporta un rédito positivo en la producción de subjetividad. Aulagnier ubica la frase “Construir (se) un pasado” precisando la acción en el adolescente, en este caso, en cuanto al ejercicio de rememoración de su historia, para la creación de un punto de referencia sobre su origen, es decir, *poner en memoria y poner en historia* para lograr situarse en un lugar desde donde responder subjetivamente.

En este sentido, a partir del tejido entre investigación teórica e indagación clínica, en lo que respecta a la efectuación de lesiones autoinfligidas en la singularidad de un caso, lo que se pudo observar, fue justo la puesta en acción de un modo de subjetivación.

En primera instancia vimos cómo el espacio de escucha, el cual no habría existido si sus marcas no se hubieran dado a ver, dio pie a que Ben fuera visibilizando algo que podemos nombrar como: “su búsqueda”, una búsqueda que enlazó al dolor como una forma de evitar a toda costa que ese orificio erógeno primigenio de contacto con el otro, así como de incorporación al mundo se cerrará: su boca, misma que la madre con su referencia a romperla la clausuraba, imposibilitando la comunicación con el otro. Con sus palabras pudo nombrar y hacer visible una búsqueda encaminada al encuentro de un espacio de intimidad, donde su decir, no apareciera atravesado por las palabras del otro –Ben podía llenar todos los instantes con la palabra–. En psicoanálisis es sabido que a través de la elaboración de un discurso se va creando una realidad más acorde con el discurso del propio sujeto. Esta nueva realidad se relacionaría con la construcción de su identidad a través de la asunción de nuevas identificaciones, evitando que su identidad se coagule.

Dicho espacio de intimidad se tornó tal porque en él no se le instó a hablar directamente sobre la razón de las marcas en su cuerpo, y mucho menos se le demandó parar de autolesionarse. Su sufrimiento psíquico fue escuchado como un intento de descifrar la demanda que estaba en juego, pues es sabido que dicha demanda no se agota mientras no sea reconocida.

Inmersa en esta búsqueda, se volvió posible rearmar una especie de autorretrato (bordear desde sí, los contornos de su propia imagen), en donde ineludiblemente, la confirmación “eres tú” proveniente del Otro se hizo necesaria, pues parecería que, a pesar de no ser consciente de ello, existía la intuición de que su historia le viene del lugar del Otro. De manera que, podemos decir que sus marcas, en alguna medida pueden representar, más que una agresión hacia sí misma, una forma de *subjetivación*, término que se relaciona con cómo el adolescente se escribe, tomando distancia de los ideales paternos, poniéndose en marcha una reformulación del proceso identificadorio –del yo, del *superyó* y del *ideal del yo*, a través de una reorganización narcisista. De modo que las palabras

apropiación, creación e historización cobran mucho sentido en esta época, donde hay intentos de rasgar la alienación con el espejo (escapar de la alienación en los espejismos de la imagen).

La búsqueda de esta joven además de borrar un dolor psíquico producido por una dificultad o una falla en la operatoria de la metáfora paterna, apunta a encontrar un saber, un saber sobre ¿quién es? —separada de los padres— puesto que, al parecer, lo que ha habido hasta antes de su llegada al espacio de escucha fue la imposición de un *ideal*, recordemos que cuando opera la metáfora hay sustitución con una nueva creación de sentido.

La posición subjetiva de Ben, es de alguien que echó mano de sus acciones constantes *demonstración (dar a ver)* para evitar quedar prisionera de la relación especular con la madre, para lograr adentrarse en su búsqueda por saber quién es, hablamos de una herida narcisista ante un incipiente ordenamiento imaginario, en donde la mirada del otro semejante, lejos de *re-aseverar su Yo*, hirió su imagen, provocando un rasguño en lo imaginario el cual intenta subsanar rudimentariamente a través de las heridas que en este caso se infligía epidermicamente. En otras palabras, la imagen especular en la que se sostenía su narcisismo presenta una fisura, un rasguño.

Ella misma asumió como imperativo, el *verse y escucharse* continuamente frente al espejo, para dar consistencia a su imagen, pues justamente por todas las implicancias subjetivas que el atravesamiento de la pubertad involucra, los cambios en la *auto-identificación*, así como en la *autoimagen* se vuelve visible una *fragilidad psíquica* en el sujeto, que lo puede conducir a un hundimiento psicótico o a manifestaciones psicopatológicas. Por momentos parece que la endeble cohesión yoica en Ben se revestía de la identificación narcisista con su *Yo Ideal*, lo cual puede nombrarse como una falla en el momento de la devolución de esa mirada que la sacara del *yo-no especular*, suceso que se observa en la manera en cómo la madre retornaba una y otra vez a realizar comparaciones entre ella y su hija, así como la certeza con que ésta nombraba lo que su hija

“necesitaba”, lo que nos lleva a considerar un planteamiento muy importante en lo que respecta al narcisismo secundario que, al venir a través del otro, genera que los hijos/as se conviertan en la forma de resarcir el narcisismo de los padres, un narcisismo que conllevó la pérdida de su *Yo Ideal*, conformando de esa manera el Ideal del yo, en este caso parecería que el *ideal del yo* de esta madre es resarcir su *yo ideal* por medio de su hija, un yo ideal que implica *un yo alienado* en el *otro/Otro*.

Si recordamos, la madre parecía proyectar en la hija su propia imagen, quizá actualizando en ese lazo, la rivalidad y los celos de su propio drama infantil. Hablamos de un espejeo que pudo suscitar un sometimiento a la imagen, por lo que no hay sensación de separación, así pues, Ben se *lastima* –palabra con que nombra su acción– no se corta de la madre, continúa adherida a ella. Es decir, en medio de esa *fragilidad psíquica* hay intentos por dar consistencia a su imagen. A saber, los procesos identificatorios son alienaciones estructurantes y su eficacia a nivel subjetivante se relaciona con introducir simultáneamente la posibilidad de diferenciarse de aquello mismo que les dio origen. En este caso lo que se observó fue una posible falla en este proceso, que dificultó la subjetivación, porque digamos que para poder *desear* se requiere la falta, en este caso, la provocada por la distancia con el ideal de la madre.

El dolor y la demanda de los hijos ante este mandato de resarcimiento narcisista no logra pasar durante mucho tiempo por la palabra, de ahí que se dejan leer en el funcionamiento de las otras pulsiones, y en la imagen del cuerpo. Visiblemente las marcas y la necesidad imperiosa de ser vista, *aunque sea mal* abren a esta posibilidad de lectura: los trazos en el cuerpo como intentos de construcción de subjetividad. Sin embargo, la dificultad la encuentra en el momento en que a la madre le cuesta dejar salir, haciendo los cortes de su hija parte de lo que ella misma era. Una madre que compara, minimiza el dolor, el daño que la hija se causa a sí misma, anteponiendo golpes en lugar de palabras, clausura el surgimiento del deseo en la hija, entre ellas, prevalece una rivalidad del tipo yo-

yo, una rivalidad marcada por intentos de introducir al menos una diferencia (distancia, abertura), por donde quizá en algún momento también se pueda introducir el deseo.

En este sentido, se vuelve ineludible precisar, la totalmente necesaria, castración simbólica. La cual, es sabido que cuando no la hay, despliega la negación sobre la falta del falo que insiste como instrumento del goce del Otro. O la forclusión cuyo agujero simbólico, ancla en lo real. En el caso clínico trabajado, lo que se observa es una dificultad surgida debido a un fallo en la función paterna, que a su vez conllevó a un fallo en la constitución de la metáfora paterna, que no es igual a una forclusión.

Así pues, lo propuesto a partir de esta investigación, es el trabajo a nivel teórico y clínico de las fallas en la función paterna, de la metáfora paterna y de los nombres del padre, puesto que su análisis atañe a la clínica que se distingue del síntoma. Es decir, permite pensar una cantidad de fenómenos que precisamente se caracterizan por no venir mediatizados por las palabras, de acuerdo con Bauad (2008) son fenómenos que se muestran, que se dan a ver. Las autolesiones de esta joven se pueden leer como una forma de anhelo de un llamado al padre, la necesidad de expresar un corte impostergable de su dependencia al Otro, al Otro materno, ante una eficacia paterna que trastabilla (Bauad, 2008).

Para finalizar, esta niña convertida en adolescente ya no puede dar satisfacción a los deseos de sus padres, ha dejado de ser esa niña onnipotente y maravillosa (lo que contrasta con la escena del olvido), prevalece en ella una contradicción entre sus aspiraciones y las de ellos. Experimenta una necesidad absoluta de liberarse de la influencia y del medio familiar, ante lo cual actúa, en medio de una *fragilidad narcisista* tambaleante, sin embargo; la acción es acto que *subjetiva* y no pasividad que *des-subjetiva* lo cual nos coloca en la posibilidad de que, en algún momento, en este proyecto de construir su propia imagen, ya no necesite ser la Ben que se lastima, sino que pueda darse contorno

y ya no ser trazada con líneas que le hagan mancha. Porque si algo se pudo visualizar a partir de este entretejido clínico y teórico, es lo relevante y necesario que es para el ser humano el reconocimiento.

De ahí la importancia de acoger el discurso de los adolescentes, inmersos en conflictos que no podemos minimizar por el hecho de concebirlos propios de la edad que en su momento pasaran, pensando así, se impide que estos pasen por la palabra, externándose cada vez más y de manera reiterativa en el cuerpo, como el caso de la efectuación de cortes. Es necesario dejar de hablar únicamente de los actos disruptivos de las/los adolescentes y empezar a centrarnos en su dolor, porque no hacerlo o ser indiferentes puede resultar costoso a nivel subjetivo. Hoy es tarea necesaria de todo analista el ayudar humildemente a que quien acude a nosotros pueda aceptar su dolor y sus palabras. Es cierto que la llegada a la adolescencia en un hijo/a viene a sacudir la estructura familiar, pero vale la pena darle un lugar a los cambios que genera el sacudón, y ser esos adultos responsables en el acompañamiento del difícil tiempo adolescente.

Es difícil cerrar un proceso de investigación cuando el propio desarrollo del mismo va detectando, en su escena reflexiva, nuevos elementos que requieren ser abordados, analizados e interpretados, pues ello indica que el trabajo continúa.

Un caso clínico tiene una riqueza inabarcable, al encontrarnos con el decir de quien escuchamos, no queda más que sustraer algo, e intentar una aproximación a una pequeña parte de todo el universo que nos ofrece, el horizonte que se abre ante nosotros es infinito y genera interrogantes que nos revelan la imposibilidad del todo.

REFERENCIAS

- Aberastury, A, Knobel, M. (1989). *La adolescencia normal*. México: Paidós Educador.
- Agamben, G. (2004). *Infancia e historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Aulagnier, P. (1991). Construir se un pasado. *Revista APDE-BA Adolescencia*, Vol. (13) pp.11-305.
- Aulagnier, P. (1997). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu
- Aries, P. (1992). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. España: Taurus
- Aliani, N. (2010). *Psicopatología, psicoanálisis y orden médico*.
- Allouch, J. (1984). *Letra por letra, traducir, transcribir, transliterar*. Francia: Edelp
- Amigo, S. (2018). *Neurosis narcisísticas: fracasos del fantasma*. Institución Fernando Ulloa. (4 de septiembre 2018).
- Baldiz, M. & Rosales, M. (2005). *Hablando con Adolescentes*. España: Biblioteca Nueva.
- Bauab, (2008). *De la angustia al deseo*. Clínica Lacaniana. Buenos Aires: Letra Viva
- Braunstein, N. (2008). *Memoria y espanto*. México: Siglo XXI
- Belcaguy, M., Gómez, J., Menis, A. (2012). Las metamorfosis de la pubertad y el despertar de la primavera. *Universidad de Buenos Aires, Facultad de Psicología. Psicología Evolutiva Adolescencia. Catedra I José A. Barrionuevo*
- Cancina, P. (2008). *La investigación en psicoanálisis*. Argentina: Homo Sapiens Editores.
- Cordié, A. (1998). *Los retrasados no existen. Psicoanálisis de niños con fracaso escolar*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Córdova, N. (2010). *Duelo e historización. Construir (se) un pasado-Elaborar un duelo*. Buenos Aires: Psicolibro ediciones.
- Cornejo, R. (2014). Temporalidad psíquica y subjetivación en la adolescencia. *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*. 18 (1), 62-73.
- Chamu, P., Pérez, P, Alcalá, M. (2015). El goce de los cortes del cuerpo y del discurso violentado. *Revista Psicumex*, Vol. (5) pp. 53-70.
- Dartiguelongue, J. (2014). Síntomas contemporáneos: sobre la práctica del cutting. Cortes sobre el cuerpo. *Jornadas Jacques Lacan y la psicopatología. Psicopatología Cátedra II- Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires*.
- De Freda, D. (2015). *El adolescente actual: nociones clínicas*. Buenos Aires: Serie Tyché.
- Didier, L. (2005). *La locura adolescente*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

- Doellinger, O. (2011). *Cuerpo e Identidad. Estereotipos de género, estima corporal y sintomatología psiquiátrica en una población universitaria*. (Tesis doctoral). Recuperado de. <http://hdl.handle.net/10803/80720>
- Dolto, F. (1984). *La imagen inconsciente del cuerpo*. España: Paidós.
- Dolto, F. (1992). *La causa de los adolescentes*. México: Seix Barral
- Dor, J. (1994). *Introducción a la teoría de Lacan. El inconsciente estructurado como un lenguaje*. España: Gedisa
- Duras, M. (2016/1949). *La vida tranquila*. Buenos Aires.
- Evans, L. (2007). *Diccionario de introducción al psicoanálisis*.
- Escars, C. (2011). El psicoanálisis y el discurso de la declinación del padre. *III Congreso internacional de investigación y práctica profesional en psicología XVIII Jornadas de investigación Séptimo encuentro de investigadores en psicología del MERCOSUR. Facultad de psicología- Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires*.
- Flesler, A. (2011) *El niño en análisis y las intervenciones del analista*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1901-05/2011) *Tres ensayos de una teoría sexual*. En J. Sthachey (Ed.), Sigmund Freud Obras completas Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1920/2011). *Más allá del principio de placer*. En J. Sthachey (Ed.), Sigmund Freud Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914/2011). *Introducción del narcisismo*. En J. Sthachey (Ed.), Sigmund Freud Obras completas Vol.14. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1916-17/2011). *Conferencia 26. La teoría de la libido y narcisismo*. En J. Sthachey (Ed.), Sigmund Freud Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1932-36/2011). *Conferencia 33. La feminidad*. En J. Sthachey (Ed.), Sigmund Freud Obras completas. Vol. 22. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923-25/2011) *El yo y el ello. El sepultamiento del complejo de Edipo*. En J. Sthachey (Ed.), Sigmund Freud Obras completas. Vol. 19. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1927-31/2011). *Sobre la sexualidad femenina*. En J. Sthachey (Ed.), Sigmund Freud Obras completas. Vol. 21. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1916/2011). *Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico*. En J. Sthachey (Ed.), Sigmund Freud Obras completas. Vol. 14. Buenos Aires: Amorrortu
- Fize, M. (2001). *¿Adolescencia en crisis? Por el derecho al reconocimiento social*. México: Siglo XXI Editores.
- Gamboa, F. (2005). *El mito de Penélope*. México: Serie Feminista

- Gamboa, F, Orozco, M. (2012). De madres e hijas y nuevas maternidades. <http://revistalaventana.cucsh.udg.mx/index.php/LV>
- Garate, I, Marinas, J., Orozco, M. (2012). *Estremecimientos de lo real. Ensayos psicoanalíticos sobre cuerpo y violencia*. México: Kanankil
- Grassi, A, Córdova, N. (2010). *Entre niños, adolescentes y funciones parentales*. Buenos Aires: Editorial entreideas
- Garibaldi, A. (2014). *Adolescencia: duelo, crisis o prematuración. Una revisión del concepto, a la luz de la enseñanza de Lacan*. VI Congreso internacional de investigación y práctica profesional en psicología XXI Jornadas de investigación Decimo encuentro de investigadores en psicología de MERCOSUR. Facultad de psicología- Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Gutton, P. (1991). *Lo puberal*. Buenos Aires: Paidós
- Guyomard, P. (1998). *El deseo de ética*. Aubier, Paris: Paidós Psicología Profunda
- Green, A. (1922). *El complejo de castración*. Argentina: Paidós Psicología Profunda
- Han, B. (2020). Los selfies son superficies hermosas de un yo vacío y completamente inseguro. *Revista digital Welt*
- Heinrich, H. (2000). *Locura y Melancolía*. Buenos Aires. Letra viva
- Hernández, L. (2013). La construcción del cuerpo, su imagen y las alteraciones en la anorexia. *Revista electrónica de psicología Iztacala*. Vol. (16) pp. 1036-1055 www.iztacala.unam.mx/carreras/psicologia/psiclin
- Hesse, H. (2017). *Demian*. México: EMU. Editores Mexicanos Unidos.
- Hornstein, L. (2010). *Narcisismo: autoestima, identidad, alteridad*. España: Paidós.
- Hornstein, L. (2013). *Las encrucijadas actuales del psicoanálisis: subjetividad y vida cotidiana*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Kafka, F. (2013). *La metamorfosis*. Madrid: Alianza Editorial.
- Kancyper, L. (2013). La adolescencia: el fin de la ingenuidad. *Querencia Revista de psicoanálisis* Vol. (14) pp. 45-55 Recuperado de: <https://revista.psico.edu.uy/index.php/querencia/article/view/158>
- Klein, H. (2014). Exploración de las ideas de Winnicott sobre la adolescencia y el conflicto de generaciones. *Estudios de psicología (Campinas)* (31) <https://doi.org/10.1590/0103-166X2014000200003>
- Lacan, J. (1938/2003). *La familia*. Buenos Aires: Argonauta.

- Lacan, J. (1946). *El estadio del espejo*, en *Escritos I* (3ra ed.rev y corr. Vol. I) (T. Segovia Tr) México: Siglo XXI
- Lacan, J. (1959/1960). *La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1975/1989). *Observación sobre el informe de Daniel Lagache: 'Psicoanálisis y estructura de la personalidad'*. En *Escritos 2*. México: Siglo XXI.
- Laplanche, J. & Pontalis, J. B. (2004). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Latini, C. (2006). *Abzurdah*. España: Editorial Planeta
- Le Gaufey, G. (2001). *El lazo especular. Un estudio transversal de la unidad imaginaria*. México: Epele.
- Leal, V, Segobia, I, Morales, H, Gerber, D, Martinelli, M., et, al. (2012). *Psicoanálisis e Historia*. México: Colección Editorial de la Noche
- Lecleaire, S. (1970). *Psicoanalizar*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores
- López, M. (2017). *Relación madre-hija: Una perspectiva psicoanalítica*. Universidad de Antioquia. Facultad de ciencias sociales y Humanas. Departamento de psicoanálisis.
- Lozano, A. (2014) Teoría de teorías sobre la adolescencia. *Última década, Proyecto Juventudes* (40), 11-39
https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-22362014000100002
- Lutereau, L. (2019). *Esos raros adolescentes nuevos. Narcisistas, desafiantes, hiperconectados*. Buenos Aires: Paidós.
- Magtaz, A., Berlinck, M. (2015). El caso clínico como fundamento de la investigación en psicopatología fundamental. *Revista de psicología* (24), 79-87
- Mannoni, O, Deluz, A; Gibello, B, Hébrard, J. (1984). *La crisis de la adolescencia*. Argentina: Gedisa Editorial.
- Marty, F. (S.F). *Cuando el fantasma toma cuerpo (o cuando la fantasía se encarna)*. 1-12.
https://www.apuruguay.org/sites/default/files/F.Marty_.Cuando%20el%20fantasma%20toma%20cuerpo.pdf
- Mead, M. (1939). *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Buenos Aires: Paidós
- Morel, G. (2012). *La Ley de la Madre: Ensayo sobre el Sinthome sexual*. Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Nasio, J. (1999). *Enseñanza de los 7 conceptos fundamentales del psicoanálisis*. España: Gedisa.
- Nasio, J. (2008). *Mi cuerpo y sus imágenes*. Buenos Aires: Paidós.
- Nin, A. (2004). Algunas peculiaridades del tratamiento psicoanalítico de pacientes adolescentes. *Revista Uruguaya de psicoanálisis*. (pp.99-153).

- Obiols, S, Segni, G. (2002). *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria: la crisis de la enseñanza media*. México: Noveduc
- Orozco, M, Soria, H. (2016). *Narcisismo Infame*. México: Editorial Porrúa
- Orozco, M. (2003). *La noción de Destino en el pensamiento de Freud*. Morelia, Michoacán, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Pankow, G. (1969). *El hombre y su psicosis*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Pereña, F. (2004). *De la violencia a la crueldad*. España: Editorial Síntesis.
- Pieck, C. (2007). *Anorexia y Bulimia. La tiranía de la perfección*. México: Funda
- Quiroz, J., Orozco, M., Huerta, E. (2014). Ideales del cuerpo. Obediencias e Insurrecciones. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*. Vol. (17) No.1. Pp.109-130.
- Rangel, A. (2010). Sobre la función del caso clínico en la transmisión del psicoanálisis. *Revista de Educación y desarrollo* Vol. (12) pp. 69-75.
- RAE, Diccionario de la Real Academia Española, Vigésima tercera edición, versión en línea: <http://www.rae.es/-rae.html>.
- Recalcati, M. (2011). *Las manos de la madre. Deseo, fantasma y herencia de lo materno*. Barcelona: Editorial Anagrama
- Recalcati, M. (2011). ¿Qué queda del Padre? La paternidad en la época hipermoderna. España: Xoroi edicions.
- Rodríguez, C. (2013). (In)Fortunio de lo femenino. *Desir: Revista de psicoanálisis*, (0), pp. 64-83.
- Rother, M. (2008). *Adolescencias, trayectorias turbulentas*. Buenos Aires: Paidós
- Roudinesco, E, Plon, M. (2008). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Roudinesco, E, (2006). *La familia en desorden*. México: Fondo de cultura
- Saadoun, Z. (2011). *Automutilación en los jóvenes de Uruguay*. (pp-1-19)
- Scalozub, L. (2007). El protagonismo del cuerpo en la adolescencia. *Revista de Psicoanálisis -Vol. XXIX- No. (2) pp.377-391*.
- Soria, H. (2013). Algunas reflexiones acerca de la investigación en psicoanálisis a partir de la singularidad del caso. *Desir: Revista de psicoanálisis*, (0), pp.101-112.
- Sujoy, O., Graciela, S. (1998). Las vicisitudes de la adolescencia en el escenario clínico. *Revista de la Asociación Argentina de psicología y psicoterapia de grupo*. Vol. XXI-No. (1) pp.11-305.
- Tubert, S. (2000). *Un extraño en el espejo*. España: Editorial Ludus.
- Winnicott, D. (1971). *Realidad y juego*. España: Gedisa

Zamorano, S. (2010). Cortes que hacen cuerpo. *Revista Psicoanálisis y el hospital* No. (37) pp. 101-105.